



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce, Sra. Avelleda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Añibarro, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cabete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Gueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio; (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Epulaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Rios, Formin Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Angusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galeote de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Jauer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanáz, Marías, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgóz, Ortiz de Pinedo, Olibaga, Palacio, Passaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pl y Margall, Poey, Reinosa, Reta, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarnaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Marzo de 1880.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—La crisis contemporánea en la gente latina, por D. Francisco M. Tubino.—Teoría orgánica del Estado, por don Joaquín Arnau é Ibañez.—El espíritu moderno, por D. Eusebio Asquerino.—Notas y apuntes de un viaje por el Pirineo y la Tarena, por D. Antonio María Fabié.—La República mejicana, correspondencia de Londres.—El palacio encantado, tradición toledana, por D. Eugenio de Olavarría y Huarate.—Estudios sobre biología social, por D. Tomás Rodríguez Pinilla.—Dolores, novela, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Crónica, por D. Miguel Moys.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

Confuso me deja muchas veces la contemplación larga y profunda del estado que atraviesa el imperio de Alemania y de la política que sigue el príncipe de Bismark. Alta idea tengo del poder intelectual y moral que alcanza el imperio germánico hoy en Europa, y altísima de la vasta capacidad que lo dirige; por lo mismo no puedo atinar con la razón secreta que abona una política de alarmas y amenazas. Aun comprendo que el Canciller crea de escasa aptitud á sus conciudadanos para el gobierno de sí mismos, y de inevitable necesidad encerrar sus personas y su prensa y su parlamento en leyes tan estrechas como las promulgadas contra el socialismo. Malo, muy malo, capitodismuir una nación tan grande como Alemania, sujetando á un freno sobrado fuerte su voluntad, y á una censura, sobrado recelosa, su pluma y su palabra; pero comprensible, si no excusable, en periodos de crisis. Lo incomprensible, lo inexcusable, lo que no puede racionalmente explicarse, es esa política de armamentos inusitados y de declaraciones audaces, cuyas amargas consecuencias llegan á universal enemistad en lo exterior, y en lo interior á tristísima é irremediable penuria. Nosotros creimos siempre, y sentiríamos habernos engañado en esta creencia, que el antiguo y reaccionario imperio de Austria se derrumbó, y la hegemonía de Prusia se fundó, no tanto para mediatizar régulos feudales y unir con mayor cohesión tierras germánicas, como para dar á Europa seguridad de que un nuevo Estado, nacido al calor del espíritu moderno, puesto en las bases incommovibles de la libertad pública, enemigo de todas las intolerancias y amigo de todos los progresos, iba en medio del continente europeo á parecer como el motor que impulsa al progreso y como el áncora que detiene en la estabilidad y en la

paz: pues solamente merecen el nombre de verdaderos pueblos y de verdaderos gobiernos los que tienen de esta maravillosa manera equilibradas y en armonía sus contrarias fuerzas. Pero nacer la blanda y suave Alemania, esa patria de la conciencia emancipada, esa escuela del pensamiento libre, esa nación de la música melancólica y de los ensueños poéticos, nacer para pelear, como cualquiera de los animales feroces, destinados á carnicería perpétua, en una guerra exterminadora y sin treguas, francamente, nos parece uno de los mayores y más terribles desengaños que pueden tener las generosas ilusiones de cuantos hemos aplaudido todos los humanos progresos, y entre estos progresos hemos de antiguo contado, como la unidad de Italia, como la República de Francia, como la abolición de la esclavitud en América, el triunfo de la unidad en Alemania.
 Los motivos de alarma menudean á cada instante y surgen á cada paso. Un día presentase al Reichstag la ley para aumento del ejército, y como la opinión se encubriese al espolazo, y pretenda erigirse contra la gravedad de esta carga, habla el sesudo Moltke de soltar la Alsacia y la Lorena, como si estuvieran los galos á las puertas de Roma. Otro día el príncipe Hohenzoln, distinguido y apreciado en París por sus esfuerzos generosos á favor de la conciliación estrecha entre Francia y Alemania, es llamado de su embajada y convertido en una especie de Canciller del Canciller, con expreso encargo de preparar y anudar estrechas alianzas. Otro día, el Times, á quien no pueden negarse importantísimas confianzas y confianzas europeas, anuncia que la política alemana toma decisivo carácter guerrero y amenaza de cerca la paz de Europa. Y á estas superiores muestras de inquietud unense otras inferiores, de menor importancia en apariencia, de iguales resultados alarmantes en realidad. Un escritor, á quien se cree inspirado por la corte, finge doble campaña para el año ochenta, y supone batallas reñidas y ganadas tanto en las inmediaciones de París como en las inmediaciones de Varsovia. La Gaceta de la Alemania del Norte habla sin rebozo de inminente guerra con Rusia; y el ministro, que dirige todas las armas, pide á la Asamblea el aumento de las fuerzas militares con palabras de doble sentido, preñadas de insinuaciones alarmantes y ocasionadísimas á sembrar por doquier irremediables recelos. De consiguiente, los muchos enemigos que el imperio alemán, como todos los afortunados y todos los poderosos, tiene hoy en Europa, se aprovechan de estas circunstancias para decir que mientras esa máquina de guerra

esté montada, no puede haber un día de paz para las naciones; y como no puede haber un día de paz para las naciones, no puede haber tampoco un día de libertad para los ciudadanos. En este mismo instante leo los partes telegráficos recientes, y hallo la nueva de que Inglaterra se aliará con Francia, si ésta sufre alguna brutal agresión de parte de Alemania. Y al mismo tiempo que leo esto en los telégramas de Londres, leo en los telégramas de Roma y de Viena que los dos jefes de ambos Estados, tan importantes hoy en las complicaciones europeas, se aperciben á evitar la guerra, interponiéndose en todas las dificultades que pudieran abrir camino á los ejércitos y traer sobre todos nosotros una irremediable catástrofe.
 Lo cierto es, que hasta las potencias chicas, amparadas por su neutralidad de carácter europeo, se comueven profundamente en sus bases y se aprestan á una empeñadísima defensa, como si vieran atravesadas sus fronteras por numerosos enemigos y amenazados sus hogares de próxima irrupción. La tranquila y libre Suiza, esa tierra pastoril en cuyos prados parece que sólo deben apacentarse pacíficas ganaderías y en cuyas libertades aprenderse risueñas ideas, teme que no le basten ni la inaccesible altura de las montañas que la cercan, ni el valor indomable de las razas que las habitan, para salvarse de las procelosas contingencias futuras; y trata por sus comisiones militares de levantar una línea de fuertes en las fronteras del Jura, no sea que fiada en el respeto inspirado por su independencia y en la fuerza natural de su tradición, le pase una catástrofe igual á la que pasó á Venecia, en fines del siglo pasado, que perdió su nacionalidad por no acudir á su armamento; ideas de todo punto incomprensibles en nación acostumbrada de antiguo á fiar en su neutralidad diplomática; ideas que prueban cómo ha enardecido los ánimos y alarmado á los pueblos la inconsiderada política y la amenazadora actitud de esa terrible Alemania imperial, necesitada sin duda alguna de inextinguibles y desastrosas guerras.
 No lo olvide Alemania; la razón que tuvo contra el Imperio, no la tiene ni la puede tener contra la República. El Imperio se ingería diariamente, con cualquier pretexto, en los negocios interiores de Alemania; y la República se impone con escrupulosidad el principio de no intervención. El Imperio trazaba líneas geográficas para detener la estension que iba tomando á sus ojos la unidad alemana, y la República se abstiene cuidadosamente de esos peligrosísimos juegos. El Imperio se creía con derecho á mantener á la poderosa nación germánica en tratados más ó menos aceptables, y la

República se abstiene de tales ambiciones. Además, en el conflicto entre las potencias reaccionarias y las potencias progresivas, como por ejemplo, en el conflicto entre Austria é Italia, entre la América libre y la América esclava, la opinión se inclina mucho del lado de las naciones progresivas, y no hay fuerza que deba desdenarse en la guerra, siquier sea la fuerza moral de la pública opinión y de la pública conciencia. Y en un combate entre la Alemania imperial y la Francia republicana, el sentimiento y la conciencia de Europa pondríanse resuelta y decididamente de parte de la Francia. Nosotros comprendemos, y lo decimos como lo comprendemos, que la Alemania se arme ante Rusia, pero no puede armarse ante Rusia, sin desarmarse ante Francia.

Parecerá una paradoja; mas yo lo he dicho muchas veces en mis artículos y en mis discursos con la confianza que me inspiran mis presentimientos. Nada hay que salte tanto á los ojos como la amistad de Alemania con Rusia y la enemistad de Alemania con Francia. Nada, sin embargo, que necesite tanto Alemania como entenderse con Francia y desentenderse de Rusia. Que Alemania iría fatalmente á una guerra con los pueblos eslavos, guerra que ahora vé todo el mundo relampaguear en la atmósfera, se lo dije yo al eminente profesor y poeta Julio Schanz en una carta de acción de gracias por haber traducido al alemán con tanto esmero mis dos volúmenes de *Recuerdos de Italia*. Anunciábale yo entonces que sobrevendría una guerra de Rusia con Alemania; pero guerra que supone precisamente una reconciliación de Alemania con Francia. Os copio mis palabras, para que veais cómo el individual presentimiento de un solitario, pasa hoy á pública é íntima convicción en toda Europa. «Decía yo en Setiembre de mil ochocientos setenta y cinco. No os durmais sobre vuestros laureles, no os dejéis dominar por una excesiva confianza. Teneis un peligro común con nosotros; el peligro mismo que tenía la antigua civilización romana; teneis en las estepas del Norte una raza que os odia y os maldice. Oid las palabras sacramentales dichas por aquellos que la representan y que la dirigen. Dícenle que su destino es renovar vuestra podrida sangre, y destruir vuestras viejas leyes. Presentante como un modelo Ivan el Terrible, y sus desoladoras excursiones precedidas por los cuervos, acompañadas por el incendio y la matanza, seguidas por los lobos hambrientos. Estienden por sus desiertos helados y por sus estepas relámpagos de ira contra todos nosotros, que engendran odios, cuya sed solo puede apagarse con sangre. Y la palabra capitalísima tonante siempre en esos odios, es la guerra á Alemania, el horror al elemento alemán que fué á matar con su burocracia y con su corte la nativa originalidad de los eslavos y la natural independencia de los cosacos. Y tal raza tiene una ortodoxia autoritaria y completamente opuesta á nuestro libre exámen, y un imperio que es fuerte máquina de guerra, y que puede echar sobre Occidente, á una señal, dos millones de vengativos soldados. La prevision de un emperador ilustrado y bondadoso tendrá por algún tiempo á raya esos odios. Pero mirad que son terribles los caprichos de la herencia. Tras Augusto puede venir Tiberio, y tras Marco Aurelio, Cómodo. Y un día lanzar sobre nosotros el primer estallido de un odio de siglos, alimentado por una literatura, que se llama á sí misma exclusivamente religiosa, exclusivamente nacional, exclusivamente eslava, todo lo cual quiere decir contraria al germanismo y enemiga implacable de Alemania. Esos odios son impotentes contra una confederación del Occidente libre; pero si en el Occidente mismo encuentran cómplices, por la satisfacción de una inmediata venganza, ¡oh! esos odios podrán sumergiros en mares de sangre, como jamás los ha conocido nuestra historia tan llena de catástrofes y tragedias. No olvideis que en las letras se encuentra el pensamiento de los pueblos, y las letras eslavas ya os han dicho á quién aman y á quién aborrecen. El historiador Palacki os enseñará que aborrece á los magyares por haberse interpuesto como una cuña entre los pueblos eslavos del Norte y los pueblos eslavos del Medio-día, y haber sido causa de su debilidad y de vuestro poder en el centro de Europa. El poeta Kollar os presentará desnudo el pensamiento de un fortísimo imperio que tenga por cabeza los rusos, por brazos los teches, por piés los servios, cuya lengua resuena en el palacio de sus rivales, es decir, en el palacio de vuestros reyes. Y si visitais el infierno de la epopeya eslava, os encontraréis allí, no lejos de los húngaros, que son los más aborrecidos y los más atormentados, malditos en el dolor y en las tinieblas, por haber dicho que la lengua eslava es una lengua de esclavos. Si no veis ese gran peligro, estais ciegos. Y si no veis que contra ese gran peligro sólo os queda la unión estrecha con todos los pueblos de raza heleno-latina, lo mismo en Oriente que en Occidente, estais perdidos.»

Pasemos á los asuntos franceses. Era de esperar el desenlace nefasto que había de tener y las dificultades varias que había de engendrar el dichoso artículo séptimo, en mal hora propuesto por el ministro de Instrucción pública en Francia, y desechado por una autoridad tan respetable y tan sesuda como la alta Cámara francesa. Demócrata y liberal, enemigo implacable de las reacciones, amigo fervoroso de la emancipación universal; dado desde mis mocedades á divulgar primero y á realizar despues los principios progresivos y

radicales; no aparto nunca mi pensamiento del espinoso ensayo que ahora emprende la nación vecina, y lo sigo con mi anhelosa atención, y lo sostengo con mis pobres fuerzas, y así en la tribuna como en la prensa, le doy mis consejos, deseoso de que al lado de Italia tengamos los pueblos de raza latina otra nación democrática como Francia, ya que los españoles, fundadores indirectos, pero fundadores por nuestra revolución última, de la República francesa y de la unidad italiana, despues de haber despertado á Europa, hemos tenido la desgracia de caer en la reacción, por culpa de nuestros arrebatos y de nuestra inexperiencia.

Siempre desaprobé el artículo séptimo por antiliberal en sus orígenes y por ineficaz en sus consecuencias. Amigo fraternal de Ferry desde hace quince años, conozco sus rectas intenciones, y hago justicia plenamente á los móviles de su proceder y á la superior inspiración de su proyecto. Pero se equivoca de medio á medio, desconociendo así la índole de las instituciones republicanas, como la naturaleza de los tiempos corrientes. La orden de los jesuitas hoy es un gran cadáver que puede conservarse enterrado bajo la pesadumbre de leyes reaccionarias, y que al aire y á la luz se descompondrá y se deshará de seguro. Cuando la curia romana maldecía de la Constitución belga y atizaba la guerra cruel en España; cuando servía de cómplice al Austria para aumentar las tinieblas de los plomos de Venecia y sostener la servidumbre de la hermosa Milan; cuando el Papa parecía el capellan mayor de la Santa Alianza y azuzaba de continuo á los déspotas á que se ensañasen, como hienas, en los pueblos, entonces, en medio de aquella lucha, se comprende y se explica que se contentara á la agresión punible con la agresión forzosa, y que se disolvieran las órdenes monásticas, erigidas, como otras tantas barricadas, contra el derecho y el poder de las sociedades modernas.

Pero hoy, que la autoridad temporal de los Papas se ha caído; hoy que la influencia ultramontana se ha aminorado; hoy que Leon XIII, poco á poco, y con verdadera mesura, atiende al movimiento de los espíritus y trabaja por no contrariarlo con las antiguas intransigencias; hoy, medidas como las propuestas por Ferry, parecen tan extrañas y arqueológicas, cual pudiera ser una resurrección de los edictos de Felipe el Hermoso contra los templarios ó de los edictos de Carlos III contra los jesuitas. Yo bien sé que al partido democrático le cuesta mucho desasirse de ciertas tradiciones y prácticas, las cuales, despertando en su memoria la primera juventud, han pasado á la circulación de su vida como si fueran átomos ó moléculas de su sangre. Pero no tiene remedio; como al entusiasmo de la mocedad sucede la reflexión de la madurez en nuestra existencia, deben suceder en nuestra política á las normas abstractas del ideal puro las leyes más complicadas y difíciles de la realidad viviente. Empeñarse en perseguir á los jesuitas como en los tiempos heroicos del siglo pasado, parece tan fuera de tino como empeñarse en perseguir á los duendes; han pasado.

La bondad práctica de la Constitución, que los franceses se han dado, y que organiza una república tal como puede conservarla nuestro natural irremediable, échase de ver á primera vista en lo que acaba de pasar ahora con el artículo séptimo. La Cámara popular, más avanzada, más impaciente, más generosa, pero más irreflexiva que la Cámara alta, acepta en el hervor de la juventud y en el exceso de la fé republicana, esa medida de combate, como el mozo bendice todas las ocasiones deparadas por la Providencia de emplear las fuerzas que le desasosiegan y de arriesgar la vida que le sobra. Pero la Cámara alta, más grave y menos entusiasta, recordando el ministerio moderador propio de su autoridad y el encargo confiado á su experiencia por la Constitución, ha puesto un freno poderoso allí donde temía un descarrilamiento seguro, y ha restablecido el equilibrio necesario entre las fuerzas de impulsión hácia adelante y las fuerzas de estabilidad y de aplomo, por cuyas combinaciones se fundan y se conservan las sólidas Repúblicas.

La discusión ha tenido mucha más solemnidad y mucha más grandeza que suelen tener de algún tiempo á esta parte las discusiones en las Cámaras de nuestros vecinos. Tocándose naturalmente leyes relativas á la difusión del pensamiento, que arrancan del seno de la naturaleza y que se entrelazan con todos los tiempos, había de elevarse el debate á las más altas cimas de la legislación que se encuentran en la filosofía y en la historia. Pero todo el debate rodaba sobre esta contradicción, chocante por completo al buen sentido y á la buena fé general: los partidarios de la reacción, es decir, los ultramontanos, defendían la libertad en la enseñanza, y los partidarios de la libertad, es decir, los radicales, defendían el privilegio en la enseñanza, encontrándose unos y otros fuera completamente de sus antiguas doctrinas y en oposición abierta con su historia. Digamos la verdad: los radicales no obedecían á una convicción, obedecían á una venganza; y los ultramontanos no obedecían á un principio, obedecían á un interés. Quieren estos la libertad de enseñanza, aunque pugna con sus doctrinas, por destruir el resto de las libertades políticas; quieren aquellos leyes de excepción sobre la enseñanza por destruir y arruinar completamente el poder de las asociaciones religiosas. Ni unos ni otros piensan con madurez y legislan con calma; por el contrario, pugnan y combaten. Así no llevan á la controver-

sia la imparcialidad de la argumentación, llevan el furor de la guerra.

Debemos decirlo sin pasión. Quien ha mostrado anteponer el bien de la República al logro de la popularidad, ha sido el eminente pensador Julio Simon. Pugnando de un lado con los clericales que intentan hacer de una libertad parcial arma venenosa contra la libertad pública, y pugnando contra los radicales que creen posibles leyes de guerra en tiempos de completa paz, ha defendido y reivindicado en un discurso, tan sóbrio de palabra como enérgico de argumentación, los principios fundamentales del derecho superiores en su conjunto á todas las circunstancias de los tiempos y á todos los intereses de las sectas. El primero en combatir la ley, el primero en montar á la brecha, el primero en devolver golpe por golpe, ha resultado el blanco único de todos los disparos populares y la víctima propiciatoria de todas las impacencias demagógicas. Mucho le han zaherido; mucho le han calumniado; muchas culpas, que no tiene ni puede tener, han puesto sobre él las injusticias de los radicales, y muchas esperanzas, que no alienta ni puede alentar, han puesto sobre él las ilusiones de los reaccionarios; mas sereno como una conciencia sin sombras, íntegro como una convicción sin supersticiones, firme en su sitio como un soldado sin descorazonamientos, ha cumplido su deber con toda entereza, y ha dejado su justificación á los juicios severos de la historia. Aunque nunca su palabra se ha elevado tanto, no alcanzaba, no, á la desmedida elevación de su persona.

Por lo mismo que había tomado la iniciativa y que había sostenido la cruzada, no estaba en disposición de influir en los ánimos, como otro hombre ilustre, como Mr. Dufaure, más apartado hoy de la candente arena, y por lo mismo, menos, mucho menos notado de parcialidad y de apasionamiento que Julio Simon, el cual se halla comprometido con Ferry á un combate cuerpo á cuerpo. De grande autoridad moral, de incontrastable energía física, jóven á pesar de sus ochenta años por el vigor de su salud solo comparable al vigor de su pensamiento, adherido desde la infancia al gran principio de la libertad constitucional y parlamentaria, compañero de Mr. Thiers en sus últimos años, presidente del Gobierno que conjurara la reacción del diez y seis de Mayo y que trajera el tránsito de una presidencia á otra presidencia; Mr. Dufaure, en mi sentir, personifica con más derecho que ningún otro repúblico en Francia, la política indispensable á este período histórico, la serie de concesiones que pueden mutuamente hacer los partidos conservadores á los partidos avanzados, ó los partidos avanzados á los partidos conservadores, para formar la tesis firmísima sobre la cual habrán de fundarse en este período histórico la libertad, la democracia y la República. Así es que decidió al Senado, cuando dijo que la medida propuesta en el artículo séptimo se tendría, no solamente por una gran falta de lógica liberal, sino también por un atentado inútil á la conciencia humana y una persecución temeraria á la Iglesia Católica. Despues de pronunciadas estas palabras, el artículo séptimo estaba perdido y la causa de la libertad ganada en el Senado francés.

Mi amigo Mr. Julio Ferry, ministro de Instrucción Pública, ha tratado la tesis como si estuviera en una Academia, y ha defendido la persecución sistemática elevada por su malhadado artículo á ley con citas eruditísimas entresacadas todas de la larga historia, que forman las rivalidades eternas entre los poderes civiles y los poderes eclesiásticos. Yo creo que los partidarios de las doctrinas de Ferry, á las cuales no puede darse una exacta clasificación, sufren verdadero vahido, y se creen, no ya en los tiempos del frío Robespierre, sino en los tiempos de Felipe el Hermoso. Cualquiera diría que las órdenes monásticas poseen aún aquellas riquezas enormes, aquellos poderes estensos, aquella organización formidable que atrajeron el rayo de la autoridad civil, y justificaron muchas de las antiguas persecuciones históricas. ¿Dónde estais?—Les preguntaría yo. ¿En que tiempo vivís? ¿Cómo olvidais lo que es nuestro mundo, y lo que es el mundo ya pasado; lo que fué la Iglesia y lo que ha llegado á ser en nuestro tiempo? Padeceis la misma ilusión de los ultramontanos, y en vuestros temores creéis al Pontificado tan poderoso como lo creen ellos en su sencilla fé. Ninguna de las antiguas circunstancias históricas puede ya repetirse. Ninguna de estas crisis puede ya volver. El furor de los radicales contra la Iglesia me parece tan estrambótico como el furor de los ultramontanos contra la civilización. Mr. Dufaure estaba completamente en su derecho y decía la verdad, afirmando que la ley resulta un atentado inútil á la conciencia humana y una guerra temeraria con la Iglesia católica. Los jesuitas perderán el poder que hoy puedan tener, no por medidas administrativas más ó menos meditadas, por sólidos progresos científicos, que se van llevando lentamente á la eternidad esas sombras. Así, en vano Mr. de Freycnet, con verdadero sentido, quiso quitarle carácter religioso al artículo séptimo, y presentarlo como una transacción para no tener necesidad de intentar medidas de mayor alcance contra las órdenes religiosas y de mayor responsabilidad para el Gobierno francés. El Senado no le escuchó y desechó el artículo. Al día siguiente estalló una indignación universal en la prensa avanzada. En la ira despertada por el fracaso de tantas esperanzas agotóse el diccionario de los dicitarios. Periódico hubo que propuso la disolución de la Cámara

alta; y representante que quiso la separación de la Iglesia y del Estado. Un gran publicista republicano, al ver este desorden de las inteligencias, ha exclamado: «Lo que Julio Simon ha dicho, tenía derecho a decirlo; y lo que el Senado ha hecho, tenía derecho a hacerlo. Calma, pues, y paciencia.» Y ha venido la calma y la paciencia tras una declaración del ministerio, diciendo que aplicará las leyes vigentes sobre órdenes religiosas, y de otra declaración de la Cámara baja, diciendo que tiene plena confianza en el ministerio. Tanto mejor; las antiguas leyes no saldrán del Museo de los códigos olvidados, y la República habrá atravesado sin peligro una gran crisis, y la libertad habrá conseguido sin estruendo una gran victoria.

EMILIO CASTELAR.

LA CRISIS CONTEMPORÁNEA

EN LA GENTE LATINA. (1)

No pertenecemos a aquella caterva de escritores, harto común en los pueblos latinos que, a cada sacudida, ante cada acontecimiento enojoso de la vida pública, pone el grito en el cielo, anunciando con temerosa frase y lastimero acento la próxima e inevitable ruina de la sociedad y la cultura. Entendemos que pueden cambiar y cambian, en efecto, las instituciones, las relaciones políticas interiores ó externas, ya entre los Gobiernos y los administrados, ora entre unas naciones y otras, sin que lo más fundamental del organismo haya de arruinarse necesariamente, según que pronostican los augures autorizados a quienes aludimos. Basta que se suscite un movimiento de grave carácter político, que ocurra una crisis económica, que un escritor de cierto renombre saque a luz un libro en donde se encierren proposiciones más ó menos violentas y atrevidas, para que el publicista latino declare segurísima la muerte de la familia, la desaparición de la propiedad, el menosprecio del concepto religioso, que también llegaría a perecer, si fuera posible que contra la Iglesia prevaleciera las asechanzas del infierno. Ni es singular que alarmados los meticulosos, los ciudadanos ingenuos, bien avenidos con la tutela gubernamental, sientan que el pavor se apodera de sus corazones, reclamando por consecuencia del Poder legislativo y con más ardor del ejecutivo, medidas protectoras, expedientes adecuados a retardar ó amenazar la catástrofe que ya les amenaza.

Es el Estado para la grey latina, explicándonos en tésis general, una como humana providencia, sin cuyo ministerio, ni la vida colectiva es posible, ni debe realizarse el progreso. Viven los pueblos en torno del árbol inmenso que forma la administración, a su sombra dormitan, y no es en ellos extraño el pedirle toda clase de beneficios, si bien acompañan la súplica con toda clase de vituperios y censuras. No hay gente más amante de la autoridad, ni nadie que tampoco respete menos sus fallos. Sueña el latino con el poder y la preponderancia, desea la reglamentación de todas las funciones de la vida; empero padece a la vez la rebeldía y la transgresión, como enfermedades ingénnitas é incurables, y no se conoce medio social civilizado donde la justicia se halle como en el suyo, tan sujeta a la ley del encaje, tan olvidados sus principios, ni tan menoscabadas sus legítimas preeminencias.

Y es usual que los gobiernos, respondiendo a las excitaciones de las muchedumbres, acudan a poner reparos a la dolencia con remedios empíricos, con recursos violentos basados en la arbitrariedad y en la fuerza, no en la razón y el derecho. Realízanse, no obstante, las mudanzas; toman cuerpo las ideas que tanto asustan, y el edificio social siente renovarse sus sillares, sin que se haya perdido lo que realmente constituye su íntimo y secular fundamento. Así lo prueba bizarramente el estudio de la historia, ó concretándonos al mundo cristiano, ó mejor dicho, extendiendo nuestra crítica hasta el comienzo de la predicación evangélica, ha presenciado el Occidente gravísimas luchas, asistido a cambios radicales y atravesado las crisis más tremendas y prolongadas.

Desde la irrupción de los hombres del Norte hasta la caída del imperio bizantino; desde la anexión que los musulmanes realizaron de la Península ibérica, hasta el estallido de la Reforma; desde el descubrimiento de la pólvora y la imprenta, hasta la revolución francesa, ¡cuántos sucesos pavorosos, cuántas mudanzas sorprendentes, cuántas alteraciones sangrientas, cuántas caídas, sobresaltos y trastornos no ha experimentado la vieja Europa!

Durante esos diez y nueve siglos, modificóse la manera de ser político y social de los pueblos, cayeron imperios, surgieron repúblicas, predominó el feudalismo, tuvo la teocracia en sus manos la totalidad de los destinos humanos, abrióse la era de las revoluciones modernas, quísose restaurar la monarquía cesárea, cien veces se rehizo la carta territorial de la Europa, y sin embargo, ni la familia se quebrantó hasta desaparecer, ni el dere-

cho de propiedad convirtiéndose en carcomido pergamino de que solo se ocuparía el arqueólogo. Y es lo cierto, que cuanto con declamatorio estilo se dice tocante a la ruina de los verdaderos cimientos de la sociedad es pura fantasía, porque los principios que a aquella vigorizan, se dan tan fundamental y esencialmente en la naturaleza del individuo, que sólo con este podrían acabar.

Alteranse, cambian y mueren las religiones; mas la sociedad no desaparece, porque la religión es un modo de ser concreto del sentimiento y de la inteligencia y sigue los altibajos de la civilización. La idea religiosa, se ha dicho, es progresiva, y se acomoda a las condiciones y circunstancias del desenvolvimiento social.

También la legislación pone su mano sobre el derecho de propiedad, también a través de la historia se dictan numerosas ordenanzas con el fin de regular el disfrute de este derecho; pero la propiedad no desaparece en lo que de esencial tiene, ni en lo que se relaciona con la dignidad del hombre, en aquello que sin metáfora constituye uno de los antecedentes de toda asociación humana. Crisis tan honda cual la que atravesó Inglaterra con la invasión de los sajones y normandos, España bajo el imperio islámico, Europa entera con la reforma calvinista-luterana, no es fácil que se repita, por lo ménos en el círculo a que nuestra vista alcanza; y sin embargo, de todas esas convulsiones salieron triunfantes familia y propiedad. Pero más evidente aparece la exactitud de nuestra doctrina cuando se estudia sólo la familia, porque se nota que ésta ha existido siempre, porque no hay página en la historia donde no se descubra registrada su presencia.

Mientras haya hombres, habrá familia; mientras la familia exista, la sociedad será un hecho. Toda la garrula palabrería de los oradores y políticos del viejo y del nuevo mundo, cuando con infantil seriedad afirman que la *Vida de Jesús* escrita por Renan, las utopías de Proudhon, los errores de los internacionalistas ó el descreimiento del racionalismo van a dar en tierra con la propiedad y la familia, queda desmentida con las enseñanzas históricas que esfuerza el simple raciocinio, si honradamente aspira a descubrir y poseer la verdad. Esto no impide que los Gobiernos con mayor hipocresía que convencimiento, se anuncien cual salvadores de los más caros intereses, ni que dicten disposiciones, cuando no absurdas y ridículas, ineficaces é impropias, que pretendiendo herir sólo el mal, suelen entorpecer y lastimar conatos y esfuerzos que pedían mayor cordura y tolerancia.

Al discurrir de esta manera, estamos distantes de enaltecer el optimismo de ciertos pensadores; si calculamos erróneo el sistema opuesto; si los pesimistas se nos antojan en repetidos casos, voluntades menguadas cuyo egoísmo les hace exagerar la naturaleza y proposición del riesgo, cuando no histriones que por tal medio quieren justificar reprobadas cábalas, imaginamos que fuera candido y peligroso cruzarse de brazos ante la perspectiva de males efectivos, ó creer que aquí abajo no han de conocerse más que glorias y bienandanzas, satisfacciones y placeres, simpatías y benevolencias. Diríjese nuestro raciocinio a probar, como introducción al estudio que emprendemos, la exageración de las declamaciones y pronósticos a que antes hicimos referencia. Que son los tiempos actuales duros por un extremo, que las concupiscencias se agigantan, que el mundo parece avocado a graves y trascendentales perturbaciones; que lo antiguo flaquea, el presente lastima y lo futuro asusta por la oscuridad que le envuelve, cosas son ni nuevas ni ficticias, sino de todos sabidas; y por lo tanto, manoseadas y corrientes.

Mas si esto es cierto, no lo es ménos que se huye de avalorar y conocer las causas legítimas de esta situación; que no se quiere desentrañar sus elementos, ni decir con franqueza a quienes ó a qué principios é instituciones corresponde parte de responsabilidad en las transitorias catástrofes que nos amedrentan. A colmar este vacío tiende, en la medida de nuestras fuerzas, el presente trabajo. Puesto que es tan profunda como real la crisis que trabaja a la gente latina, puesto que en documentos públicos y privados, en libros y periódicos se señalan sus caracteres, y la tribuna y el púlpito resuenan con los anuncios de sus flaquezas, desfallecimientos y dolores, lícito será ventilar sus problemas con un alto criterio, distante de toda exageración, libre de todo espíritu de bandera ó sistema, ajeno a todo propósito que no sea el de contribuir a esclarecer enigmas que harto preocupan el ánimo y nos afectan, para desdeñarlos como cosa baladí, mirándolos con frialdad é indiferencia.

Unido en mucho el porvenir de la sociedad hispano-americana a la suerte de la gente y civilización latinas, calculamos no habrá de pasar desapercibido para el lector trasatlántico este ensayo, donde, si no las superiores dotes del talento, campeará al ménos el firme empeño de conservar la independencia del juicio, como pide este linaje de pesquisas y especulaciones.

II

Ni es sólo la gente latina la que en sus entrañas siente crecer una tendencia disolvente, empuñada, por lo visto, en quebrantarla. Europa entera preséntase conmovida por enérgicos resortes, turbada por contradictorias aspiraciones. Mientras el elemento democrático y revolucionario brota de

las estepas moscovitas, anunciándose con unos bríos ciertamente descomunales, mientras el principio comunalista y el nihilismo amenazan desde las orillas del Newa a las comarcas centrales de nuestro continente, gozando mantenedores y paladines, donde la energía de la voluntad empareja con lo desconocido del deseo, la idea feniana cunde en el reino Unido, y junto a ella el movimiento cooperativo por un lado, y por el otro el internacionalista, granjean ventajas de que no disfrutaban en ninguna otra parte.

Es, en otro orden de hechos, el panslavismo récia amenaza del Norte contra el Sur y el Oriente europeos y la levadura tcheca que fermenta en el imperio austriaco, relacionándose con los agravios de la Polonia y de la Hungría, sostiene en perenne perturbación lo más íntimo de esas nacionalidades.

Semeja la Turquía un enfermo desahuciado y excrecencia anómala de la civilización europea; vive realmente la Grecia como entidad política, porque así lo quieren las altas potencias que acordaron protegerla; y los Estados ribereños del Danubio semejan microscópicas agrupaciones que ha de absorber la voracidad Slava.

Reposa el Norte escandinavo de una prolongada crisis, cobra energía para resistir al prusiano que acecha el momento de anexionarse sus más pingües regiones, y la confederación alemana representa una de esas síntesis transitorias y necesarias, como lo fueron el imperio romano, el de Carlos V y el de Napoleon I, para que se faciliten indirectamente los más positivos fines del humano progreso.

Empero, concretando el análisis a los pueblos más civilizados, a los anglo-sajones, escandinavos y alemanes, por ejemplo, puede deducirse, de compararlos con los que llevan el estandarte de la cultura latina, que la situación de los primeros es, bajo cierta relación, mucho más favorable, y que su porvenir no se contemplan preñado de siniestros pronósticos. De las tres grandes nacionalidades latinas, la italiana es la que ofrece más halagüeña perspectiva; ocupa España el tercer lugar, habiendo descendido Francia al segundo por virtud de recientes calamidades que traían de lejos su corriente. Con una virilidad, decisión, constancia y mesura, no comunes entre los latinos, donde los turbulentos alardes de la actividad política quedan contrabalanceados con largos períodos de inercia,—como lo prueba Francia vegetando a la sombra del imperio veinte años, España, necesitando otros veinte para decidirse a secundar con su indiferentismo, que esta es la frase justa, a los revolucionarios de Setiembre,—Italia, decimos, desmintiendo precedentes, no en verdad menguados, entra y camina por la senda de su regeneración, haciendo frente a todo linaje de complicaciones interiores y obstáculos internacionales.

Víctima Italia por siglos de la curia romana, con su política absorbente, fué cerrado palenque donde lucharon dos ideas gigantes, la occidental y la asiática, el naturalismo y la teología, el ciudadano y la teocracia. De un lado una casta privilegiada empuñando el poder moral más exorbitante de cuantos se han conocido antes del descubrimiento de la imprenta, el anatema religioso; del otro el individuo pugnando por vivir de acuerdo con las leyes de su naturaleza falseadas, desconocidas ó negadas por el misticismo. Aquí la religión sirviendo, no los fines para que fué instituida, no el noble anhelo de las almas ávidas de lo desconocido y de lo misterioso, mas intereses puramente terrenos, y más que terrenos, privativos de ciertas clases é instituciones; allí la sociedad que pretendía, antes que concluir con la tutela religiosa, limitarla a la esfera superior de donde su mismo carácter é intereses no la aconsejaban descender. Las luchas entre la Italia y el imperio, entre gúelfos y gibelinos, resumen el batallar de los siglos medios y del Renacimiento, que ha terminado con la caída del poder temporal de los Pontífices. Antójase fantástico ensueño cuando es positiva realidad: el cetro con que los Hildebrandos, Inocencios y Leones regían al mundo, quebróse sin que la humanidad se conmoviera. Tan graves acontecimientos verificábanse sin ruido: tanto han cambiado las ideas de las muchedumbres, que lo que antes parecía imposible, se ha convertido ahora en un hecho tan esperado y lógico, cuanto que a pocos ha sorprendido realmente. En el mismo obligado asiento del principio conservador, tradicional y refractario a toda reforma, enseñorease el trono de la revolución democrática, personificada en Victor Manuel.

El rey excomulgado muéstrase contemporizando y sobrellevando los ataques que desde la ciudad leonina se le dirigen, y tan trocadas andan las cosas, que la humildad y la mansedumbre no parecen aconsejar a los que deberían hacer de ellas uso abundante y discreto; sino del lado opuesto, donde toda soberbia buscó su asilo y toda despreocupación su complemento.

La verdad es que los ultramontanos tienen razón al pretender de las nacionalidades latinas una acción colectiva en beneficio, no de la religión, ni de la Iglesia, antes bien de los intereses temporales del Papado. El día en que el ejército francés evacuó la Ciudad Eterna, abrióse el camino que conducía a la triste capitulación de Versalles. Francia, adalid de la gente latina, inconsciente poderío que en nombre de la República que imperaba a orillas del Sena, destruía a cañonazos a la República implantada en las márgenes del Tiber, Francia, que

(1) Corresponde este trabajo a una serie de artículos escrita hace años por el autor con el fin de estudiar las cuestiones político-sociales europeas. Desde entonces acá estas han cambiado de aspecto, a pesar de los que, la lectura del artículo del Sr. Tubino es oportuna en estos momentos.

había entonado *Te Deum* ante la bárbara fruición con que uno de sus generales anunciaba las maravillas del Chassepot, ensayado en Mentana contra los patriotas italianos, tuvo que abandonar á Roma, y abandonándola, suscribió la abdicación más completa de su iniciativa como potencia de primer orden. Semejante dolorosa expiación significaba algo más que un simple revés de la fortuna; significaba que la obra de la reforma producía al cabo sus frutos. Ya no había ejércitos que fueran á las costas del Tirreno á sostener la bandera pontificia, ni tercios, como en tiempos de Carlos V y de Felipe II que pelearan en Holanda, Flandes, Francia y Alemania, no por los legítimos intereses de la madre patria, si por los de las dinastías ó los del fanatismo religioso.

La derrota moral de la Francia, al zarpar sus naves de Civita-Vecchia, decidía la contienda mudando tan hondamente el equilibrio europeo, que todo el imperio colocado en manos de la Francia, inclinándose de la parte allá del Rin, cayendo á los pies de los sucesores de Federico II, gran cirifeo de la enciclopedia.

Repetimos que obran con sentido práctico los que quisieran ver á los latinos restaurando la monarquía temporal de Pio IX. Su existencia era uno de los títulos más legítimos de la gente latina, conservando los Estados latinos á su cabeza, al Papa rey, ofrecíanse siempre con superiores ventajas á los pueblos germánicos y anglo-sajones, en cuyo organismo se introducían, mediante la propaganda religiosa, la libertad de las conciencias y la inmunidad exorbitante de la gerarquía episcopal. Desde el momento mismo en que concluyó el soberano de las tres coronas, terminaba implícitamente la secular controversia de la Edad Media y del Renacimiento, acercándose el mundo europeo á trascendentales novedades. Italia ha sido directamente el instrumento de esta victoria, esforzada por la política general de los Gobiernos anglo-sajones, germánicos y moscovitas. Ni es de presumir que vuelva á levantarse aquel coloso que desde el Quirinal ó el Vaticano fulminaba los rayos de su censura sobre las más soberbias cabezas: los tiempos han cambiado más de lo que algunos piensan, y falta á aquella soberanía base sólida donde apoyarse en los corazones, dominados por el indiferentismo, cuando no presas de la duda ó la negación.

Trabaja Italia en regenerarse: el espíritu moderno la anima en gran escala, y la ciencia en su concepto humano, recibe sincero culto de la mayoría de sus ingenios. Hay en aquella antigua tierra verdaderos patriotas, hay quien aspira al bien y á la prosperidad por legítimas veredas, si quiera luengos años de servilismo hayan debilitado y rebajado un tanto el carácter y el temperamento moral de las muchedumbres.

Cuál sea la situación de la Francia, no hay para qué decirlo. Patentes están sus desdichas, abiertas las llagas que en ella causaron reveses, en mucho merecidos; sus ansias son mortales, sus errores parecen aún fuertemente arraigados en el organismo que, no bien pudo mover sus miembros, cuando repitió los conceptos funestos que en gran manera han labrado su ruina. La Francia, por la pluma de autorizados escritores, ha vuelto á hablarnos de glorias y expediciones militares, de conquistas y empresas bélicas, de entusiasmo marcial y seguros triunfos, cifrando su ideal, no en dominar á la Prusia con instituciones niveladas con la razón y la humana naturaleza; no en el crecimiento de las luces ni en el respeto del individuo, más en el éxito de una represalia buscada por la fuerza y con la fuerza obtenida y sancionada. Cuando la Francia debía estar persuadida de que el militarismo ha sido uno de los resortes que la han lanzado al abismo de una injusta humillación, cuando la sana crítica dice claramente que las aventuras del Consulado y del Imperio fueron en mucho causa de los desastres de Metz y de Sedan, los franceses amenazan de nuevo los sentimientos humanitarios de Europa, declarando que la paz es una tregua forzada, y que la guerra con Prusia es necesaria é inevitable en un plazo determinado por el tiempo que necesite en reponerse. ¡Desdichada política!

No fueron los cañones Krupp ni los hulanos quienes vencieron á los franceses, sino los maestros de escuela combatiendo á los millones de habitantes que una y otra vez suscribían la fuerza plebiscitaria. Poco debía preocupar al patriota francés que la Alsacia y la Lorena figurasen en su carta geográfica ó en la teutónica, que al cabo no siempre fueron francesas esas comarcas, y las nacionalidades se han rehecho cien veces en el curso de la historia. Lo que en realidad debería mortificarle es la decadencia de sus instituciones y costumbres relativamente á los alemanes. Hombres imparciales han declarado la mezquindad de la cultura francesa, cuando en sus establecimientos científicos se la estudia: ciudadanos insignes descubrieron la lepra que corroía el cuerpo de la administración bonapartista, y las glorias imperiales convirtieron en sonrojo para muchos de los que más alardearon de puros y altaneros, ciñendo sus frentes con toda suerte de laureles. La gran nación que había llevado sus armas de conquista en conquista desde el Báltico hasta el Nilo, desde el Estrecho gaditano hasta el Kremlin y la Moscowa, olvidóse de cimentarlas sobre la instrucción y la moralidad; miró la primera con negligencia y pospuso la segunda al éxito, el vicio en auge á la liviandad y á la hipocresía con el cortejo de flaque-

zas que acompañan al rebajamiento de los caracteres.

Pero si Francia sufre esta gran dolencia; si el sentido moral ha padecido á la sombra de las Tullerías, entre las arboledas de Compiègne y en las delicias capuanas de Pierrefonds, Biarritz y Vichy, funestos eclipses, ¿qué diremos de España, de la mísera España, donde el desconcierto administrativo, la desorganización y el desaliento tocan ya en los términos de la más desconsoladora extremidad? ¿Qué pensaremos de un país donde precisamente la falta de carácter está siendo ocasión y requisito de los más escandalosos medros y codiciadas recompensas?

Quien acertara á representarse la España cuando terminaba la reconquista, y comparase aquel cuadro con el que ofrece la España de la Revolución de Setiembre, difícilmente llegaría á darse cuenta de la distancia inmensa que aparta ambos pueblos, por lo que toca á este parangón. No es que se hayan cometido excesos y desmanes, que siempre estarán muy por debajo de los que registra la historia de otras revoluciones; no que la sed de riquezas y poderío haya recabado lo que debió reservarse á la abnegación y á la modestia; no, en fin, que abortaran las más legítimas esperanzas; lo que verdaderamente contrista, lastima y avergüenza, es la ruindad de los caracteres, la atonía de las conciencias, el indiferentismo de los más, la osadía de los menos, que mienten los más nobles sentimientos, y aparentando virtudes que ni aún conciben, labran por luengos años el infortunio de las generaciones que han de sucederles. Si allende el Pirineo, la condición moral de las clases elevadas es deplorable, del lado acá llena el alma de indignación el aspecto de la burguesía, que es la que gobierna. Sin fe religiosa, sin convicciones monárquicas, sin un ideal levantado en la meta de sus aspiraciones, vive fingiendo creencias de que en su interior se mofa, y el catolicismo con la patria sirvenla de escudo para ocultar las ambiciones personales más descompasadas y la pequeñez de miras más desconsoladoras.

Difícilmente se dará un país donde más menudado esté el concepto religioso, ni donde la justicia se acomode más á la ley del encaje, y sin embargo, aún continuamos haciéndonos la ilusión de que mantenemos en su justa altura el credo de nuestros mayores, y que la autoridad bajo todas sus formas es digna representante del derecho y de las eternas morales conveniencias.

A nuestra vista se exageran los males que ya señalaban los hombres de la generación pasada, siendo lo más triste, que no hay quien en esta puja de atrevimientos, apostasías y liviandades, se sienta con derecho para arrojar la primera piedra. Todos los inconvenientes que han traído á su poco envidiable situación á la gente latina, exhibense en España con desconocidos caracteres; todos los gérmenes de decadencia que allende el Pirineo se determinan, adquieren aquí una deplorable importancia. Desvanecido el antiguo venerando ideal, lleno lo presente de contradicciones, cubierto lo porvenir con denso y oscuro velo, vive la España al día, en brazos de su indiferentismo, mientras la explota una caterva de aventureros políticos, que vistiendo los más extraños disfraces, procura el medro personal, salvas rarísimas excepciones, á costa de la paz y del bienestar de sus semejantes. Y se sostiene el edificio artificialmente levantado por las Constituyentes, no porque con virtud ó fuerza propia posea la savia y la energía que la existencia reclama, ántes bien no ha venido al suelo por la impotencia de los contrastes y el culto que aquí recibe todo lo que arguye y cifra la inercia.

Aún más peligrosa que la situación de la Francia, es la de España: allí siquiera se notan conatos generosos al lado de lastimosas recidivas; aquí es tanta la tranquilidad con que se asiste á la farsa más cruel del histrionismo político, con el tácito consentimiento de las clases conservadoras que se contentan con pedir orden material, sin cuidarse de asentarlo sobre bases estables, y de la masa del pueblo que camina inconscientemente hácia el punto á donde otros, más ácidos y habilidosos, se proponen llevarla.

No es lícito señalar el mal, ofrecerlo á la contemplación del lector sin decir cuyos son sus orígenes, para obtener por tal modo la experiencia y enseñanza necesarias para amenguar en lo futuro sus tristes resultados. Cumple al filósofo estudiar discretamente los fenómenos sociales, penetrar en las grandes crisis de la historia, señalando las leyes que rigen los unos y las complicaciones á que las otras obedecen.

Desde los comienzos de la Era cristiana, germanos y latinos aspiran al imperio de la Europa: oriundos ambos pueblos de un mismo tronco, la familia aria, apártanse en carácter y tendencias á medida que avanza la historia, y llega un día en que personifican dos tendencias y modos de ser de la civilización, esencialmente antitéticos. ¿Cómo se verifica esta disparidad? ¿Qué la determina? ¿Hasta dónde ha podido influir en el florecimiento del principio, que llamaríamos occidental ó germánico-anglo-sajón y en la decadencia de la gente latina? Cuestiones importantísimas son estas, que trataremos en otros artículos.

FRANCISCO M. TUBINO.

TEORÍA ORGANICA DEL ESTADO.

Tal es el título de un nuevo libro dado recientemente á la estampa por el joven escritor D. Emilio Reus: tan joven, que nadie que ignore esta circunstancia, sospechará por la lectura de aquellas páginas, dignas á no pocos trechos de un espíritu reflexivo en toda su madurez, cómo se trata de un autor que tiene aun por delante, y por dicha ya de nosotros envidiada, algunos años de adolescencia.

Hasta en los que conocemos al Sr. Reus produjo el libro en cuestión natural sorpresa, con solo pensar que no han sido éstos en nuestra patria los estudios más cultivados, no á buena fe porque hayan faltado nunca en España políticos de renombre, pronunciamientos innumerables y cambios constitucionales á menudo, sino por habernos quizá hecho falta para ese objeto, ya que no la aptitud, las tendencias y la tradición filosóficas de los pueblos alemanes. Así vivimos aún de prestado en los estudios fundamentales del Derecho, y no ha de maravillar que siendo una de las ramas de su filosofía la ciencia del Estado, resulte aun mayor entre nosotros la penuria tocante á este orden de la indagación jurídica. Aun en la esfera del derecho público, con ser este pueblo, á semejanza de todos sus congéneres de raza latina, amante de la libertad hasta por instinto (por de muy socialista que se le tachare), á veces con toda la exageración de ese amor ciego, y con pagarse de veras del espíritu democrático que infundió en él la revolución de 1789, no se ha curado mucho de reconocer en su evolución parlamentaria la espontaneidad histórica, tres siglos comprimida férreamente, de sus energías constitucionales, ó mejor, representativas: tomándose sus hombres políticos más ilustres de esta especie de abandono nacional, hasta el extremo de no recoger otros datos que los que suministraba lo estatuido en más felices países, y calcando nuestras Constituciones, cuándo en fórmulas simplícísimas, y por lo mismo peligrosas, y en su virtud estériles, de ese liberalismo francés mal definido que brotó como inspiración esencialmente revolucionaria y transformadora de la doctrina de Rousseau, cuándo en ejemplos y prácticas constitucionales características, y por lo mismo exclusivas, y en su virtud intrasmisibles, de aquel parlamentarismo inglés, profundamente tradicional y conservador, que ha nacido para vivir sin eclipses, como ley constante de su derecho público, en la historia del Reino Unido: alternativas que han hecho oscilar nuestra revolución entre Códigos tanto más libres en el fondo, cuanto más primitivos, hasta el día, en fin, en que la democracia vivificó nuestra política, y la experiencia atemperó nuestra primera ley sustantiva á los términos racionales de la vida del Estado, y el propio ejemplo y repetidas desventuras trazáronnos la senda por donde ya eu adelante, sin precipitaciones de ideólogo ni tímideces doctrinarias, podremos avanzar los demócratas, alentando el espíritu generoso y progresivo de la revolución de Setiembre á la conquista de la libertad y al afianzamiento de la soberanía pública.

Por efecto de aquel notado mal, y á virtud de otras causas más ó menos conexas cuya determinación no nos incumbe ahora, han escaseado en España, decíamos, trabajos de la índole del señor Reus. Toda nuestra cultura política viene encerrándose, por lo común, en el estudio del derecho constitucional. La ciencia del Estado no ha crecido entre nosotros, como rama de la Filosofía del Derecho, bajo concepto propio y con objeto real, limitándose generalmente todos los ensayos en este sentido á indagaciones parciales y escarceos monográficos. Era, pues, desde luego empresa arriesgada la de acometer con resolución esta materia; pero como suele ser también la juventud prenda de resolución atrevida, sucedió que un honroso compromiso de carácter académico dió ocasión al Sr. Reus de escribir una Memoria sobre la *Teoría orgánica del Estado*, y pues llevó su empeño á ejecución airoosamente, no quiso limitar á un círculo científico el conocimiento de su esfuerzo, pasando lo recitado en la Academia de Legislación y Jurisprudencia á servir de pasto á los tórculos, bajo la protección titular de *Ensayos políticos* y nó sin recelo del autor, por propia y modesta confesión que le honra.

Guiado de un prólogo brillante, donde á la energía del estilo júntase el vigor del concepto, y por cuya líneas circula ya con rasgos pronunciados el pensamiento total del joven autor, hostil declaradamente á la tendencia mecánica del individualismo, llega el lector que leyere ese libro, bajo el dominio de la impresión más agradable, á su parte primera, que se titula *Metafísica del Estado*.

Basta casi este epígrafe para adivinar la filiación filosófica del Sr. Reus. Su puesto de ataque está en el krausismo, pues aunque pudiera parecer en el primer momento que se trataba vagamente de algún indicio ó alguna reminiscencia kantiana, pronto se ve á la más clara luz de qué lado se inclina el criterio del autor.

¿Krausista empero de legítima prosapia, neto y ortodoxo? Al recorrer su brillante impugnación de los varios sistemas que privan en orden á la idea del Estado y del derecho, seguida de una elocuente y calurosa defensa de aquella doctrina, creyérase descubrir en el Sr. Reus el más fervoroso y fiel de los adeptos. Pero los resultados de su estudio contradicen de todo en todo, manifestamente, el concepto que sobre el estado humano-terreno le-

gó á su escuela, como ideal de ideales, el ilustre filósofo de Eisemberg.

En dos partes divide el Sr. Reus su trabajo, y ya sabemos cómo llama la primera, titulado la segunda *Morfología del Estado*. Integran aquélla un estudio general de los caracteres y condiciones del Estado, mediante cuya indagación llegase á determinar su concepto; y una vez así considerado en la unidad de lo que es, se analizan en el libro los elementos que constituyen propiamente la sociedad política como base de su vida en el tiempo y en el espacio. No dándose Estado alguno sin pueblo y sin país, que son á aquél, bajo las formas generales ya dichas de la sucesión histórica y de la coexistencia topográfica, lo que el espíritu y el cuerpo al hombre, y habiendo de darse por ende unidas ambas entidades, para que el Estado se concrete y viva, existe una Psicología y una Fisiología jurídicas, de cuya unión íntima resulta la nacionalidad, como de la de aquellos dos seres, íntima también y conscia, espíritu y naturaleza, resulta la humanidad.

Pero ó el Estado no es sér orgánico y vivo, y á demostrar que lo es tiende capitalmente todo el esfuerzo sistemático del autor, como hasta el título mismo del libro, ó tiene finalidad propia y sustantiva, afirmando el Sr. Reus que es fin del Estado toda la *vida nacional*, atendida y condicionada según la norma de las necesidades públicas que dicte la voluntad social en cada momento histórico.

Y aquí empieza la *Morfología del Estado*. Ni por soñación hemos pensado un instante hacer una estensa crítica del contenido del libro del Sr. Reus, pues sobre que esto excede de los límites de un artículo ligeramenteanalítico, ello á la verdad nos arredra, dada la importancia de la materia y—¿por qué no confesarlo?—la série de contradicciones en que choca y bajo las que se desenvuelve esta rama de la ciencia del derecho, ni podríamos tampoco observar un órden rítmico sujeto al plan de la obra, pues que por necesidad nos llevaría también irremediabilmente al peligro atrás indicado.

Una novedad digna de notarse arrojan estos ensayos del jóven publicista. Caluroso defensor de las nacionalidades, donde vé realizarse omnilateralmente la vida entera del Estado, combate la teoría de un Estado jurídico universal como falsa en su base y eternamente inasequible. ¿Cómo será recibida esta afirmación entre aquellos correligionarios del Sr. Reus que tan luminosas inspiraciones han recibido y tantos ensueños acariciado por virtud del bello y consolador ideal de la humanidad para la vida, término superior y evolución definitiva de la biología política, que, lomismo que Krause y Sanz del Río, consideran de necesidad racional y valor sustantivo, ya que á la manera como el hombre no cumple y llena sus fines en la esfera individual, necesitando del vínculo jurídico por todos lados y hácia todas partes para alcanzar sus varios fines, así también las naciones, grandes individualidades sociales é históricas, han menester el arrimo de otros pueblos, la relación compleja de otras sociedades, condiciones, en fin, proveenientes de todo grupo político para contribuir concertadamente á la obra total del progreso humano, cuyo órgano supremo, allá en los lindes indeterminados de lo porvenir, atravésadas que sean las nieblas espesas de un tiempo incalculable, Dios sabe cuántas centurias adelante, pero al fin y al cabo en un momento real y con vida orgánica, ha de ser el estadogeneral humano acá en la tierra?

Punto es éste en que debemos declararnos, bajo cierta reserva, en desacuerdo con el Sr. Reus, porque estimando posible una confederación permanente entre Estados de similitud etnográfica, sin que nada perdiera por esto ni en sustantividad ni en independencia la vida nacional respectiva, no nos atrevemos á ahuyentar de nuestro pensamiento la idea, ó por lo ménos, á soterrar en nuestro pecho la esperanza de que un día la humanidad alcance vida jurídica más rica y variada, más estensa y orgánica de lo que del estado presente y de los progresos ideales del derecho internacional público pueda desprenderse.

Una vez formado el concepto del Estado, que bajo la obsesión de este pensamiento define el señor Reus como la «persona jurídica que representa y desenvuelve la vida nacional,» expone seguidamente el autor el plan general de su obra con sujeción en su primera parte á los ya expresados términos, y estudia en primer lugar lo que llama fisiología del Estado y la influencia del clima, del suelo y del medio ambiente en la constitución y progreso de las relaciones políticas, tema de importancia en este órden de la investigación desde que Montesquieu consagró, no uno, sino cuatro libros de su *Espíritu de las leyes*, desde el XIV, al estudio de las instituciones en su relación con la naturaleza del clima, y todavía el XVIII al análisis de esa relación con la naturaleza del terreno; declarando que juzga limitada esa influencia por la propia actividad inmanente y continúa de nuestra naturaleza, y rechazando con buen sentido las consecuencias positivistas de la adaptación, tan exageradas por el eminente Spencer.

Considerado ya el país, importa, á juicio del autor, determinar el concepto de pueblo; y en este punto, á la verdad, nos parecen más claras, si no más brillantes, las indagaciones desenvueltas en la *Teoría orgánica del Estado*, siendo la consecuencia de ambos á dos estudios, el fisiológico y el psicológico, una confirmación de aquella ley de Dromel recordada por Odysse-Barot en sus bellas cartas de filosofía de la historia, según la cual es

toda nacionalidad un grupo social basado en su fatalidad geográfica, entendiéndose que no apreciamos esta fatalidad, por nuestra parte, en un sentido que envolviera contradicción flagrante con lo que sobre el límite de las influencias climatológicas llevase apuntado.

Un bello capítulo sobre las nacionalidades, cuya ley reduce á dos condiciones fundamentales, la de que se constituyan como un organismo vivo por dentro y organismo independiente por de fuera, estudio éste quizá el más interesante y de más enseñanza que encierra la obra, completa el libro segundo en que se estudian los elementos componentes del Estado, tras de lo cual viene un tercero, que el Sr. Reus titula *Ética*, y donde, apreciando el fin del Estado como real y sustantivo, revuélvese de nuevo contra la teoría individualista de estos últimos tiempos, aceptando sin reserva la tendencia hoy tan en boga en Alemania, cada día más celebrada en todos los países, del socialismo de la cátedra.

Y llegamos á la segunda parte, *Morfología del Estado*, que es, sin duda de ningún género, la que despertando, desde luego, más viva ansiedad científica y hallándose necesitada de mayores desenvolvimientos que lo que puede en sustancia constituir su *metafísica*, resulta, no obstante, y no hemos de ocultárselo al autor á fuer de sinceros, inferior á la primera.

El criterio que en toda ella domina es perfecta y simpáticamente democrático. En nada su introducción desmerece de la brillantez y energía de estilo con que sabe el autor tratar todas aquellas cuestiones que mueven hondamente su ánimo; pero ya á contar del concepto de la soberanía, primer capítulo de esta parte, parece obedecer el señor Reus á la premura del tiempo y perseguir con precipitación el término de su obra. Así ha resultado más breve de lo que debiera serlo y bastante más que la *Metafísica*. Y parecemos que se ha dejado guiar demasiado en este punto la mente del autor por esa división más bien ingeniosa y mecánica, que científica y real, establecida por Bluntschli entre *Teoría del Estado*, *Derecho público y Político*, á cuya segunda esfera parece corresponder el segundo miembro del libro del señor Reus. Su concepto de la soberanía nacional, si completado por varios párrafos sustanciosísimos de un artículo notable del Sr. Giner de los Rios, obtiene en su capítulo respectivo escaso desarrollo. Luego de impugnar la teoría de Rousseau y el sentido que la da Grimke, establece la división de los poderes, rechazando la que desde los días de Montesquieu ha llegado á privar universalmente en la ciencia y en las constituciones, para establecer una bimembre en que considera el poder como meramente legislativo y político, entrando en el primero cual órganos propios, la Cámara popular y el Senado, y componiendo el segundo, como dirección paralela entre sí, el ejecutivo y el judicial.

Bien que el Sr. Reus trate de establecer un fundamento para esta extraña división, antojáenos que, ó no le ha encontrado, ó se muestra á nuestra limitada inteligencia por demás velado y confuso. Desde luego, todos los poderes son políticos, pues que todos tienden orgánica y conjuntamente á este fin último; por ende, ese paralelismo entre la administración que desenvuelve la vida social (fin del Estado) representada por el poder ejecutivo, y la justicia que atiende al mantenimiento del vínculo jurídico (condición esencial del Estado), representada á su vez por el poder de su nombre, resulta más ingenioso y sutil que sólido y razonado. Una y otra, y ambas con perfecta simultaneidad en el concepto y en el hecho, miran de igual suerte, es verdad, y se hallan subordinadas al fin supremamente condicional de la vida que se realiza en el Estado; pero hay entre aquella y ésta la circunstancia de que, mientras la segunda puede considerarse como una facultad de obrar del Estado mismo, ó como un poder independiente, la otra no pasa de ser un modo subordinado de acción del poder ejecutivo, en el que entra, y bien claro lo dice más adelante el mismo Sr. Reus al hablar de los servicios y de las funciones públicas, como el conjunto de las que completan la vida oficial continúa; y bien señala además esta distinción el decir común de las gentes, que consideran siempre al empleado bajo un concepto burocrático, y no estiman nunca al juez, en los sistemas representativos se entiende, donde alcanza el poder judicial toda la grandeza de sus fines, como funcionario del Gobierno.

En lo que lleva razón, y razón plena, y cuando sus refutaciones nos parecen incontestables, es al juzgar la teoría brasileño-lusitana del flamante poder moderador como una perfecta inutilidad doctrinaria, y aun diríamos nosotros como una entelequia vana. Corren sobre este punto no pocas equivocaciones y se profesan grandes errores. El concepto de poder moderador es por su origen como por su naturaleza, esencialmente ecléctico. Por lo demás, ni resulta exacto que Clermont-Tournerre lo hubiese anunciado, contra lo que afirma el Sr. Moya en su bello libro *Conflictos entre los poderes del Estado*, y parece también opinar el Sr. Reus, pues que la distinción que aquél establece en el párrafo ya célebre transcrito por Benjamin Constant, no tiene otro significado que el que da entre nosotros, por ejemplo, el ilustre Moreno Nieto al poder más tradicional y arraigado según él, cuando dice tantas veces, y todas tan bien como tan sin fundamento, cómo cierta institución de perennidad indisputable recaba para sí, por los oscuros limbos en que se pierde su origen y el rico bagaje de tradiciones con que se ofrece á los pueblos,

un prestigio constante, superior á todo lo humano, y una autoridad eminentísima, superior también á la soberanía de las naciones; ni creemos cierto aquello en cuanto hecho, ni la afirmación como principio de que para la armonía de los tres poderes del Estado que respectivamente definen, ejecutan y aplican la ley, sea de necesidad el reconocimiento y la determinación constitucional de ese poder moderador, ora en las monarquías parlamentarias, quier en las repúblicas democráticas. ¡No, ni nunca! Y estamos perfectamente de acuerdo en este punto con el Sr. Reus, que rechaza enérgicamente tal doctrina. Cuando Benjamin Constant expone con gran empeño la conveniencia de que en los sistemas representativos se distingan con toda claridad el alto poder neutro, que es ese poder moderador ideado por el primer monarca del Brasil é implantado más tarde en la Constitución portuguesa, y el poder ejecutivo, buscaba por esta ficción generosa un fundamento jurídico á la irresponsabilidad de los jefes del Estado. ¿Mas cómo es la razón por que esa teoría doctrinaria ha de ser acogida como un descubrimiento maravilloso de la ciencia política entre algunos decididos demócratas de superior entendimiento? Todas las razones aducidas á este respecto en larga y laboriosa tarea por el distinguido pensador Sr. Azcárate, flaquean en su base y conducen á graves contradicciones. Cuando dice que es preciso hallar un término superior en que los otros tres poderes se unan y concierten, no echa de ver, fascinada su clarísima inteligencia por el falso brillo de ese error, que esta exigencia racional nace de la misma suerte para el supuesto poder moderador, que si es propio é independiente, de esencia y realidad idénticas á cualquier otro poder bajo puro concepto de tal, está en la misma relación subordinada que los otros respecto de la unidad del Estado; es, para emplear conceptos abstractos con el sentido que les da la metafísica krausista, un número y no una cantidad. Y si no se le concibe coordinado con los demás, subordinado por consiguiente á la actividad central y unitaria del Estado, no es un poder al lado de otros, sino la función armónica que los enlaza y comprende en esta relación de armonía; y esto, llamado por su nombre, es la facultad propia y necesaria del jefe del Estado, que en una monarquía como en una república representa forzosamente la unidad del organismo político.

Concibamos si se quiere el poder ejecutivo como independiente de la acción del jefe del Estado. Debe serlo en buena doctrina constitucional; mas no nos lleve este principio á forjar un nuevo poder ilusorio, sin objetividad posible en la vida pública, y valdiero tan solo para explicar aquella frase, ya proverbial de Thiers, diariamente desmentida por la práctica. Si alguna función moderadora es dado descubrir, quizá la hallaremos en los Senados. Mas como poderes, ellos se moderan entre sí por la ley común de ponderación que debe reflejarse lo más exactamente posible en el derecho constituido. Y si á pesar de todas las previsiones racionales llegan momentos angustiosos de crisis en que el poder ejecutivo se halla con el legislativo en grave desacuerdo ó vice-versa, entra entonces el jefe del Estado, no á moderar, pues ó aquél responde mejor que el otro á la corriente de la opinión pública, y es llegado el caso de la disolución de Cortes, ó éstas, por lo contrario, responden con su actitud á las aspiraciones generales del país, en cuyo punto debe, sin vacilar, el primer Magistrado de una nación libre conjurar el conflicto sin resistir el voto de las Cámaras, no siendo moderación y paliativos lo que en ninguno de ambos casos interpone, sino acción suprema, determinaciones racionales nacidas de su función misma, y armoniza, previene, corrige y contiene, todo á virtud de la alta representación que ejerce y por ministerio de la ley; si llegan, declamos, esos instantes críticos, el jefe del Estado obra en nombre de la nación, como entiende que la nación entera obraría en aquellas circunstancias. ¿No lo hace? ¿Se trata de una monarquía, siquiera tan parlamentaria como la de Inglaterra, donde es ya de rúbrica establecer firmemente la irresponsabilidad del poder real? Que digan los partidarios del poder moderador cómo se resuelve entonces el conflicto y de qué sirve en tales casos esa clave de la máquina representativa, definida en el artículo 98 de la Constitución del Brasil y en el 71 de la de Portugal. ¿Se trata de una república democrática? Si es solo responsable el presidente del crimen de alta traición, como establece en Francia el artículo 6.º de su ley relativa á la organización de los poderes públicos, ó si como en los Estados-Unidos puede intentarse el *impeachment* por traición, corrupción y otros crímenes y delitos, el resultado viene á ser el mismo, no quedando otro tribunal ni otra jurisdicción para conocer de la conducta política del jefe del Estado que el pueblo, las nuevas elecciones presidenciales. Y si se declarase la responsabilidad para todos sus actos, ¿qué poder moderador sería éste que á su vez podría ser moderado por el legislativo ó por quien fuese, en virtud de un juicio solemne y por un procedimiento criminal?

Bien dice, pues, el Sr. Reus cuando afirma que ese ensueño doctrinario del poder moderador es semejante al agua tibia de que nos habla el Evangelio, demasiado fría para unos, demasiado templada para otros y buena sólo para causar náuseas.

La buena doctrina del Sr. Reus debe serlo hoy de la democracia toda. El jefe del Estado no ejerce el poder ejecutivo; éste se halla depositado

en un Consejo de ministros individual y colectivamente responsables. E importa en tan árdua cuestión librarnos de las confusiones introducidas en su ley política por la democracia norteamericana. Desde los días gloriosos de la Convención de Filadelfia se han identificado allí por completo la jefatura del Estado y el poder ejecutivo. Lo mismo Hamilton, cuando pedía un presidente vitalicio armado de robustísimos poderes, que Sherman, cuando sólo consideraba necesario un mero agente del poder legislativo, que Madison, cuando enumeraba las dificultades relativas á este punto, todos ellos partían de esta supuesta identidad, y á ninguno se le antojó concebir como solución, ni liberal siquiera, la de que un Consejo de ministros compartiese con el presidente las funciones y la responsabilidad del poder ejecutivo.

Allí ha prosperado esta fórmula, no embargante su profundo vicio y su absurdidad notoria, merced al sentido práctico y á la superior educación política del *yankee*; en cualquier Estado europeo, esta parte de la Constitución de los Estados Unidos acarrearía dificultades diarias, engendradoras á su vez de males sin cuento.

Y ¡extraño fenómeno! allí que el jefe del Estado no pasa constitucionalmente de ser poder ejecutivo, debe su elección al pueblo; mientras que en Francia, donde aquél se ejerce por un Ministerio responsable y de temple parlamentario, quedando el presidente de la República con la calidad y en la condición verdadera de dicha suprema jefatura, toma su representación de manos de ambas Cámaras reunidas en Congreso. ¿Es que la cuestión se reduce á un procedimiento circunstancial? ¡Ah, no! Se trata de un gran principio político, y dentro de la sana teoría del Sr. Reus, que demás está decir que hacemos nuestra, cuando el jefe del Estado no hereda su magistratura, sino que la ejerce temporal y electivamente, ha de deberla al voto plebiscitario. Bien merecía, pues, la pena de que el señor Reus nos hubiese dicho algo acerca de este importantísimo extremo, ya que por una parte no ha celado su opinión en otros puntos de gravedad análoga, ya también porque la materia no es de aquellas que se refieren al arte de la política, sino á los principios fundamentales del derecho público. Como ha de procederse á esa elección, si directamente ó por sufragio de segundo grado: hé aquí lo de verdadero procedimiento y lo que hubiera podido omitir el autor.

Tiene éste lo que conceptuamos el buen acuerdo de pronunciarse contra la teoría de Stuart Mill, mantenedor radical de la Cámara única. No ha andado tan bien aconsejado en otra materia, la que al *veto* y á la *sanción* se refiere. Rechaza aquél, aun suspensivo, como antidemocrático é inútil, contra la opinión del Sr. Moya, y admite una sanción que pudiéramos llamar relativa, idéntica al veto suspensivo en el fondo. Por una como por otra facultad, el jefe del Estado pone temporalmente en interdicto al poder legislativo; y el mismo Benjamin Constant confundía ambos á dos atributos en una sola prerogativa de la Corona, al tratar indistintamente de ellos y al afirmar expresamente que existen varias razones «que hacen indispensable la sanción real ó el derecho del *veto*.»

Cuestión es esta que ha perdido toda su importancia con relación á las formas puras de la democracia representativa. Y en nuestra humilde opinión, el pueblo francés la ha resuelto dentro de su actual organización política, con un ojo grandemente experimentado y del modo más sencillo. El art. 7.º de la ley sobre las relaciones de los poderes públicos, preceptúa que el presidente de la república promulga las leyes en el mes siguiente á la remisión al Gobierno de la ley definitivamente adoptada, que siempre que haya sido declarada urgente por voto expreso de ambas cámaras deberá promulgarse, no al mes, sino á los tres días de comunicada; y en uno, como en otro plazo, el presidente puede, por un mensaje motivado, pedir á las dos cámaras una nueva deliberación que á éstas no les es dado rehusar.

Por tan sencilla manera, y así concebida la promulgación, concepto indudablemente superior y más democrático que el de la sanción y el veto, tal como se establecen respectivamente en las monarquías constitucionales y en los Estados Unidos, se resuelve éste punto, un día tan debatido y hoy tan pasado de moda.

Con algunas reflexiones sobre la legalidad de los partidos y la revolución, inspiradas en un amplio criterio democrático, pone el Sr. Reus término á su obra.

Felicitemos al joven escritor por el buen éxito de sus primeros ensayos políticos, y si algo pudieran valer nuestras excitaciones, se las dirigiríamos sinceras para que prosiguiese por el camino de esos estudios, muy deseosos de que, cuando la experiencia robustezca más y más su entendimiento y adquirieran el mayor desarrollo en tan nobles ejercicios las aventajadas dotes del Sr. Reus, pueda decir sin jactancia como el autor del *Espíritu de las leyes*, recordando una frase del Correggio: *Ed io anche son pittore*.

JOAQUIN ARNAU É IBAÑEZ.

EL ESPÍRITU MODERNO.

El hombre es un sér esencialmente sociable; la moral afirma esta verdad, que demuestra la filosofía. Una legislación que desconoce el destino natural del hombre, enemigo del aislamiento, que pa-

raliza el desarrollo de sus facultades, que embaraça la libérrima expresión de sus pensamientos y ahoga por medios artificiosos ó violentos la voz profunda de su conciencia, es una legislación que sanciona la injusticia y la opresión, que destruye los resortes morales que le impulsan á su perfeccionamiento, los lazos estrechos que le unen á la sociedad.

Entonces el hombre huye de la vida social que ama, se aísla por sus intereses, se individualiza por sus actos, y se encierra en el reducido círculo de su personalidad. Se establece el antagonismo que convierte á los ciudadanos de una nación, que debieran considerarse como hermanos, en enemigos irreconciliables, porque de un lado reina el opresor, y del otro sucumbe el oprimido, el verdugo insulta á la víctima, y en los abismos tenebrosos de las almas laceradas, se forja el rayo destructor de las iniquidades engendradas por los vicios de la legislación contraria á la equidad.

¿Cómo se puede conciliar esta forma anti-social con el instinto de sociabilidad que anima al sér humano? Hace muchos siglos que un poeta ha deplorado la desgracia del que esta solo con estas tristes palabras: *Vae soli*.

Pero estas palabras han encontrado sus odiosos panegiristas, creando la detestable máxima: *Cada uno consigo mismo, cada uno para sí*: lo que significa en su verdadero valor; cada uno contra todos, todos contra cada uno, es decir, antagonismo social, división permanente, sufrimiento universal.

Los hechos constantes, el estado moral del hombre, su condición material, la vida actual del mundo justifican nuestro juicio, por más que espíritus deslumbrados por el optimismo se atrevan á juzgarle exagerado.

La naturaleza que hace al hombre social, no puede haberle engañado en sus nobles aspiraciones á la perfectibilidad. Son los legisladores de las sociedades que han engañado á la vez á la naturaleza y al género humano.

Y la conciencia íntima del hombre protesta enérgicamente contra este sistema bastardo que divide todos los intereses y separa todas las simpatías de su dirección natural, constituyendo la felicidad individual en la desgracia general, como si no existiese la solidaridad humana, y la salud de cada uno no dependiera de la salud de todos.

Sólo es digno de la naturaleza humana el sistema de legislación que organice la sociabilidad, haciendo converger todas las fuerzas individuales hácia un fin colectivo, que es el progreso generador de la felicidad general, y que remueva los obstáculos que se oponen al desenvolvimiento de las facultades concedidas por Dios á las criaturas, para que sean perfeccionadas por la educación; así como un sol ilumina á todos los hombres y les da una misma luz que hermana todos sus movimientos, el sol moral debe lucir para todas las conciencias, y ningún corazón recto y amante del bien público duda hoy; que el solo obstáculo á la mejora física, moral é intelectual de la humanidad consiste en la resistencia de los gobiernos á ilustrar á los pueblos, ajenos al sentimiento de benevolencia y amor á las muchedumbres sumidas en la ignorancia, y no se cuidan tampoco los depositarios del poder en aliviar la miseria á que viven condenadas. Pero no es solamente la situación desdichada de las masas profundas y oscuras de la nación lo que es digno de conmiseración y de piedad; existe también esa inmensa capa social de la pequeña clase media, cuya condición es no menos triste; abrumada de impuestos la pobre industria á que consagra sus activos afanes, se ve obligada á cerrar su tienda, por no poder soportar el peso de los tributos, ó vende el fisco su mísero hogar y el estéril campo regado con su sudor, y abandona su familia, que muere de hambre, y surca los procesos mares y emigra al África y á América, para mendigar un pedazo de pan, y espira en la tierra extranjera, que guarda sus yertos despojos, sin que puedan orar sobre su desierta tumba, ni regarla con sus lágrimas su desolada esposa y sus abandonados hijos, que privados de la subsistencia, faltos de trabajo y de educación, se ven condenados por la fatalidad de su destino, á poblar los presidios y los hospitales, y esta rutina ciega de hombres llenos de vicios y de dolores perpetúa en sus hijos los mismos vicios y los mismos dolores, mientras la vida egoísta de los privilegiados de la fortuna, de los explotadores de la miseria pública se desliza en los placeres, corriendo en pos de vanas distinciones, que no están fundadas sobre nada, ni aun sobre el nacimiento, sobre la pureza de la sangre, sobre la trasmisión del valor ó de la fuerza por vía de generación; pero su Dios es la ganancia, su ídolo el oro acumulado en sus arcas de hierro, por haber acaso traficado con la piel del negro y del blanco, ó enriquecidos con los desastres públicos, con las vicisitudes nacionales, con las guerras civiles. ¿Puede haber lucha más encarnizada, más espantoso desorden en la sociedad, donde los ricos improvisados viven suntuosamente del hambre de los miserables, donde las malas artes, la fría astucia, la maldad premeditada, el egoísmo profundo dominan sobre los sentimientos generosos, donde bajo una apariencia de libertad se ve una multitud innumerable de esclavos?

¿Y pueden predominar leyes íncuas, opiniones vanas alimentadas por el orgullo y la codicia? Se construyen en la sociedad humana frágiles edificios destinados á recoger las reliquias del pasado, amasados sus cimientos con la sangre y el sudor

de los pueblos. La igualdad de sus derechos proclamada por sábios legisladores, inmortales filósofos, es una vana palabra. ¿Qué importa al pueblo que tal mano, más bien que tal otra, palpite de placer al tocar una cartera ministerial, si este sistema, en el fondo, es siempre el mismo? ¿Qué matiz más ó menos conservador le ha de reintegrar en el ejercicio de sus derechos, le ha de levantar de su abatimiento moral y le ha de dar pan?

La cuestión es más importante que la de un simple cambio de Gobierno en la dirección de las naciones.

En el órden moral y político, el derecho pertenece á cada ciudadano; el voto en las democracias es universal. En Atenas se votaba en alta voz sobre la plaza pública, porque todo el estado democrático estaba en la ciudad. El voto por aclamación se practica en algunos cantones de Suiza, donde para aprobar un proyecto propuesto en la Asamblea popular, los ciudadanos levantan las manos. El voto directo es esencialmente democrático, y el voto universal es el más elemental y el más perfecto, la más alta expresión de la igualdad del hombre y del derecho.

Una nación en que todos los ciudadanos no están representados, no es una nación. La religión, la filosofía, las artes, el comercio, la agricultura, han florecido entre pueblos esclavos; solo la libertad constituye las naciones.

Pero la cuestión de existencia en sus relaciones con la masa de la población, es la cuestión fundamental, cualquiera que sea la organización de la sociedad y la forma de su Gobierno; es más compleja, sin embargo, combinada con el principio de igualdad, porque la abolición de leyes restrictivas, la destrucción de viejos monopolios no bastan para mejorar la condición del pueblo condenado por las frecuentes perturbaciones comerciales á extremas miserias, á la dependencia de los capitalistas, y á la disminución de los salarios, hasta que la organización del crédito popular, vivificado por el principio de la asociación, le proporcione los instrumentos del trabajo y los medios de que obtenga una parte más grande en los productos del trabajo, asociado éste á una propiedad firme, y la dirección dada al crédito contribuya por el interés mismo á la reforma moral del trabajador.

Los bancos de Escocia aceptan en ciertos casos el trabajo por hipoteca de un capital ó de un crédito determinado, y por el desarrollo natural de este principio, se podían combinar en la práctica las garantías morales con las garantías materiales, salvo á compensar los riesgos eventuales por un interés más elevado, ó por una especie de prima de seguros.

La institución de los Bancos agrícolas es de una necesidad absoluta para libertar á los labradores del yugo desastroso de la vil usura, que es la plaga funesta que devora la cosecha del agricultor, más terrible que la filoxera que devasta sus campos.

Es preciso que la prosperidad material aumente, y que cada individuo pueda satisfacer sus necesidades físicas, que su vida sea más segura, y para que la condición del género humano se mejore y la ley del progreso se realice en todas las esferas sociales, se deben elaborar más equitativas leyes que desarrollen la inteligencia y el sentido moral del pueblo; es decir, un acrecimiento de poder fundado en la práctica de libres instituciones, que eleven su dignidad y perfeccionen su voluntad, para que ejerza este poder espiritual, según las reglas sacrosantas del derecho y del deber.

Este progreso depende de la ciencia, que multiplicando las fuerzas, multiplica las producciones, y del deber mejor conocido y practicado, que procura una distribución más útil y más equitativa.

La humanidad avanza hácia destinos nuevos, y del seno del presente, tan confuso y dividido, se prepara una grande y magnífica unidad futura.

En el sistema de la soberanía del pueblo, no es necesario pretender abolir las desigualdades aristocráticas, que resultan de la naturaleza y de la sociedad. Lo que hay de admirable en la democracia, es que sin alterar su sustancia y sin dañar á su acción, ella puede asimilarse lo que encierra de bueno y útil, porque la inclinación natural del pueblo le lleva á venerar á los hombres que brillan por el talento, el valor y la virtud eminente. El pueblo es naturalmente reconocido por el beneficio que recibe; se entusiasma por lo que es bueno y bello, y se eleva por los cándidos trasportes de su admiración al nivel del alma de los grandes ciudadanos.

La democracia no debe sufrir que las tierras se perpetúen en las mismas familias por la sustitución ó por los mayorazgos, que los cargos se vendan ó pasen hereditariamente de padres á hijos, y que haya tierras y hombres privilegiados y exentos del impuesto de plata y de sangre, ni que el color blanco de la piel tenga bajo sus pies otras criaturas humanas de piel roja ó negra, ni que haya ciudadanos que nazcan mandando á los demás, ni que haya á causa de la piel, de la casta, del nacimiento, del nombre, de la fortuna, de la religión, ninguna condición social, ninguna elevación política, donde no pueda llegar cualquier miembro del Estado.

Estos vicios existían en los tiempos en que imperaban en las naciones los Gobiernos absolutos, y que fueron destruidos por las revoluciones de los pueblos. Estos deben hoy favorecer por sus excitaciones, la aristocracia de los talentos y

del mérito personal. Estas clases de aristocracia son la flor y la gracia de las sociedades civilizadas. No ofenden á nadie, porque son aceptadas y no impuestas; resaltan por su brillo sobre los otros miembros del cuerpo político, y no son aristocracias hereditarias, porque nacen con el hombre y mueren con el hombre.

Nada es más propio para borrar la preocupación de las aristocracias ficticias y de convención, que la cultura y la exaltación de las aristocracias naturales. Es la manera de constituir la verdadera igualdad.

Levantar estatuas y monumentos inmortales á los hombres ilustres, colocar sus imágenes adoradas bajo los ojos del pueblo, venerar su nombre y su memoria, es apoderarse de ellos como de una propiedad, es excitar la emulación de los demás ciudadanos en el interés noble de una gloriosa imitación, y por consecuencia, en el interés del Estado. Conviene honrarlos tanto más que ellos han renunciado más á ellos mismos por su abnegación, virtud y civismo, y que han derramado sobre la patria más utilidad y grandeza.

Es la fiesta de las grandes almas, el aniversario del reinado de la justicia, el día tres veces santo del reconocimiento sagrado, y de los piadosos recuerdos.

La Francia ha levantado un digno monumento al gran poeta Lamartine, que proclamó la República en la Asamblea de 1848. Hoy trata de elevar otro á la memoria del eminente demócrata Ledru Rollin, organizador del sufragio universal, en el mismo año de 1848, que desempeñó el ministerio del Interior, y su defensor enérgico y perseverante en las filas de la oposición republicana, de la que fué ilustre jefe, durante la monarquía de Luis Felipe.

La voluntad inteligente de las masas, esclarecida con el ejercicio de sus derechos y deberes recíprocos y armónicos, demuestra en el país vecino, en Suiza y en los Estados Unidos, que la tierra es digna de sostener á hombres libres, y la organización del bien y del orden que reclama la humanidad entera, es más posible que la constitución del mal y del desorden, tan contrarios á la naturaleza humana.

No es un rey de derecho divino á quien pertenece la monarquía, sin trabajo, sin ciencia y sin virtud.

El ciudadano no lo es sino por su pensamiento, su voluntad, su arte, su esfuerzo diario. Allí donde este trabajo se detiene, el hombre retrograda á un estado abyecto; el menor de los seres, un gusano de tierra, le quita la corona.

Quitar la libertad al hombre, es hacerle retroceder en la vía del progreso, sepultarle en las edades anteriores de la civilización, donde le falta el aire de justicia para respirar.

Es un crimen, y si en vez de un hombre, es un pueblo entero á quien se arrebató la libertad, es el crimen mayor que se puede cometer contra la soberanía de una nación.

Derramar la instrucción en el pueblo, y difundir la libertad, es ejercer la misma función y producir el mismo beneficio. Disponer libremente de su voluntad y de su pensamiento, para disponer libremente de su fuerza y de sus facultades, constituye al ciudadano. Emancipar de la ignorancia y de la miseria á la clase más numerosa de la sociedad, es crear el orden verdadero, porque entonces está más interesada en su mantenimiento y conservación.

Dos especies de derechos rigen las sociedades, el divino y el humano, el hereditario y electivo, el fatal y el voluntario, el nacimiento y el voto universal.

La Inglaterra, en principio como en hecho, es el sólo país que ha guardado una línea continua de reyes constitucionales; su Gobierno mixto ha unido los dos derechos, con una ponderación de poderes; pero la Inglaterra es todavía feudal, medio divina y medio humana. El derecho de la conquista, el derecho guerrero de Guillermo I se ha ingerido después con el derecho civil de Guillermo III.

El derecho electivo ha sido conservado por la Iglesia.

La libertad de conciencia es el alma del espíritu moderno, que traza una línea de demarcación entre el poder civil y el poder eclesiástico; el dominio del Estado es cada día más distinto del dominio de la Iglesia en los pueblos libres. Bélgica emancipa la enseñanza laica de la tutela del clero, y Francia camina con paso firme y enérgico en el mismo camino.

Libertar al hombre de todas las trabas sociales, destruir el privilegio, emplear la fuerza colectiva en ayudar las fuerzas individuales, plantear, favorecer el trabajo humano, en cada una de sus ramas, y la libertad humana en cada uno de sus desarrollos, acabar con las verdades convenidas, y vivir de la verdad sincera, que es el alimento sano del hombre, proclamar estas verdades ligadas que establezcan la armonía en el alma humana, porque este debe ser el fin de la política, de la ciencia y del arte, la ciencia es el análisis, la vida es la síntesis, el mal es la división, el egoísmo; el bien es la unidad, esta es la tendencia del progreso y la noble aspiración del *Espíritu moderno*.

EUSEBIO ASQUERINO.

NOTAS Y APUNTES

de un viaje por el Pirineo y por la Turena, hecho en el verano de 1878.

II

Atravesando á lo largo la calle real, llegamos á la orilla del río, y tomando á la izquierda, lo pasamos por un puente de hierro que se apoya en una de las varias islas que dividen el curso del Loire, y que ha sustituido al de piedra que construyó en 1030 el conde Eudes. Entrando en el barrio de San Sinfiriano, llamado así por la iglesia que allí construyó á mediados del siglo VI dedicándola á dicho santo, San Eufonio, que precedió inmediatamente en la silla de Tours al célebre cronista Gregorio Turonense. Esta Iglesia no conserva nada de su primitiva construcción: el coro es del siglo XII, y el crucero y las tres naves del XV, sin que ofrezcan nada de particular; no así la portada, que es bellísima, de la época del renacimiento, y según la fecha que se lee en el pedestal de una de las estatuas que la adornan, debió construirse en 1567; consta de un gran arco de medio punto que encierra una ventana dividida en dos, y de dos puertas separadas por una pilastra coronada por la ménsula de una estatua, que con otras dos simétricas, á izquierda y derecha, todas debajo de sus doseletes, constituyen el principal adorno de este pórtico, riquísimo además por su ornamentación, primorosamente tallada.

Este barrio de San Sinfiriano fué teatro de uno de los varios hechos de armas que tuvieron lugar durante la liga de que fué promotor nuestro rey Felipe II, y sólo por esto bastaría para despertar nuestro interés; véase cómo narra el suceso un español contemporáneo y casi testigo de aquellas luchas (1). «Volviendo, pues, á mi propósito digo que en las Cortes de París se determinó que el duque de Mena tomase la voz por el pueblo, y todos de mancomun hicieron la guerra al rey (Enrique III), echando para ello un gran tallon en la villa de París, y sirviéndose de las haciendas confiscadas de aquellos que no tenían la parte de la Unión, á los cuales comenzaron á llamar políticos, y con esto se metieron en campaña hasta quince mil hombres de á pié y de á caballo. Viendo el rey que cada día se alborotaban las villas sin alguna esperanza de poderlas reducir y sosegar por paz, y que el duque de Mena se aparejaba para irle á buscar á Tours, ciego de sus pasiones cayó en otro mayor yerro que el primero, y fué en llamar al príncipe de Béarné (después Enrique IV), y á los herejes del reino en su ayuda, haciendo al susodicho príncipe su general y declarándole por sucesor del reino. Cosa que no sólo enconó la llaga en los católicos, que se hizo incurable; mas aunque al rey no le era muy necesaria, pues toda la ayuda de los herejes no llegaba á dos mil hombres; y á la nobleza y gente que á pocos días se juntó á él, pasaba de treinta mil.

Hallándose pues el de Mena con un ejército suficiente y sabiendo las diligencias que el rey hacía para castigar y establecer al de Bierne y meter los herejes en el reino, pensó de atajar el camino antes que saliera con su propósito: para lo cual partió de París con hasta catorce ó quince mil hombres y seis piezas de artillería, y con ellas llegó hasta poner el cerco á los arrabales de Tours, cosa que alteró mucho al rey y á los suyos, y temiendo que dentro de la villa no hubiese alguna inteligencia secreta por ser muchos los vecinos de ella muy católicos, y que les pesara mucho de la nueva amistad que con los herejes se iba urdiendo, mandó el rey que todos los moradores de la villa se estuviesen en sus casas y él en persona salió con su corte y sus amigos á la defensa de las murallas, haciendo salir algunos caballeros y gente de su guardia á tramar una escaramuza con el de Mena, en la cual murieron algunos de ambas partes: aunque el de Mena tomó por fuerza los arrabales. Esto aseguró al príncipe de Bierne y á los herejes sus secuaces, que la cosa iba muy de veras, porque hasta entonces tenían al rey por tan doblado y por tan tramador y entablador de juegos que no le avian creído, antes pensaban que fuesen todas disimulaciones para usar con ellos otra tragedia como la de San Bartolomé de setenta y dos; pero los golpes de la artillería que el de Mena tiraba á Tours, los despertaron de tal manera, que al siguiente día llegó el príncipe con alguna cavallería que fué ocasión por la qual el de Mena se retiró aviendo saqueado los arrabales de la villa y se vino á poner campo sobre la villa de Alençon, que ganó en poco tiempo. No refiere Cornejo el lance más notable de esta lucha, que consistió en que habiéndose mezclado personalmente en la pelea Enrique III, al retirarse del barrio de San Sinfiriano, tomado á viva fuerza por el duque de Mayenne á quien llama Mena el historiador español, estuvo á punto de ser atravesado por un bote de partesana, lo que evitó interponiéndose entre el rey y su enemigo el valiente caballero Crillon, que después de herido, viendo que los de la liga iban á tomar el puente que del barrio va á la ciudad, se adelantó á ocuparlo con los suyos y lo pasó el último de todos, cerrando la puerta que por aquella parte defendía el recinto.

Siguiendo el camino que llevábamos, nos dirigimos á las ruinas de la célebre Abadía, llamada de *Marmoutier*, entre los jardines y casas de campo que dan por aquella parte un aspecto encantador á la orilla del río, muy diverso del que tenía en la época de que voy á hablar, esto es, en el siglo III, en que sólo había una senda estrecha entre el río y las rocas que forman su cauce, sobre los cuales iba el camino que ya entonces se llamaba de *Blesian*. En aquellas rocas había algunas cavernas que, según los descubrimientos modernos, debieron servir de habitaciones humanas en la época que llaman edad de piedra, y luego sirvieron de refugio á los primeros cristianos, conservándose la tradición de que en dos de ellas celebraba los sagrados misterios San Gaciano, que fué uno de los varones apostólicos enviados á evangelizar las Galias. Una cueva tiene la entrada bajo el torreón romano, que está casi enfrente de la puerta de la Abadía de *Marmoutier* y la tradición, apoyada en antiguos documentos, refiere que esta cueva fué agrandada por San Martín; junto á ella está la llamada de los siete durmientes, á que también se refiere otra piadosa leyenda. La segunda gruta, donde se cree que vivió San Gaciano, está detrás de la iglesia romá-

ca de Santa Redegunda, que se halla á mitad del camino entre San Sinfiriano y la Abadía, y en ella hay un altar redondo donde se dice que también celebraba el culto San Gaciano; en esta iglesia de Santa Redegunda hay una preciosa pila de agua bendita de la época del renacimiento, y que tiene la figura de una copa ancha sobre un elegante pedestal, todo adornado con hojas de encina, de acanto y de palma; se ve en ella la fecha de 1522 y las armas de la Abadía de *Marmoutier*, de donde sin duda procede.

La famosa abadía no se descubre hasta llegar á ella, porque está en una depresión de los collados que forman aquella orilla del río, estando cubiertos de rica vegetación; la portada que está yendo de Tours, y que se llama de la *Crosse*, es del siglo décimo tercio; tiene el aspecto de una fortaleza, su estilo es puro y severo, y forma un cuadrilátero prolongado en que hay una ancha puerta ogival, sobre la cual, una gran cornisa recorre toda la construcción, en la que se apoya el elegante edificio que era á la par adorno y defensa de la entrada, donde cabía la guarnición de gente necesaria para ello. En el frente que mira al río, hay dos ventanas estrechas que podrían servir de aspilleras, y al lado del Oeste, se vé la torre del homenaje, que es de figura prismática, coronada por una preciosa torrecilla exagonal, que tiene en cada lado tres órdenes de troneiras.

Actualmente, la parte que resta de la antigua abadía está ocupada por de las hermanas del Sagrado Corazón aunque es de suponer que no residirán allí mucho tiempo, á juzgar por el espíritu que reina en el país vecino, y que tiende á sustraer por completo la educación de la infancia de la dirección de las comunidades religiosas, y no sé qué destino se dará á estas reliquias de uno de los más antiguos y quizá el más famoso monasterio de Francia, fuera del de Cluny, que tanto influyó en la cultura, no sólo de aquella nación, sino de todo el occidente. El origen de la abadía de *Marmoutier*, según sus cronistas, data del famoso San Martín, que se retiraba á una de las cavernas de la orilla del Loire, para reposar de sus trabajos episcopales y consagrarse á la meditación; la fama de su ciencia y virtudes atrajo allí muchas personas piadosas para hacer vida penitente y contemplativa, estableciéndose en las cavernas y en las chozas que al efecto formaban. La Gruta de San Martín que describen Mabillon y Martene, se conservó hasta el siglo pasado, pero ya no existe, si bien debajo de ella se vé aún la que solía habitar San Brice, discípulo y sucesor de San Martín, que celebraba allí misa, y cuya entrada está hoy adornada con un arco ogival que le sirve de puerta.

Formada al fin la comunidad de los monjes, además de sus ocupaciones religiosas se dedicaban estos á copiar manuscritos, contribuyendo así como los demás de Europa á conservar los tesoros literarios y científicos de la antigüedad; otros se practicaban la agricultura y se cree generalmente que á ellos se debe el cultivo de la vid en la Turena. La historia del monasterio se desconoce casi por completo hasta el año de 843 en que la invasión de los normandos fué motivo de una gran catástrofe para la abadía, que saquearon aquellos bárbaros, asesinando á los monjes que de ciento cuarenta que había sólo escaparon con vida veinticuatro; destruido el monasterio, los canónigos de San Martín acogieron á aquellos desgraciados, y cuando hubo algún reposo enviaron individuos al su orden á *Marmoutier*, pero como no tenían votos de clausura ni de pobreza y no estaban bajo la vigilancia inmediata de sus preladados, se corrompió su disciplina con gran escándalo de los feles; y un siglo después, con el consentimiento del Abad Hugo Capeto y del rey de Francia Lotario. Eudes I conde de Blois y de Tours trajo de Cluny trece monjes bajo la autoridad del santo abad *Mayeul*, estableciéndose en *Marmoutier* el año de 982, de cuya fecha data la reconstrucción del gran monasterio.

Entre los sucesos que se ligan con su historia, es sin duda el más importante la residencia que en él hizo el Papa Urbano II durante la celebración del concilio de Tours en 1096; el domingo 9 de Marzo de aquel año, después de celebrada la misa, el Papa subió á un alto estrado que se colocó en la orilla del río, donde predicó la santa cruzada al inmenso pueblo que acudió á escucharle, dando su bendición al conde de Anjou y á otros caballeros que se disponían á marchar á la conquista del sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo; y al día siguiente, el mismo Pontífice celebró con gran pompa asistido del primado de Francia, Hugo, arzobispo de Lyon, de Raul II de Orleans, arzobispo de Tours, y de Raugiero, arzobispo de Reggio, la consagración de la gran basílica de *Marmoutier* que se acabó en aquellos días de reconstruir; de esta época data el engrandecimiento de la abadía, cuyas riquezas llegaron á ser enormes, por lo cual se decía de antiguo en el país:

*De quel côté que le vent vente
Marmoutier á cens et rente.*

Por estar inmediata, sólo haré mención de la gran finca llamada *Meslay*, que tenía ocho ó diez kilómetros de extensión al Norte de la Abadía; en ella habían establecido los monjes una labor, con tales medios y tan gran perfección, que todavía admiran las dependencias y oficinas que aún existen y son además curiosas, porque ofrecen un acabado modelo de la arquitectura civil en el siglo XIII.

La basílica de Urbano II, no duró muchos años, pues á principios del mismo siglo XIII, el Abad Hugo primero de Roche, que llevó á cabo los edificios de *Meslay* empezó la fábrica de la Iglesia, que no se terminó hasta el año de 1312, siendo abad Eudes-Braceoles, y las ruinas que aún se conservan dan idea de este grandioso y bellissimo templo gótico.

Como á la generalidad de los viajeros nos sirvió de término á la expedición de aquella tarde la preciosa iglesia románica de *Roche-corbon*, interesantísima, no sólo por ser uno de los pocos edificios que se conservan del siglo XI, sino por su posición pintoresca en un ameno y frondoso valle que desemboca en la orilla del río, donde se vé una torre que llaman la linterna de *Roche-corbon*.

De vuelta en Tours comimos en una habitación de la planta baja de la fonda, con tan buen apetito como es natural, después de una escursión en que todas las funciones de la vida se activan y desenvuelven, por lo que quizá nos pare-

(1) *Compendio y bre. e. relación de la liga y confederación francesa*, comp. puesto por el licenciado Pedro Cornejo. En Madrid, por P. Madrigal, MDCCII.

cería la comida mejor; pero recuerdo que la juzgamos excelente, y cuando despues de tomar el café nos disponíamos á ver el aspecto que ofrecía la ciudad por la noche, y el de la feria que en aquellos días se celebraba, nos lo impidió una tempestad desecha que á pesar de hallarnos á mediados de Agosto duró toda aquella noche, en que estuvo lloviendo á chaparrones; yo aproveché, sin embargo, una clara, y llegué á la calle real, llena de tiendas y de cafés, no inferiores unas ni otros por su lujo y magnificencia á los establecimientos análogos de esta corte. La lluvia no me permitió ir aquella noche hasta las orillas del rio donde estaban las barracas que formaban la feria, y vuelto á la fonda pasamos el señor Llorente y yo el resto de la noche en diálogos, que si por mi parte no se podían calificar de socráticos, bien merecían este nombre por la materia sobre que versaban, por el espíritu que en ellos ponía mi interlocutor, y por su consumada habilidad dialéctica, por su profundo entendimiento y vastísimo saber; razones todas que me mueven á no dar ni lijera idea de los asuntos que tratamos entonces y en todo el resto del viaje, porque su naturaleza no es propia de unos apuntes como los que escribo, y bastarían para formar con ellos una obra, que bien hecha sería de gran interés; pues en lo que principalmente hablábamos era en la gran controversia filosófica que siendo de todos los tiempos tiene excepcional importancia en el presente y cada día la adquirirá mayor; habló del positivismo y del espiritualismo, que divide el mundo científico en dos campos enemigos, y la sociedad en dos ejércitos que se libran terribles combates.

El día siguiente continuó lluvioso, y esperando que abanzaría no hicimos ninguna expedición á los alrededores de la ciudad, dedicándonos á visitar las muchas curiosidades que existen dentro de su recinto, empezando por el Palacio de Justicia, de construcción moderna, que se levanta en la esquina que forman el boulevard y la antigua calle Real, en una gran plaza sembrada de arboles y flores que en aquella época del año la convertían en ameno jardín. El edificio es grande y bien acomodado á su objeto, estando en él, ámpliamente establecidos, los tribunales que residen en Tours; su fachada es del gusto griego, con una gran escalinata que conduce al pórtico formado por columnas que sostienen un ático, que hacen un conjunto no falto de grandeza, pero con esa especie de insignificancia que tienen las imitaciones en todos los géneros de todas las bellas artes.

Del palacio de Justicia fuimos á la catedral que habíamos visto de lejos en nuestra excursión de la víspera, señoreándose su nave principal y sus torres gemelas sobre la masa de los edificios de la ciudad. Según las crónicas, el primer obispo de ella, San Gaciano, no pudo construir templo para el culto cristiano por la persecución que entonces reinaba, y el primero que se levantó en Tours fué obra de su sucesor, llamado Lidorio, que despues de treinta y siete años de vacante, ocupó la silla fundada por aquel varón apostólico, y que ilustró luego por manera tan extraordinaria el gran San Martin, de quien repetidamente se ha hablado, que fué elegido con circunstancias maravillosas y sacado de su retiro de Poitiers con dulce violencia por sus diocesanos; éste consagró de nuevo la iglesia bajo la advocación de San Mauricio, y la santificó con reliquias de los mártires de la legión tebana. La primitiva iglesia fué destruida por un incendio en 559, y en la época de su prelación, la reconstruyó el gran Gregorio Turonense, quien la consagró el año décimo séptimo de su obispado, que fué el 590 de nuestra era.

Este templo fué ilustrado por la presencia de tres Papas: Urbano II, Pascual II y Calixto II; el primero celebró en él un concilio cuya primera sesión tuvo lugar el tercer domingo de la cuaresma del año de 1095. Al fin del siglo XII, la Iglesia estaba ruinosa hasta el punto que en la ceremonia de la toma de posesión del arzobispo Raoul de Langeais una piedra que se desprendió del campanario, mató á uno de sus acompañantes, mientras el arcediano le preguntaba según costumbre, al poner el pie en el umbral de la puerta, si su entrada era pacífica; este prelado, gran humanista y amigo de las artes, emprendió con gran celo la obra de la nueva catedral, que dirigió Hildeberto de Labarden; pero su obra duró poco, pereciendo en el incendio que causó grandes estragos en la ciudad, de resultas de las luchas de que fué teatro en 1166. Restablecida la paz, el arzobispo Josain, puso la primera piedra de la iglesia que hoy subsiste en 1270; pero esta obra, como la de otras muchas catedrales, sufrió grandes vicisitudes que impidieron su terminación hasta los primeros años del siglo XVI, en que se acabaron sus gallardas torres.

A pesar de la lentitud de su construcción, la catedral de Tours conserva en su conjunto su plan primitivo, y no se ven en ella, como en otras, chocantes diferencias de géneros y de gustos, y como dice el Padre Burasse, crítico consumado: «el interior del templo, por sus dimensiones bien proporcionadas, por el atrevimiento de sus bóvedas, por el número y delicadeza de sus columnas, por el orden pintoresco de sus arcos, y por las muchas y rasgadas ventanas produce un efecto maravilloso. No puede competir en tamaño con las iglesias de Reims Amiens, Paris, Chartres ó Burges; pero puede sufrir la comparación con ellas por la pureza de su estilo ogival, por la gracia de las arcadas, por la elegancia de las formas y por la variedad y perfección de los adornos; la construcción es de una ligereza casi sin igual, y si á esto se añade el encanto de las grandes vidrieras que rodean el coro, cubren los rosetones y brillan en las capillas del abside y en las galerías que están bajo el primer orden de columnas, se podrá formar idea aproximada de la impresión que causa tal conjunto de bellezas.»

En efecto, las vidrieras son notables, no sólo por sus pinturas, sino por su extensión, que se calcula en ochocientos metros cuadrados, las del abside y las del coro son del siglo XIII y están hechas por Richard, artista vidriero de Tours.

Otra de las cosas notables que se ven en el interior de la catedral, es el sepulcro de los hijos de Carlos VIII, obra del escultor Miguel Colombe, y es tan notable por la gracia de su forma como por lo delicado de sus adornos y lo bien esculpidas de las dos estatuas yacentes que representan los príncipes.

La fachada es para mi gusto lo más bello de este edificio, se compone de tres puertas ojivales y de dos torres gemelas

que le sirven como de remates, estando todo lleno de figuras y adornos primorosamente esculpidos, lo cual dió á entender Enrique IV, que pasando por delante de la iglesia al ver las torres, dijo: *Voilà deux beaux bijoux il n'y manque plus que des étuis*. Los curiosos que visiten la iglesia no deben dejar de subir á las torres, pues desde ellas se descubre un hermoso panorama que comprende los anchos valles del Loire y del Cher y los collados que los forman y dividen; la torre de la derecha tiene magníficas campanas, las dos mayores proceden una que pesa mil ochocientos kilogramos, de la abadía de Cormeny, la otra algo más pequeña de la de Villelvir. La torre del Norte no tiene campanas porque está apoyada sobre el antiguo muro galo-romano y se ha cuarteado, pero ofrece de notable una escalera exterior labrada sobre arcos que le dan tal ligereza que parece que está en el aire. El abside y los botareles y contrafuertes de todo el templo, son bellísimos y llenos de vichas y de estatuas, que por desgracia están en su mayor parte mutiladas, el claustro del Norte es muy hermoso, y en él está la bellísima escalera del Renacimiento que conduce á la galería de la *Psallette*, obra también de esta época.

Al lado de la catedral se levanta el palacio arzobispal, que es magnífico, obra del siglo XVII, y sin duda el edificio más importante de la ciudad; tiene un gran patio á la entrada (*cour d'honneur*), y está rodeado de jardines: ocupa el mismo lugar que la vivienda humilde de los primitivos preladados que siempre han sido de los más ilustres de Francia, habiendo ya nombrado algunos de los más famosos, empezando por San Gaciano, que se cuenta como el primero, y fijando especial atención en San Martin, que por sus virtudes y milagros ilustró esta iglesia, contribuyendo luego, como se ha visto, la abadía que se construyó para guardar su sepulcro, al engrandecimiento de la ciudad de Tours; bajo otro concepto merece especial mención entre los obispos de esta diócesis, Gregorio de Tours, llamado con razón padre de la historia de Francia, por la que escribió bajo el título de *historia ecclesiastica francorum*, que tradujo del latín Mr. Guizot, y que corresponde, aunque es más estensa, á la que nuestro San Isidoro escribió de los godos, suevos, vándalos y alanos; lo mismo en Francia que en España, despues de estos monumentos históricos del siglo VI, sigue una época de oscuridad que empieza á disiparse en el siglo XI, en cuyo tiempo otro arzobispo enlaza en España nuestra historia nacional.

A. M. FABIÉ.

LA REPUBLICA MEJICANA.

LONDRES 24 DE MARZO DE 1880.

Sr. D. Eduardo Asquerino.

Muy señor nuestro: Fatiga y desvanece y produce vértigos á los más ardientes espíritus en el momento en que escribimos la tempestuosa ebullición de todas las nacionalidades y de todas las razas, así en el Oriente como en el Occidente, así en el Norte como en el Sur; tanto bajo el punto de vista económico, mercantil y científico, como bajo el punto de vista social, político y religioso.

La visible y creciente decadencia de la Inglaterra, que á pesar de las iniquidades y derrotas de su política, de los eclipses de su libertad tan decantada, de la depresión de su agricultura, de su industria y de su comercio, parece aferrarse, como lo prueban á lo menos las últimas elecciones al gobierno reaccionario y casi personal de Beaconsfield; la guerra de Afghanistan que, prolongándose, puede dar lugar á imprevisibles complicaciones; la conducta admirable y la marcha triunfal y magistral de la República francesa que, pese á quien pesare, se purifica, y purificándose, se robustece y consolida y desarma á sus enemigos implacables; las visiones meticulosas del nervioso imperio alemán que busca aliados y multiplica sus ejércitos; las intrigas del Austria que no acierta á resignarse, á hacer un papel secundario en el concierto diplomático de las potencias europeas; las elecciones presidenciales que ya se acercan en Méjico, en los Estados-Unidos y en la República Argentina, y sobre todo, y mucho más que todo, la situación caótica, embrionaria, genésica de la Rusia que se agita y se revuelve calenturienta y frenética en la pavorosa y rápida pendiente de catástrofes que parecen inevitables, todos estos son, á no dudarlo, tópicos fecundos para inspirar largas é interesantes correspondencias, y aún para escribir numerosos y elocuentes volúmenes.

Empero nosotros, por desgracia escasos de tiempo y destituidos de facultades poderosas y múltiples, y teniendo, por lo mismo, que elegir entre temas tan interesantes y variados, preferiremos hoy, como lo hemos hecho casi siempre, un asunto exclusivamente hispano-americano, porque es, en nuestra opinión, el que mejor se asocia al noble objeto, al hermoso nombre y aún á los verdaderos intereses de esta Revista.

Hablaremos, pues, de la Nueva-España. Describiremos á Méjico. ¡Inconcebible paradoja! Apenas conoce hoy España á las que durante diez generaciones fueron sus Colonias. Las diez y seis jóvenes Repúblicas que, hasta cierto punto, en nombre de España dominan hoy las regiones más fértiles y más deliciosas de la tierra, apenas se conocen entre sí y apenas conocen á la que durante tantos años fué su metrópoli y á la que, sin duda, deben alguna gloriosa herencia.

Así es que las diez y nueve nacionalidades que constituyen sobre ambos Océanos y en ambos continentes la noble y heroica familia ibérica, se desconocen, se repelen y marchan á la desbandada ó viven en dispersión perpétua. ¿No es esto tristemente cierto? ¿No es en gran manera lamentable?—¿Quereis pruebas?—Hé aquí algunas. A cerca de 3.000.000.000 de pesetas asciende hoy la tota-

lidad del comercio internacional de las naciones de procedencia ibérica en el Nuevo-mundo. ¿Qué parte tenía España, qué partes toman los Estados-Unidos, Inglaterra, Francia y aun Italia en esas transacciones ingentísimas? ¿Averiguado vosotros mismos. ¿Cuántas naves despliegan en este momento los brillantes colores de Aragon y el sagrado escudo de Castilla en ese mismo Pacífico, que héroes castellanos descubrieron, y que era realmente un lago español apenas hace sesenta años? ¿Qué quieren ustedes!—dirán algunos,—toda esa transformación ha sido consecuencia forzosa de la emancipación de las Colonias. ¡Error pertinaz y lamentable! También los Estados-Unidos se emanciparon de Inglaterra, y eso no obstante, Inglaterra mantiene hoy con los Estados-Unidos un comercio trescientas veces mayor que cuando aquellos Estados eran sus colonias.

La mala inteligencia, la mala voluntad y la mala política, hé aquí las causas verdaderas del mal que todos debemos reconocer y combatir y que todos lamentamos. Un ejemplo innegable.—Franklin, 1706-1790, Irwing, 1783-1859, Prescott, 1796-1859, Everett, 1796-1865, Emerson, 1803, Poe, 1811-1849, Longfellow, 1807, y Motley, 1814-1878, todos esos sábios y escritores americanos son tan populares en Inglaterra, como en los Estados Unidos; son tan leídos en Londres, en Dublin, ó en Edimburgo, como en Bóston, Nueva-York ó Filadelfia. ¿Por qué no había de existir la misma fraternidad intelectual y literaria entre la antigua Metrópoli y los nuevos Estados hispano americanos? ¿Quién conoce en España á Olmedo, á Bello, á Echevarría, á Ramirez, á Mitre, á Marmol, á Bilbao, á Batres, á Marquez, á Machado, á Fernandez, á Matta, á Castañeda, á Altamirano, á Carlos Gomez, ó á Eduardo de la Barra? Forzoso es reconocerlo, y reconocerlo con verdadera eficacia: es en gran manera meritorio trabajar por la reconciliación sincera, práctica y fecunda de todas las naciones que constituyen la familia etnográfica española en ambos mundos, y tan noble y tan alto fué sin duda el decidido propósito del modesto y patriótico fundador de esta siempre interesante Revista; y no olvidemos que las cuestiones de tan arduo linaje deben estudiarse en ámplios y claros horizontes y á la luz de muy alto y generoso criterio.

Necesitamos que nuestra sangre y nuestra raza vivan y triunfen y se dilaten, ya sea desde el antiguo y grandioso promontorio ibérico, ya sea desde las altiplanicies y vertientes de la sublime cordillera de los Andes. Necesitamos que la lengua del Cid, de Padilla, de Tirso, de Alarcón, de Jovellanos, de Quintana, de Olmedo y de Bolívar, vibre y resuene eternamente, bien sea desde el colosal y espléndido istmo de Centro-América, ó bien sea desde el maravilloso y etéreo valle del Anahuac. Siempre que se trate de las victorias legítimas y de los progresos útiles de cualquiera de las naciones que constituyen nuestra pléyade etnográfica, exclamamos con la abnegación heroica y con la magnanimidad suprema del gran Quintana:

*Que su gloria eclipse nuestra gloria,
Que su nombre eclipse nuestro nombre.*

La unión perfecta constituye la vida perfecta, ha dicho sabiamente Lamennais, (1782-1854), y en la pendiente vertiginosa de los acontecimientos que se atropellan, y en medio del torbellino en que se transforma lo presente, y lo venidero se elabora, es urgentísimo extirpar las preocupaciones, extinguir los odios y suprimir el menosprecio que hacen muy difícil, si no imposible, la buena inteligencia, y por ende las simpatías y el comercio físico y moral entre la metrópoli y los pueblos jóvenes que constituyen la numerosa familia española en el Nuevo Mundo. Las preocupaciones y las antipatías existen. ¡Para qué ocultarlo! *Fiat lux*, hágase la luz, porque, como decía Bolívar, dirigiéndose á Paez en 1826: *En la sombra del misterio sólo medita el crimen*. No hace mucho tiempo que un diario de Madrid (reaccionario se subentende), que pasa por muy sesudo entre muchas gentes, afirmaba que *México es un país más salvaje que la Cochinchina*. No queremos, multiplicando citas odiosas, robustecer las pruebas. El cáncer existe, gracias á ciertas repugnancias hipócritas y á intereses bastardos, que están muy lejos de ser nacionales; y lo que procede es reconocerle cuanto antes y extirparle. Cuando la humanidad progresa y tiende con fuerza incontrastable á las vastas asociaciones simpáticas y homogéneas, el aislamiento y la indiferencia conducen fatalmente á la absorción y á la muerte. Ilustremonos y purifiquémonos para entrar dignamente en la gloriosa comunión de los pueblos greco-latinos. Realicemos en el seno de la libertad, de la razón y del derecho, el verdadero panlatinismo para repeler, lo mismo en América que en Europa, ese pangermanismo invasor y tiránico que de lo contrario, nos exterminará, como ya ha comenzado á exterminarnos. Tales el concepto en que consideramos de importancia preferente el presentar á los lectores de LA AMÉRICA en una serie de correspondencias un estado general de las naciones hispano americanas, y así comenzaremos hoy con un cuadro, en que agrupamos los elementos que más constituyen, y los hechos que mejor definen, la geografía y aún la estadística de la Nueva-España.

Posición astronómica.—Los Estados-Unidos mejicanos están situados entre los 15 y 32° 42' de

latitud septentrional y entre los 12° 21' de longitud oriental, y los 18 de longitud occidental del primer meridiano de la capital de la República, ó sea, entre los 86° 46' y 8" y los 117° 7' y 8" de longitud occidental de Greenwich.

Límites.—Al Norte, los Estados Unidos, de los cuales hasta cierto punto sirve de línea divisoria el río Bravo, que desagua en el golfo de Méjico; al Este, el golfo de Méjico, el canal de Yucatan y el mar de las Antillas; al Sur, Centro-América y el Pacífico; y al Oeste, el mismo Pacífico.

Poblacion absoluta, 9.600.000 habitantes, = 4.7/10
 Extension superficial, 2.200.000 k c.
 Poblacion relativa, 4 1/11 habitantes por kilómetro c.

Etnografía.—De éstos 9.600.000 habitantes, que según el censo más reciente (1879), constituyen la poblacion de la República, son:

De raza española, el 20 por 100, 1.920.000 +
 De raza indígena, el 37 por 100, 3.552.000 +
 De raza híbrida, el 41 por 100, 3.936.000 +
 De otras procedencias, el 2 por 100, 192.000 =
 Totales, 100, 9.600.000 habitantes.

Hay en toda la República 50.000 extranjeros, de los cuales, 15.000 son españoles, por lo general ventajosamente establecidos. La poblacion relativa de los Estados, es muy desigual: los de Méjico y Guanajuato son los más poblados, y el territorio de la Baja California es el que tiene menor poblacion relativa. Si la poblacion relativa de todos los Estados fuera igual á la de Méjico y Guanajuato, la poblacion absoluta de la República equivaldría á 60.000.000 de habitantes.

Capital. Méjico, la antigua *Tenochtitlan*, fundada hácia el año de 1325, á 7.500 piés sobre el nivel del mar, entre los lagos de Tezcoco y Chalco, famosos por las *chinampas* ó jardines flotantes, en el valle más hermoso del mundo; el Anáhuac, coronado de nevadas montañas y volcanes y con 67 leguas de circunferencia. Así es que la ciudad de Méjico, que hoy tiene 260.000 habitantes, es en su grandiosa perspectiva panorámica la más pintoresca, deliciosa y sorprendente de todas las capitales del Nuevo-Mundo, aunque algunas, como Nueva-York, (de 2.000.000 habitantes), Rio Janeiro (400.000 habitantes), ó Buenos Aires (300.000), tengan mayor importancia por su poblacion, su arquitectura y su opulencia.

Religion.—Hay plena libertad de cultos, sin más restricciones que las violencias y tumultos que contra los disidentes levantan á veces allí, como en todas partes, los católicos. Existen ya en la república muchos protestantes, y entre las personas ilustradas y decentes predominan sin contradiccion los libre-pensadores.

Gobierno.—Republicano democrático federal. El periodo constitucional es de cuatro años, y el sueldo del presidente es de 50.000 pesos anuales. El actual jefe constitucional es el general D. Porfirio Diaz, que fué electo presidente el 18 de Febrero de 1877.

Renta federal, 25 millones de pesos.
 Deuda, 300 millones de pesos.
 Importacion, 29 millones de pesos.
 Exportacion, 32 millones de pesos.
 Comercio internacional, 61 millones de pesos.

Divisiones federales.—El distrito federal de Méjico, capital Méjico, veintisiete Estados, y el territorio de la Baja California, capital la Paz, con 3.000 habitantes. La capital de algunos Estados tiene el mismo nombre del Estado, como se ve en los estados de

Veracruz, s. 67.920 k. c.; p. 510.000 h.; Veracruz, 15.000 habitantes.
 Guanajuato, s. 29.550 k. c.; p. 730.000 h. e. Guanajuato, 50.000 habitantes.
 Chihuahua, s. 216.850 k. c.; p. 180.800 h.; e. Chihuahua, 15.000 habitantes.
 Oajaca, s. 85.750 k. c.; p. 664.000 h.; e. Oajaca, 40.000 habitantes.
 Puebla, s. 80.200 k. c.; p. 690.000 h.; e. Puebla, 100.000 habitantes.

Hay otros cuya capital no tiene el nombre del estado.

Entre los estados de la frontera del Norte, citaremos

La Sonora, s. 204.600 k. c. p. 110.000 h.; e. Ures, 6.000 habitantes, ó Hermosillo.
 Coahuila, s. 131.800 k. c.; p. 100.000 h.; e. Saltillo, 12.000 habitantes.
 Nuevo-Leon, s. 61.200 k. c.; p. 180.000 h.; e. Monterrey, 30.000 habitantes.
 Tamaulipas, s. 78.280 k. c.; p. 140.000 h.; e. Victoria, 8.000 habitantes.

Entre los estados de Oriente,

Yucatan, s. 76.560 k. c.; p. 423.000 h.; e. Mérida, 60.000 habitantes.
 Tabasco, s. 30.680 k. c.; p. 83.000 h.; e. S. Juan Bautista, 10.000 habitantes.

Entre los del Sur,

Chiapas, s. 41.550 k. c.; p. 194.000 h.; e. S. Cristóbal, 10.000 habitantes.

Entre los del Pacífico,

Jalisco, s. 101.430 k. c. p. 980.000 h.; e. Guadalajara, 110.000 habitantes.
 Michoacan, s. 1.061.400 k. c.; p. 620.000 h.; e. Morelia, 30.000 habitantes.
 Guerrero, s. 163.570 k. c. p. 340.000 h.; e. Bravo, 15.000 habitantes.

Entre los del centro,

Méjico, s. 20.300 k. c.; p. 670.000 h.; e. Toluca; 7.000 habitantes.

Puertos.—Matamoros, Bagdad, Tampico, Veracruz, el Progreso, Campeche, la Laguna, etc., sobre el Atlántico; y Guaimas, Mazatlan, Acapulco, San Blas, etc., sobre el Pacífico.

Islas adyacentes.—Las tres Marías, las del golfo de California y las de Revillajijedo en el Pacífico, y la isla de las Mujeres, Cozumel, el Cármen, etc. en el Atlántico.

Industria.—Ni la industria agrícola, ni aun la pecuaria se hallan en estado floreciente, mucho menos si se compara con los vastos territorios que la República posee y se considera la pródiga fertilidad de algunas comarcas. No están, sin embargo, tan abatidas esas industrias que no produzcan algo más de lo que se necesita para satisfacer las necesidades del país. De algunos años á esta parte, bajo la influencia de las leyes de la reforma (1857) se han aclimatado en Méjico con éxito increíble otras industrias. La fabricación de tejidos es la que merece á los mejicanos una atencion decisiva y preferente. A continuacion reproducimos un cuadro oficial que acaba de publicarse, y que dá una medida aproximada de la real importancia de esa industria:

| ESTADOS | Fábricas | Husos | Tejidos | Piezas | Kilogramos |
|--------------------|----------|---------|---------|-----------|---------------|
| Puebla. | 12 | 3.300 | 926 | 237.000 | 1.176.000.000 |
| Jalisco. | 6 | 17.668 | 427 | 124.000 | 1.028.000.000 |
| Querétaro. . . . | 2 | 22.000 | 680 | 370.000 | 1.400.000.000 |
| Méjico. | 6 | 47.000 | 1.621 | 549.000 | 2.000.000.000 |
| La Libertad. . . . | 8 | 22.000 | 560 | 96.000 | 762.000.000 |
| Totales. | 34 | 147.968 | 3.854 | 1.376.000 | 6.906.000.000 |

Y recuérdese que esas fábricas no representan mucho más de la mitad de la industria fabril mejicana.

Tampoco su industria minera es digna de menosprecio. Las famosas minas de Guanajuato son todavía muchas y muy valiosas: las de la Sonora, Chihuahua, Durango, Zacatecas, San Luis, Hidalgo, Michoacan y Méjico, parecen criaderos permanentes de los metales más preciosos. Algunos Estados abundan en hierro, cobre, zinc, plomo, magistral, antimonio, cobalto, arsénico, azufre, sal, carbonato de soda, etc. Tampoco faltan las piedras preciosas, como topacios, rubíes, esmeraldas, turquesas, ágatas y amatistas. Las canteras de piedra de construccion, de superior calidad, abundan por do quier y parecen inagotables. La soberbia coleccion de mármoles mejicanos fué la que más llamó la atencion y se llevó la palma en la Exposicion universal de Filadelfia (1876). Así es que la riqueza mineralógica de Méjico, que se ha hecho tan proverbial, no es un mito; es una realidad permanente; y ahora, para coronar el cuadro, acaban de descubrirse las minas de *Sierra Mojada* (1879) y aun se afirma, y es lo veros mil, que todo el estado de Guerrero no es sino una riquísima costra de oro y otros metales.

La explotacion actual no corresponde, sin embargo, á tan prodigiosa opulencia. Se benefician en toda la República 720 minas, que rinden 500.000 kilogramos de material, que producen cerca de 22.000.000 de pesos, de los cuales 17.000.000 se acunan anualmente en la República.

Desde 1537 hasta 1879 ha producido Méjico, 3.161.279.594 pesos fuertes, y desde 1822 hasta 1879 ha producido:

En plata, 797.000.000 +
 En oro, 100.000.000 +
 En cobre 10.000.000 =
 Total, 907.000.000

Productos.—Muy pocos países los tienen tan variados y preciosos como Méjico.

Soconusco, al Sur en la frontera de Guatemala, produce el verdadero *teobroma*, la bebida digna de los dioses, el cacao más famoso que se conoce.

Comitan es renombrado por sus aguardientes. **Oajaca** produce grana ó cochinilla de calidad excelente.

El tabaco llamado de *corral* en Tabasco, sólo cede el primer lugar al más esquisito de Cuba ó al de Ambalema en Colombia (Nueva Granada hasta 1861.)

Yucatan produce la fibra téxtil llamada *henequen* superior al cáñamo ruso, y que puede competir con el mejor *abacá* (*musatextilis*) de Manila, y con el *formium tenax* de la Nueva Zelanda.

El Estado de Campeche es riquísimo en toda clase de maderas y especialmente en las tintóreas.

Tamaulipas, Nuevo Leon y Coahuila tienen carnes que pueden competir con las mejores de la República Argentina.

Otros Estados abundan en trigo, arroz, azúcar, café, zarzaparrilla, vainilla, etc.

El *mescal* y el *pulque* son bebidas peculiares de Méjico, que aun entre los europeos tienen entusiastas admiradores.

Arqueología mejicana.—Las antigüedades más renombradas de Méjico son:

1.° La gran piedra que aun existe en la catedral de Méjico y que usaban los sábios indígenas antes del descubrimiento (1821) para hacer algunos cómputos de astronomía y cronología.

2.° Las ruinas de *Uxmal* y *Chichenizá* y otras muchas en la Península de Yucatan.

3.° Las ruinas del *Palenque* en el Estado de Chiapas.

4.° Las pirámides de *Cholula* y *Papantla*.

Y 5.° Los palacios de *Mitla* en Oajaca y de *Zochicalco* no muy léjos de Cuernavaca.

Para dar una idea aproximada de la verdadera importancia de las ruinas de *Uxmal*, reproducimos la descripcion, todavía exacta, que en el siglo xvi hizo de esas imponentes y misteriosas ruinas el escritor español Cogolludo.

«Los edificios que cuando se descubrió y conquistó esta tierra se hallaron, fueron materia de admiracion poderosa á los escritores que de ellos hubieron noticia, y aún lo es para los que hoy los ven lo permanente de ellos. Hay gran número por los campos y montes; algunos de ellos son grandísimas fábricas, en los de Uxmal y Chichen Izá, y otros que hay al Oriente del camino de Bolonchenticul, yendo desde el pueblo de Nohacab, y en ellos se vé juntamente que servian de templo, cuya forma se dice más adelante... En Uxmal hay un gran patio con muchos aposentos, separados en forma de claustros, en donde vivian las doncellas consagradas al servicio de los templos. Es fábrica digna de admiracion, porque el exterior de las paredes es todo de piedra labrada, en donde están sacados de medio relieve figuras de hombres armados, diversidad de animales, pájaros y otras cosas, y no se ha podido saber quiénes fuesen los artífices ni cómo se pudo labrar en esta tierra. Todos los cuatro lienzos de aquel gran patio, que puede llamarse plaza, los ciñe una gran culebra, labrada en la misma piedra de las paredes y que termina la cola por debajo de la cabeza, y que tiene toda ella en circuito cuatrocientos piés. A la parte del Mediodia, le cae á este edificio otro que se dice eran casas de morada del Señor de la tierra. No es de forma de claustro, pero es de piedra labrada con las figuras referidas en el otro, y hay otros muchos menores por allí cercanos, que se dice eran casas de capitanes y señores principales. En el del medio hay un lienzo en lo interior de la fábrica, que, aunque es muy dilatado, á poco más de medio estado de un hombre, corre por todo él una cornisa de piedra muy tosca, pero que hace una esquina delicadísima, igual y muy perfecta, en donde me acuerdo habia sacado de la misma piedra y quedado en ella un anillo tan delgado y vistoso como puede serlo uno de oro, labrado con todo primor: manifiestas señales de que fueron obra de artífice perfecto. Quienes fuesen se ignora. Ni los indios tienen tradicion de ello. Algunos han dicho que son obras de cartagineses...»

Interpretacion de algunas voces indígenas.

Anáhuac, que está junto al agua.

Campeche, serpiente y garrapata.

Centzonli, cuatrocientas lenguas. Ave que abunda mucho en Méjico, muy notable por la infinita variedad de sus trinos; es la misma que los cubanos llaman *sinsonte*. La misma raíz entra en la composicion de muchas voces; *cosonsonate* que significa 400 ojos de agua, y en efecto, en las cercanías de esa ciudad hay muchísimos ojos de agua. **Sensuntepeque** 400 cerros, y en efecto, la poblacion y el departamento que así se llaman, justifican esa etimología.

Chapultepec, colina de langostas.

Chihuahua, ciudad de la alegría.

Chimalpoca, espejo humeante.

Cihuacohuatl, serpiente-mujer. Algunos la consideran como la Eva americana.

Citlaltepell, que brilla como una estrella. Es el nombre indígena del volcan de Orizaba que tiene la elevacion de 77.400 piés.

Coatzacoalcos, lugar en donde se oculta la serpiente. Es un río.

Cozumel, isla de las golondrinas.

Guatimozin, águila caída.

Istacihuatl, la mujer blanca. Uno de los puntos culminantes de los Andes mejicanos con una elevacion de 15.000 piés.

Méjico, residencia del Dios de la guerra.

Nauhcampatepell, montaña cuadrada. Los españoles le llaman el Cofre de Perote. Su elevacion es de 12.000 piés.

Popocatepell, montaña humeante. Hay en Méjico cinco volcanes que trazan la fisonomía orográfica de aquella region, á saber: el **Popocatepell**, punto culminante de la República, pues se levanta 18.000 piés sobre el nivel del mar; el **Citlaltepell**, el **Colima**, el Tuxtla y el Jorullo, volcan de formacion muy reciente (1757); el de **Izalco** en la República del Salvador apareció 13 años más tarde en 1770.

Quetzalcohuatl, serpiente con plumas de Cuetzal.

Tehuantepec, cerro de los tigres. Situado al S. de Méjico; en realidad, forma parte del grande istmo de Centro-América que es el más extraordinario que se conoce.

Teócali, templo ó casa de Dios.

Teotihuacan, lugar donde se hacen los dioses.

Tezcoco, cuello brillante. No hablaremos de **Guadalajara**, río de las lajas, **Guadalupe**, río de los lobos, **California**, horno cálido, porque esas etimologías corresponden á lenguas del mundo antiguo.

Carácter de los mejicanos. Los mejicanos son, por lo general, inteligentes, audaces y brillantes, como los españoles, y suaves, cáutos y estóicos, como los indios; y si se lee bien y se medita profundamente la historia del Anahuac, forzoso será reconocer que aquella generosa tierra es tan fecunda en espíritus nobles, como en frutos deliciosos, en riquísimos metales y en soberbias perspectivas. Apenas hay figuras históricas en su género que se asocien más tenazmente á la memoria que las de Inés de la Cruz, Alarcon, Bravo, Juarez, Ocampo, Prieto, Lerdo de Tejada, Diaz, Ramirez y

Altamirano. En cuanto á las mejicanas, debemos afirmar que más que hermosas son buenas, dulces y discretas: son como las andaluzas, que, aunque no sean bellas, son irresistibles; y casi puede afirmarse que no existe mujer que posea la plenitud de su sexo como las mejicanas. Algo semejante á nosotros debió creer y sentir un poeta español que las describió y glorificó en las siguientes estrofas:

Venus Urania del Nuevo-mundo,
De le infinito suprema flor:
En tu presencia de amor profundo
Suspira toda la creacion.
Irresistible cual la elocuencia,
Siempre triunfante como el placer,
Cuántos quisieran en su demencia
Entre tus brazos desfallecer.
Gentil y esbelta como las palmas,
Gloriosa y fácil cual la ilusion,
Por todas partes llevas las almas
En delirante fascinacion.
Tu cabellera negra y undosa,
Como el misterio ciñe tu faz:
Tu boca ardiente de amor rebosa
Lúbrica y virgen sensualidad.
Tu voz es dulce cual las memorias
De los amores de la niñez:
Quién no quisiera por esas glorias
Morir mil veces y renacer.
Tus ojos negros como la muerte
Dominan toda mi voluntad...
Todos los hombres por poseerte
Dieran mil veces la eternidad
Si tienes alma, responde al grito
Más elocuente del corazon:
Cantemos juntos en lo infinito
Todo un poema de eterno amor.
Crucemos juntos cual dos estrellas
Todo el abismo del porvenir:
Quiero decirte cosas tan bellas
Que ¡nunca! ¡nunca! puedan morir!

Hombres ilustres.—Guatimozin, Inés de la Cruz, Alarcon, Betancourt, Gama, Gamboa, Alzate, Góngora, Clavijero, Hidalgo, Morelos, Iturbide, Guerrero, el conde de la Cortina, Gorostiza, Alaman, Calderon, Juarez, Carpio, Ocampo, Prieto, Zaragoza, Ramirez, Bravo, Lerdo de Tejada, Diaz, Sierra, Cuenca y Altamirano.

Hidrografía mejicana.—La Nueva España está situada entre los dos grandes Océanos, el Atlántico y el Pacífico. En el flanco oriental, entre muchos, no posee más que un buen puerto que es Campeche, y en el flanco occidental posee, entre otros, no muy cómodos, dos que son excelentes, á saber, *San Blas*, y sobre todo, *Acapulco*.

Hay en el Pacífico dos golfos adyacentes á Méjico que debemos mencionar; el de Tehuantepec al S. y el golfo de California ó Mar de Cortés al N. O. célebre en otro tiempo por sus pesquerías de perlas. En el Atlántico recordaremos el Mar Caribe ó de las Antillas, el Canal y la Sonda de Yucatan y el seno Mejicano ó golfo del Méjico, en donde está el gran foco de la más extraordinaria de las corrientes oceánicas el *Gulf stream*, que según el capitán *Mauri Móri* (1806-1873) con una rapidez de 140 metros por minuto pasa el canal de la Florida, se dirige al N. E. se ensancha entre los cabos Háterras y Cod y bifurcándose á los 42 de latitud septentrional se lanza por una parte á los mares árticos bañando las costas de la Noruega, y por otra á las costas occidentales de la península ibérica: allí describe un semicírculo, y á lo largo del Africa se dirige á la línea equinoccial pero á la altura de cabo Palmas se subdivide precipitándose por una parte hasta los mares antárticos y convirtiéndose por otra al Occidente, atraviesa el Atlántico y el mar Caribe, y pasando por el canal de Yucatan, cierra una vastísima curva irregular en el mismo foco del golfo de Méjico. La hidrografía interior de Méjico es mucho menos importante. En la vertiente oriental sus ríos más caudalosos son el río Bravo del Norte, que baña á Matamoros y Bagdad, el Pánuco que pasa por Tampico y el Tabasco por San Juan Bautista; y en la vertiente occidental el río grande de Santiago y el de las Balsas. Sus lagos más dignos de mencionar son los de *Pachata*, *Patzcuaro*, *Tezcoco* y *Chalco*.

Clima. Muy desigual y á veces mortífero el de las costas; el del interior es, en general, digno del paraíso. Méjico posee una verdadera terapéutica en la altísima escala de sus climas.

Porvenir probable de Méjico. Partícipe la República mejicana por su posición astronómica y por su orografía extraordinaria de los productos de todos los climas y situada entre los dos grandes Océanos en la confluencia de todos los derroteros marítimos y en la conjunción de todos los descendios estratégicos del Continente, disfruta de una posición suprema en el centro del hemisferio occidental, si es verdad que la Geografía es la verdadera madre de la historia, grandes y gloriosos destinos esperan en las inmensidades del porvenir á esta riquísima porción del Nuevo Mundo.

La descripción de Méjico que aquí dejamos, dista mucho de ser completa: lo reconocemos; pero el tiempo urge y nos es forzoso terminar esta correspondencia.

De Vd. afectísimos,

VARIOS AMERICANOS.

EL PALACIO ENCANTADO.

TRADICION TOLEDANA.

No hay tradición más estendida en España que la existencia en Toledo de un *palacio encantado* construido por el rey Hércules,—personaje mitad real, mitad fabuloso; sér extraño con medio cuerpo de dios y medio de hombre,—y su profanación por Rodrigo, último rey de la primera línea goda, que con este acto sacrilego precipitó el cumplimiento de viejas profecías que habían señalado los años en que la profanación se llevase á cabo como los últimos de vida para esa monarquía visigoda, que nace frente á Roma fuerte y poderosa, adornándose con los despojos del moribundo y decadente imperio, para morir, tres siglos más tarde, degenerada por sus vicios, en las ondas del Guadalete.

Y es que, como ya hemos dicho en otro lugar, el pueblo necesita ver siempre un móvil humano en esos hechos misteriosos que conmueven y arrojan por el polvo las más altas instituciones. La ley providencial, cuya existencia comprueba el filósofo en el estudio de la historia, es idea harto elevada para que pueda ser comprendida por las muchedumbres; y ante el desquiciamiento de un mundo, ante la desaparición de una raza, el pueblo no busca los defectos de esa raza, la falta de solidez de ese mundo; mira en la superficie de las aguas que arrastran sus restos algunas de las víctimas, pesa sus faltas, indaga sus culpas y echa sobre su frente el peso de sus maldiciones. Así arrojados esos infelices, como pasto, á la voracidad de las generaciones del porvenir, pasarán eternamente, sin cansarse, sin detenerse nunca—semejantes al Ashverus de la leyenda cristiana—por el campo de los hechos atrayendo sobre sí el ódio de la posteridad.

La muerte de toda una civilización que desaparece en un instante dado, es asunto muy grande para que los pueblos, que más juzgan por el sentimiento que por la razón, vean solamente en él meros accidentes de la pobre naturaleza humana que, aun á pesar suyo, se gasta en la incesante lucha de la vida. Esta explicación tan lógica, tan natural, no basta á su imaginación preocupada y soñadora; necesitan algo más, mucho más, y, como siempre y en todas las épocas de su historia, acuden á buscar en la intervención de la divinidad en los hechos humanos, ese algo, ese mucho, que de otro modo escaparían á su penetración. De aquí que en los últimos instantes de las razas que desaparecen para dejar paso á otras más vigorosas, más jóvenes, con más vida, alcanzan y tengan una gran influencia los mitos á que esas razas dieron forma y rindieron culto en la mañana de su vida.

Para el pueblo, que es fatalista á pesar suyo, lo que ha de suceder sobre la tierra está previsto de antemano en el libro inmenso que guarda el secreto de todas las cosas; libro gigante escrito por el mismo Dios, que lee el hombre poco á poco, y cuyas hojas pasa el tiempo, sombrío ejecutor de sus sentencias, con extraordinaria lentitud.

De cuando en cuando, esos misteriosos acontecimientos no previstos, anuncian la aproximación del término fatal.... Entonces es cuando el sol se nubla en pleno día; cuando extraños astros cabelludos cruzan por la noche, como grandes bolas de fuego, los confines del horizonte; cuando las nubes, condensándose rápidamente, humedecen la tierra con copiosa lluvia de sangre. La muerte de un grande hombre; una guerra sangrienta; un año de hambre; la decadencia de un pueblo, todo lo anuncian estas señales terribles de fuegos que se encienden de repente y de repente se apagan, de piedras que caen del cielo en abundante rocío, de sombras que se estienden por todas partes.

No hay movimiento grande en la tierra que no haya sido anunciado por esas señales terribles que quedan impresas para siempre en la memoria de una generación. Un cometa anunció la ruina de Jerusalem; diversos prodigios precedieron á los bárbaros, anunciando á la Roma pagana la aproximación de las hordas de Alarico; la naturaleza detuvo su marcha acostumbrada cuando murió Jesús, sobre la cumbre del Calvario.

Y considerando como castigo provocado por algunos estas desgracias generales, siempre recae sobre unos cuantos la responsabilidad que entre todos debieran asumir!

En vano hubiera deseado el último rey de la primera línea goda escapar á esta ley, que parece, por lo fatal é inexorable, estar dentro de nuestro organismo, de nuestra constitución. Las Crónicas de la Edad Media, reflejo de las ideas de su tiempo, expresión de los sentimientos de aquellos desgraciados que antes vivían en los esplendores del poder y la grandeza y gemían ahora en las cadenas de la servidumbre, ensombrecieron la figura de Don Rodrigo pintándole con los más repugnantes caracteres. Todos los vicios de la sociedad gótica, todas sus culpas, todas sus debilidades, tomaron forma y se encarnaron en él. Poseído del mismo vértigo que su antecesor Wittiza, no había valla que no salvase su voluntad, respetos que no atropellase su capricho.

Por eso cuando la hermosura de Florinda seduce sus ojos, pero no su corazón, no le detiene en la senda que emprende desatentado la consideración de los males que puede acarrear á su reino la cólera del conde D. Julian, y viola á esa desventurada Betsabé, que más infeliz que la manceba del monarca hebreo, vé, antes de morir, su raza destruida, su patria esclavizada y hollado el altar de sus creencias: marco de desdichas puesto por la venganza al cuadro infame de su deshonra.

Pero esto no basta; las injurias que se hacen á los hombres despiertan contra el que las infiere la cólera de los hombres, y es preciso que Don Rodrigo ofenda directamente al cielo para atraer la cólera de Dios. Y firme en estas convicciones, la fantasía popular presenta á Don Rodrigo irreligioso é inventa prohibiciones divinas para que él las rompa, y torres ferradas que esconden males sin cuento, para que él,—con tanta imprudencia como la Pandora griega—abra las nubes de los castigos celestiales.

Tal es el fundamento de esa tradición que lleva el nombre de *Palacio Encantado*, último resto de una monarquía hecha pedazos por el alfanje de Tarik.

I

Era cosa harto sabida, y que no ignoraba ningún habitante de Toledo, á principios del siglo VIII, la existencia de

un palacio encantado situado próximamente á media legua de la población en un lugar agreste y sombrío donde la naturaleza hacia gala de la mayor aridez, mostrándose en toda la imponente majestad de la tristeza. Nada más triste, en efecto, que aquel lugar al que nadie llegaba sin temor. Áridas rocas puntiagudas, en cuyas grietas crecía el musgo; el llano, falto de verdura y como agostado por un sol de fuego; tal era el paisaje que descubría la mirada del que impulsado por la curiosidad llegaba á aquel sitio de donde al punto le repelia un terror supersticioso. Ni la más pequeña corriente de agua cruzaba la yerma llanura; ni una flor se levantaba en los contornos. Los pájaros huían de allí exhalando esos gritos lastimeros con que anuncian la tempestad. Cuando el sol brillaba radiante y el cielo puro y sereno semejava una inmensa pradera azul, el sombrío lugar parecía una protesta viva de la naturaleza contra la gloria de la creación; cuando, por el contrario, las nubes, agrupándose, formaban espesa capa que velaba la luz del astro-rey, el trueno que zumbaba parecía salir de aquel paraje misterioso.

Por la noche, apenas las sombras cubrían el espacio, ruidos extraños de cadenas, lejanas caídas de agua, ecos de un martillo gigantesco cayendo sobre un yunque, manejado por el brazo de un Titan, relinchos de caballos salvajes, gritos estridentes, ayes y alaridos que brotaban del centro de la tierra, se unían en el viento formando un concierto de horrible cadencia que parecía el canto de los condenados elevándose desde el abismo, sonos discordes arrancados por una mano inhábil á un órgano roto y destemplado. Oíase el ruido de miles de caballos trotando sobre campos de granito, huyendo de las mugientes aguas de desbordado río; el fúnebre tañido de innumerables campanas que tocaban á rebato para anunciar la matanza y la destrucción; el estrépito de montañas derrumbándose con estruendo; el lúgubre graznar de esos pájaros de la muerte que se ciernen como negra mancha sobre un campo de batalla para devorar los cuerpos, aún calientes, de los eternos vencidos; silbidos de serpientes y silbidos del águila; rugir de fieras aguijoneadas por el hambre y rugir de olas agitadas por la tempestad... Todo sonaba á la vez confundido en un hondo lamento; en un eco de inmensa resonancia que llevaba el terror á los moradores de las cercanías, que se tapaban los oídos para no oír, y empezaban á murmurar oraciones que ahuyentasen á los malos espíritus. Cuando la noche plegaba su manto de bruma y los primeros rayos de la aurora encendían con pálida luz la línea confusa del horizonte, los ruidos cesaban, y hubiérase dicho que sólo existían en la imaginación de los crédulos habitantes de los contornos.

En aquel lugar salvaje alzábase esbelta y gallardo un palacio maravilloso, cuya descripción nos han dejado los cronistas. Alto hasta el punto de no haber hombre alguno que, con toda la fuerza de su brazo, pudiese lanzar una piedra hasta su torre, estaba construido con pequeños pedruzcos de ricos jaspes y pintados mármoles, tan lucientes, que visto de lejos brillaba como si fuese de cristal; y tan sutilmente había unido el arte los millones de pequeñas piedras que le constituían, que todas ellas parecían formar una sola y única piedra de varios matices. Cuatro enormes leones de metal sostenían, como aplastados por su peso, la airosa torre, que orgullosamente se levantaba hasta las nubes. Aquel palacio era el palacio de Hércules, rey fuerte y poderoso, sábio que conocía los secretos del cielo y de la tierra, gran adivino, investigador de lo porvenir, que lo había edificado escribiendo en su interior las desgracias que amenazaban á España, después de obtener del cielo que los hechos que profetizaba no se realizarían hasta que ocupase el trono un rey bastante desatentado y ciego para posponer á una necia curiosidad el riesgo de su nación. Mientras esto no sucediese, Dios detendría al rayo pronto á escaparse de su mano; pero si la fatalidad llegaba á poner la corona sobre las sienes de ese rey, entonces no había remedio alguno: la pérdida del pueblo á que pertenecía estaba señalada en los decretos del destino, y la terrible sentencia se cumpliría infaliblemente. Por esta razón, terminada su obra, Hércules puso un candado á la puerta, mandando que cuantos monarcas le sucediesen siguieran su conducta, sin atreverse á penetrar un secreto que tan espantoso encanto guardaba; cumpliendo esta prescripción de su antiguo predecesor, todos los reyes, pocos días después de su coronación, se trasladaban con gran pompa, rodeados de su corte, al misterioso palacio, y ponían un nuevo candado en su mágica puerta, cuyos goznes no habían girado desde la época de su construcción. De aquí los nombres con que el pueblo le llamaba, adivinando las maravillas que encerraría en su seno, pero temiendo cegar al verlas, *placer con pesar*, *guardia complidera*, *secreto de lo porvenir*.

Treinta candados habían puesto ya á la puerta los reyes godos cuando subió al trono Don Rodrigo que, ocupado en los primeros meses de su reinado en la tarea de reprimir á los inquietos partidarios de Wittiza, mal avenidos con la destitución de su señor, no se cuidó de cumplir el tradicional mandato de Hércules que, como importante consigna, pasaba de un rey á otro hacía tantos siglos. Libre por fin de estos cuidados, pudo ocuparse del mágico alcázar, y tomó con gran diligencia cuantos datos guardaba sobre él la memoria popular, pero no para proseguir en la observancia de lo que ya era como una ley que ninguno debía ser bastante osado á traspasar; la serpiente de la curiosidad había mordido su corazón, y descreído, indiferente, teniendo en poco el respeto á la antigüedad, ansiaba, como Eva en el Paraíso, comer la fruta del árbol del bien y el mal. *Placer con pesar* llamaba el pueblo al encantado recinto, y Don Rodrigo, amigo de conseguir todos los goces, cualquiera que fuese su precio, no vacilaba en exponerse á encontrar lo segundo con tal de ver si podía obtener lo primero; locura que había de costar muy cara á él y á su reino, porque los pueblos, sufriendo con paciencia los abusos de un rey tirano, se hacen responsables, en cierto modo, de su tiranía, y como aquel sufre el castigo de su despotismo, ellos también sufren el de su bajeza.

En vano intentaron los magnates hacerle desistir de su designio. Los déspotas tienen derecho á ser en todo obedecidos, y acostumbrados á que eternamente sea ley su capricho, no retroceden jamás ante reflexiones que no escuchan, ó que, si escuchan, desatienden; y un día Don Rodrigo, se-

guido de su corte, hacia romper delante de él los candados de la puerta del palacio, para penetrar audazmente en su recinto silencioso.

El estado de la atmósfera se hallaba en perfecta relación con el del ánimo de los nobles acompañantes del rey, que bajaban la vista sin atreverse á mirarse unos á otros para no reprocharse su debilidad. Ni el más leve rumor turbaba el silencio que reinaba en el sombrío paraje. En la atmósfera, la calma que precede á la tempestad; en el alma, el estupor que precede á la desgracia presentida. El viento parecía dormido; los circunstantes, como rebaño que adivina el peligro, se apretaban unos contra otros conteniendo la respiración. El mismo rey, tan alegre de ordinario, callaba acometido por ese recelo que no se puede contener al encontrarse frente á lo desconocido. Sólo turbaba aquella calma siniestra el ruido que producían los martillos al romper los viejos candados—añeja representación de la fé de otros tiempos—que al caer en pedazos al suelo, y al ser heridos por el hierro, producían un sordo chirrido. Cayeron por fin todos; sólo uno permanecía en su lugar: el de Hércules, como si, en efecto, se resistiera á franquear la puerta á tantos males. Pero el rey lo ordenaba, y cayó también. Delante de la corte giraba lentamente, muy lentamente, la puerta de hierro, brindando fácil entrada á cuantos traspasasen su dintel.

El rey fué el primero que lo salvó; adelantóse de un salto, y despues de una breve vacilación, que no duró un segundo, los cortesanos se precipitaron tras él. En las almas infuncionadas del veneno del servilismo, la adulación al poderoso es mil veces más fuerte que el sentimiento del deber.

No tuvieron que andar mucho los necios buscadores de desgracias para convencerse de que el sitio en que se encontraban no podía ser obra de hombres; todo anunciaba allí una fuerza superior. Vieron delante de sí una puerta ménos grande que la primera, y penetrando por ella exhalaban un grito de sorpresa al hallarse en una gran sala cuadrada, en medio de la cual había un lecho muy lujoso, y acostado en él un hombre de atléticas formas, armado de todas armas, y con un brazo extendido sosteniendo una escritura que uno de los caballeros más osados recogió entregándosela luego al rey, el cual, tratando de disimular el terror que empezaba á apoderarse de él, leyó con voz poco segura lo siguiente:—*Tú tan osado que este escrito leerás, para mientes quién eres y cuánto mal vendrá por tí; que así como por mí fué poblada y conquistada España, así será por tí despoblada y perdida; y quíerote decir que yo fui Hércules el fuerte, aquel que toda la mayor parte del mundo conquisté y á toda España. Y maté á Gerion que era señor de ella y conquisté muchas gentes y fuertes caballeros y nunca hallé quien me conquistase, fuera la muerte. Cata lo que harás; que de este mundo al otro no llevarás más que el bien que hicieres.*

Quedó suspenso Don Rodrigo, pero esforzándose por aparecer sereno, y volviéndose á sus caballeros que amedrentados le miraban:

—Poco cuidado,—les dijo,—pueden darnos tan singulares profecías. Nadie sabe el secreto del porvenir, y mal podía el buen rey Hércules haber sorprendido sus ocultos arcanos. Prosigamos la visita de estos extraños lugares, verdaderamente maravillosos por su riqueza, y no nos detengan estas historias de peligros imaginarios y de desgracias que no existen.—

Cobraron con esto algún ánimo los más despreocupados, y unos y otros siguieron al monarca, que abriendo una nueva puerta, penetró en una segunda sala igual á la primera, donde otras maravillas le esperaban. Sobre un pilar, colocado á un extremo de la habitación y alzado unas dos varas sobre el suelo, había una estatua de gigante, teniendo en la mano una pesada maza de armas en ademán de herir con ella el pavimento. Detrás de la estatua, en la pared, se veía escrito con brillantes caracteres, rojos como sangre recién salida de las venas: REY TRISTE, POR TU MAL HAS ENTRADO AQUÍ. En la pared de la derecha y con los mismos caracteres, vieron esta otra leyenda: POR ESTRANAS NACIONES SERÁS DESPOSEIDO Y TUS GENTES MALAMENTE CASTIGADAS. En la espalda y el pecho de la estatua había otros letreros; el primero decía: LOS ÁRABES INVOCO, y el segundo: MI OFICIO HAGO. Al llegar aquí, todos hubieran deseado volverse sin profundizar más el misterio que ante ellos se presentaba anunciándose con tan terribles vaticinios, pero Don Rodrigo comprendió que no sentaba bien á su dignidad de monarca una retirada que se tomaría por fuga vergonzosa, y, abriendo una tercera puerta, penetró en otra sala que por un momento hizo olvidar temores y prorumpir en gritos de admiración.

El aspecto interior de aquella sala era el mismo que el aspecto exterior del edificio. Piedras de todos los colores imaginables se unían en mil diversas formas, engendrando raras figuras soñadas por una turbulenta fantasía. Escenas de amor en la orilla de un río, en el secreto de un baño, á la sombra de verde follaje, en cuyas hojas parecía sentirse palpitar el beso del viento y la armoniosa queja de los pájaros; sátiros persiguiendo á ninfas que corrían desnudas ocultándose entre los álamos; amocillos jugando con la pesada armadura de Marte que era despertado por Venus; batallas campales que infundían aliento guerrero al espíritu; marciales atavíos de guerra; instrumentos de música; todo se confundía en los cuatro lienzos de pared, transparentes como el cristal, bordados de mil ventanas caprichosamente talladas, por las cuales entraba la luz iluminando la sala y dándole la misma claridad que había en el exterior. «Cada pared era de un color,—dice el cronista:—blanca una como la nieve; negra otra como la pez; verde la tercera como la fina esmeralda, y la cuarta bermeja más que la sangre muy clara.» A un lado de esta habitación había un gran poste de la altura de un hombre debajo de una pequeña puerta encajada en la pared, y sobre ésta un letrero griego que decía:

Quando Hércules hizo esta casa, andaba la era de Adán en 3006 años.

Abrió el rey la puerta y encontró en un gran hueco del muro una linda arquilla dorada, cubierta de piedras preciosas y cerrada con un pequeño candado de oro; sobre la tapa había la siguiente leyenda también en griego:

El rey en cuyo tiempo se abra esta arquilla, no puede ser que no vea maravillas antes de su muerte.

Gran alegría causó á D. Rodrigo esta lectura, que devolvió un tanto la calma á su apenado espíritu, pues era la primera en que no veía alusiones al gran desastre que ya em-

pezaba á temer. Volvióse á sus caballeros, algo repuestos también por el bello aspecto de la habitación en que á la sazón se encontraban,—tan distinta de las anteriores,—y les dijo:

—Como premio á nuestra constancia en seguir adelante despreciando los embusteros avisos que nos han dado esas estatuas, vamos, por fin, á encontrar el tesoro del rey Hércules, que le guardó con tantas precauciones sin duda porque no fuera á parar á manos de algún cobarde ó preocupado caballero. Ya veis que tenía yo razón al querer entrar en este palacio, y mucha más al reirme de vuestro pueril temor.—

Los cortesanos se acercaron entónces al rey que, haciendo saltar el candado del arca con la punta de su puñal, la abrió dirigiendo á su fondo una ávida mirada, pero pronto se hizo atrás sorprendido. Dentro de ella sólo había un paño blanco plegado y sujeto á dos tablas por medio de alambres. Lo desplegó, y nuevamente se pintó el espanto en sus ojos y la angustia invadió su alma. En aquel paño había pintada inmensa muchedumbre de figuras de árabes, envueltos en sus blancos alquiceles, teniendo pendones en la mano, la espada pendiente de un cinturón al cuello, las ballestas á la espalda, descansando en los arzones de las sillas. Sólo el pensamiento podía contar aquella innumerable multitud de seres extraños, á caballo todos, que se agitaban, se atropellaban, se confundían en revuelto remolino, como granos de arena que empuja un viento huracanado; sobre ellos otra leyenda, en hebreo, decía:

Quando este paño fuere estendido y parecieren estas figuras, hombres que andarán así armados conquistarán á España y serán de ella señores.

Pálido y convulso el rey, llenos de asombro los imbéciles cortesanos que no tuvieron valor para oponerse á su insensato intento, permanecían mudos de espanto, sin ser dueños de sí mismos para huir de aquel lugar maldito cuyo suelo les abrasaba los pies. Entónces, y solo entónces, comprendieron la verdad de la tradición conservada de siglo en siglo, á través de las edades y á través de las instituciones. Pero ya era tarde; se había roto la valla puesta por Hércules á la terrible desventura, y el rayo estallaba ya en el viento, pronto á herir la cabeza rebelde que osaba mirar al cielo tratando de sorprender sus designios inexorables. El mismo rey no se atrevía á hablar por miedo de que al eco de su voz se desplomase el edificio aplastándolo entre sus ruinas. Pero otro hecho inexplicable vino á sacarlos de su estupor.

La estatua que había en la segunda sala, como movida por una fuerza invisible, empezó á golpear el suelo con su terrible maza de armas, y su ronco són conmovió las paredes del palacio. Sonaron de pronto todos los ruidos que se oían por la noche, y atronó el aire el estrépito verdaderamente infernal de aquel terrible concierto en que cada estrofa era un rugido y cada nota una blasfemia. Y al escucharlo, el monarca, y tras él sus caballeros, huyeron despavoridos pasando por delante de la estatua que seguía golpeando furiosamente el suelo, sin atreverse á levantar los ojos por no encontrarse con los de la escultura, que animados por extraño fuego, parecían dos relámpagos.

Quando se vieron fuera del mágico recinto alzaron su frente al cielo como para darle gracias, pero enseguida los bajaron con temor. Densas nubes en cuyas negras entrañas fermentaba el resplando de la tempestad, surcaban el aire derramando sobre la tierra sombras oscuras como la misma noche. Retumbó con fuerza el trueno, brilló el rayo como culebra de fuego, y se encendió por todas partes el espacio semejando una gran hoguera en breves instantes. Una lengua de fuego se desprendió de las apiñadas nubes y se enlazó á la encantada torre del alcázar, envolviéndola en roja llamarada. Oyóse un chasquido horroroso y vino abajo el edificio, abriéndose en su lugar ancha sima en la cual se hundieron sus escombros calcinados. En medio de aquel ruido espantoso se oía claro y distinto el de la maza de armas manejada por el gigante de hierro, hiriendo con fuerza las entrañas de roca de la tierra.

El rey y los suyos, montando á caballo y poseídos por un terror supersticioso que no podían contener, huyeron de aquel lugar entrando á poco, despavoridos y temblorosos todavía, por las torcidas calles de Toledo.

II

Desde aquel día huyó la sonrisa de los labios de Don Rodrigo.

El, el indiferente, el incrédulo, creía tener siempre delante aquel espectáculo pavoroso, y sobre todo, aquellas palabras que vibraban constantemente en sus oídos y chispeaban constantemente ante sus ojos; terrible *Mane, Thecel, Phares* escrito en las sombras de su conciencia con los amenazadores caracteres del remordimiento.

Nada, sin embargo, daba ocasión á sus temores. El reino estaba en paz; los partidarios de Wittia aplacados; los revoltosos cántabros vencidos; ningún peligro exterior amenazaba la seguridad de las fronteras... ¿Por qué, pues, no podía alejar de su pensamiento aquellos tristes vaticinios, aquellas desoladoras amenazas?

Hallábase una tarde en su alcázar contemplando con triste mirada las serenas aguas del Tajo, que al pasar le enviaban algo como un gemido, y teniendo ante sí el elegante *Baño de la Cava*, que en el aroma de sus flores parecía enviarle también algo como un remordimiento, cuando le anunciaron que un enviado de Teodomiro, el gobernador godo de Andalucía, traía un mensaje para él. Sin saber por qué, nuevamente acudió á su imaginación el recuerdo de Hércules y su palacio encantado, y levantándose con sobresalto, dió orden de que el mensajero fuese llevado á su presencia. Despues, dirigiéndose hácia él, cojió apresuradamente el pliego que este le presentaba de rodillas, se acercó á una ventana para ver mejor, y pasó su mirada ansiosa por aquellas líneas trazadas con mano trémula por Teodomiro. No leyó más que el principio del mensaje:

«Señor,—decía,—aquí han llegado gentes enemigas de la parte de Africa, que por sus rostros y trajes no sé si parecen venidas del cielo ó de la tierra; yo he resistido con todas mis fuerzas para impedir la entrada, pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y á la impetuosidad suya;

ahora, á mi pesar, acampan en nuestra tierra: ruégoos, señor, pues que tanto os cumple, que vengaís á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar; venid vos en persona que será lo mejor.»

Al llegar aquí sintió pasar un velo de sangre por delante de sí; hizo una señal al mensajero para que se retirase, y una vez solo, se dejó caer con desaliento sobre un sitial, estrechando convulso contra su pecho la carta de Teodomiro.

El oráculo había hablado, y ya empezaban á cumplirse sus tremendas profecías.

III

No el palacio encantado, porque desapareció del modo que narra la leyenda apenas salió de él Don Rodrigo, pero la sima que se abrió en su lugar y á la cual dió el pueblo el nombre que hoy conserva de *Cueva de Hércules*, puede verla todavía en el sitio donde antes se encontraba la parroquia de San Ginés en Toledo, si sois aficionados á todo aquello que guarda entre sus muros ó sus ruinas un recuerdo tradicional. Asilo también de muchas tradiciones y consejas —que tal vez cuente otro día— fué cerrada en 1546 por el cardenal Silíceo, por las prácticas y temores supersticiosos á que daba lugar en el pueblo, y abierta en 1851 por una sociedad de jóvenes entusiastas que quisieron descubrir su verdadero origen y la limpiaron de escombros en una estension de 50 pies de largo por 30 de ancho, hasta que llegaron á la roca viva. Allí vá todavía la fantasía popular á buscar una de las causas que motivaron la caída de la monarquía goda y la dominación de España por los árabes.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

ESTUDIOS SOBRE BIOLOGIA SOCIAL.

LA MATERIA REVELA EL FATUM; EL ESPÍRITU LA LIBERTAD.

I

Hemos dicho que dentro de la maravillosa unidad del yó humano, se denuncia por infinidad de fenómenos el dualismo de sus constitutivos elementos: el espíritu y la materia; y es así, en efecto. Muestra la materia la serie invariable, el encadenamiento incontestable, la indeclinable necesidad entre causa y efecto, su *fatum*; y revela el espíritu la *libertad*. Pero si en las operaciones de la inteligencia se percibe sin esfuerzo el influjo de los sentidos, en las impresiones mismas que estos transmiten, en las propias sensaciones, en los efectos de vario matiz que producen, en las tormentas que provocan, en los goces que causan... se revela la misteriosa ingerencia de un agente inmaterial.

«El alma y el cuerpo, ha dicho Bossuet, hacen un todo natural; por lo que en cuantas operaciones verifica ó se verificaran en él, hay algo de espiritual y de corporal.»

Y no se diga que la mayor perfección de su organismo y la exquisita delicadeza de sus fibras, bastan á explicar esos fenómenos, que, en variedad infinita de formas y con mayor ó menor intensidad, se observan en todo hombre y solamente en el hombre; porque si eso no es verdad, según los datos que suministran la observación y la experiencia en el terreno de las ciencias físico-químicas, todavía es ménos verdad en el terreno de las ciencias morales.

Así en los organismos de la más fina textura, como ni en las cuerdas de un piano, producen las pulsaciones otra cosa que sonidos más ó ménos fuertes, más ó ménos suaves, más ó ménos sonoros; pero el juego y el efecto portentosos de divinas armonías y de melodías inefables, las tempestades aterradoras, los arrobamientos deliciosos, las voces que amansan leones y que hacen rodar los peñascos, las impresiones que hacen hundir en el polvo la frente del opresor infame, ó levantar hasta el cielo la del varón justo y fuerte... ¡oh! eso no es obra de la perfección del organismo; eso es del *espíritu*, que lo vivifica, del soplo divino que modula los sonidos y hace vibrar las cuerdas. No le bastó á Prometeo formar un hombre de barro; necesitó subir al cielo y tomar de allí el fuego para animarlo.

Materia y libertad son términos antitéticos: polos que se repelen. La materia está atada á la inquebrantable cadena del *fatum*; está encerrada entre valladares infranqueables; lo más que se la permite es oscilar entre límites, que nunca la es dado traspasar. De ahí la *fatalidad* inexorable de sus movimientos, de sus efectos y de sus mismas aberraciones. De ahí la implacable fuerza del destino; esa curva reentrante en sí misma, cuyos eslabones de cuero están unidos en perpétuos insolubles lazos, que se buscan con necesidad indeclinable y se aman con vertiginoso amor. *Necesidad* era sinónimo de materia para los padres de la mitología.

Esa fatalidad es la fuerza sumisa y ciega, que incansable se agita en la naturaleza; la ley que determina los límites y señala las órbitas en que los mundos oscilan y giran; es el hilo de las Parcas, nacidas, como dice la fábula, de la Noche y de la Materia; es la cadena que tiene á Ixion atado á la roca.

¿Quién es el Hércules que domina á ese Anteo? ¿Cuál es el brazo que puede romper esa cadena?

El *espíritu libre*; ese destello, ese soplo de la divinidad, que hizo al hombre dueño de la materia, rey de la creación y usufructuario de la tierra.

«*Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.*»

II

El hombre no es solamente el resumen del Universo, como ha dicho Paracelso: es, además, una

actividad libre y consciente de sí; una actividad, á título de libre, inteligente,

El nombre de Hércules no significaba otra cosa para los antiguos, que inteligencia unida á la fuerza. Los que le han mirado como símbolo de esta última solamente—Proudhon entre ellos,—se han equivocado grandemente.

El yugo de la materia, su inexorable *fatum*, allá va con el hombre, por lo que tiene de corpóreo; y va en todo lo que constituye su organismo, por más delicado y perfecto que él sea, como es en efecto. El apetito le arrastra, el egoísmo le caracteriza; es la fuerza centrípeta; es el centro á que convergen todos los ródios de su esfera; todo lo absorbe, todo lo quiere para sí, todo lo procura en su provecho; fuerza ciega que atrae todo aquello que tiene por asimilable y á donde alcanza su esfera de acción.

¿Quién le emancipa de ese yugo? ¿Quién quebranta y hace pedazos las cadenas de ese Gerion, cuando su grosero absolutismo se hace insoportable al hombre? Volvemos á decirlo. Su espíritu, simbolizado en su libre albedrío, que es su clava, que es el que revela su inteligencia y hace su fuerza. El Hércules de todas las edades es el hombre que sabe dirigir y utilizar esa fuerza.

El hombre es, pues, espíritu y materia en perfecta unidad; pero unidad con distinción de términos y con expansión y determinación virtual de su contenido.

Cuando el espíritu despierta y quiere, puede. Por eso para el hombre, que es tal, *querer es poder*.

La materia va fatalmente arrastrada por todos los incentivos del placer. El espíritu acepta el dolor.

La materia ama con ciego amor la vida. El espíritu se arroja, si es preciso, á ojos abiertos, en brazos de la muerte.

La materia subyuga y ata; el espíritu eleva y emancipa.

La materia animaliza; el espíritu sublima.

Con el sello de una de esas fuerzas está marcada la frente de los Trimalciones; con el de la otra, la de los Sócrates.

Aquella, engendra esclavitud y pequeñez: ésta, libertad y grandeza.

Produce una la gangrena en medio del fausto: fortalece el aroma de la otra en medio de las privaciones y de los tormentos; y envuelta en el modesto traje de la virtud, dilata los horizontes y enseña el camino de la gloria y de la inmortalidad.

Es la una madre de temores y hermana de miserias sin cuento; es la otra estímulo de abnegación, nodriza del valor, creadora del entusiasmo, que enciende la llama del amor y que hace glorioso el martirio de la virtud y odioso el triunfo de la maldad.

Aquella produjo los hijos de los hombres; ésta los hijos de los dioses. Una los Cacos, otra los Hércules.

La lucha entre ellas es tan antigua como el hombre; y si estalla al exterior es porque existe dentro de él, porque la lleva consigo mismo.

III

La influencia de esos dos polos es recíproca y necesaria, puesto que constituyen al hombre en totalidad y determinan su modo de ser y de obrar con todos los matices de la infinita variedad en sus desarrollos.

Esas distintas fuerzas de oposición y de composición, con sus determinaciones y desenvolvimientos, dentro de la unidad consciente, activa y libre, es un arcano no fácilmente excrutable, cuya explicación y cuya verdad sólo es dada y demostrable á la luz de la ciencia por excelencia. Pero la vida del ser uno y múltiple, libre y consciente, desarrollándose en infinitud de esferas concéntricas, lleva impreso en todas sus manifestaciones el sello indeleble de aquel dualismo y de su constitutiva unidad; y en ellas, es evidente y se hace cuasi visible lo que *a priori* sólo es demostrable en el terreno de la metafísica.

La más ligera atención que se consagre á la vida del hombre y al exámen de los resortes que le mueven, basta y sobra á cada cual para convenirse de que hay en él dos tendencias cardinales, poderosísimas y opuestas, cuyos hechos forman la tela de la vida, y cuya armonía es el *desideratum* de teosofos y moralistas. Una de esas tendencias le lleva á mirarse como el centro á donde deben converger los ródios de todas las órbitas, el calor de todos los soles, los bienes de todos los mundos, todas las caricias, todos los halagos y los beneficios todos del planeta que habita: es el amor de sí mismo; la fuerza de atracción: verdadero *auterotismo*. El hombre se ama á sí, se deleita en sí, se concentra en sí mismo: su *yó*, su bienestar, su seguridad, su placer, su vida le preocupan, le seducen, le subyugan; todo se lo apropiaria, todo lo llamaría suyo y solamente suyo, para satisfacer esa tendencia atractiva y absorbente.

La otra tendencia le llama fuera de sí: fuerza de proyección, amor de cuanto le rodea, sociabilismo, filantropía, humanitarismo... falta quizá la frase propia para representar adecuadamente el concepto. El hombre busca al hombre para ser tal. Tiene necesidad de respirar y abre las válvulas que dan paso al aire en sus pulmones. Tiene necesidad de amar y abre las alas del corazón, y surca el espacio y por todas partes encuentra objetos de amor intenso y vario. Corazón insaciable, aspira y respira amor: gozoso de ser amado es también

fuerza inagotable de amor. Aquí á los padres: más allá á los hermanos: luego á los amigos: despues á su mitad, que es su complemento: más tarde á sus hijos, á sus parientes, á sus compatriotas, á sus vecinos, á los de su raza, el hombre ama al hombre, do quiera que éste habite y como quiera que se llame.

Y todavía su sed de amar no se sácia con recorrer la inmensa escala de relaciones que le atan al mundo hominal. El hombre ama al animal, ama á las plantas, ama á las piedras mismas. La cuna que le mece, la fuente que corre, el espejo en que se mira, el arroyo que arrastra las pajas y hace bullir las guijas, la campana que le despierta, el gallo que cacarea, el gato que se arrulla, el perro que le lame la mano, la nieve que cae en blancos copos, la cirrosa nube que sirve de transparente á la luna, la flor que se colora, el pájaro que gorgea... todo le enamora y le embelesa, y todo ello no basta aún á llenar su corazón, ni á satisfacer su vehemente deseo de amar.

IV

Y que no se diga, con el sensualismo de Holbach y con el positivismo de Comte, que no hay en el hombre más que una tendencia, la primera, el amor de sí mismo, hijo de su organismo, propiedad de la materia; y que el salir fuera de sí, el amar personas y cosas es puro y simple amor de sí mismo, necesidad ineludible de su constitución física. No, no se diga eso, porque no es verdad.

¿Es por ventura amor de sí mismo, propiedad de la materia, necesidad del organismo el apurar la copa de cicuta, cual Sócrates; el poner la mano sobre las brasas como Scévola: el arrojarle á la sima, como Curcio: el envainar en su cuerpo la espada, como Catón: el abrazarse á las lanzas de los enemigos para recojer todas sus puntas en el pecho y facilitar á sus camaradas el triunfo, como hizo Arnolfo de Winckelried, en la batalla de Sempach?

¿Obraban influidos por el amor de sí mismos y por la necesidad de la constitución física, Leonidas y sus trescientos compañeros en las Termópilas: Régulo ante el Senado Romano: Fabricio ante los emisarios de Pirro: Guzman el Bueno, en las murallas de Tarifa: Hernán Cortés en las aguas de Vera-Cruz: y tantos y tantos mártires en el Circo romano y en los tormentos y en las hogueras de la Inquisición?

La madre que acepta una muerte segura para salvar la vida de su hijo: el amigo que se interpone entre el pecho de su amigo y el puñal de su agresor: el soldado que avanza con impávido rostro sobre la boca de los cañones: el médico que se bate con la muerte á la cabecera del tifoideo: el patriota que desafía las iras del tirano... ¿lo hacen acaso impulsados por las propiedades de la materia y por el amor de sí mismos?

¡Oh! no, no! esos impulsos de noble, de grande abnegación, que producen los héroes, los mártires y los semidioses, bien lejos de arrancar de la tendencia que hace al hombre amar el placer y la vida con amor instintivo, brotan de contrario elemento, de tendencia opuesta y más poderosa. Oigamos sobre este mismo asunto al perspicuo filósofo de Ginebra.

«¿Qué espectáculo nos agrada más, pregunta, el de los tormentos, ó el del goce y bienestar de los demás hombres? ¿Qué cosa nos complace más y nos deja una impresión más grata despues de haberla hecho; una obra de beneficencia, ó una obra de perfidia y de maldad? ¿Por quién os interesais en los teatros? ¿Son los malvados y los traidores; los que os agradan ó son sus víctimas inocentes las que os interesan? ¿Es por aquellos ó es por estas por quien derramais lágrimas? Materialmente considerada la cosa, ¿qué nos podía importar á nosotros que un hombre haya sido virtuoso ó perverso hace dos mil años?. Y sin embargo, no podemos prescindir sin horror, ni aun en la escena, los crímenes y maldades de Tiberio y de Nerón. Sus delatores y sus verdugos están bien lejos de nosotros, pero nos causan la misma indignación que si fueran nuestros contemporáneos. Es que no odiamos á los malvados por el daño que nos puedan hacer, sino porque son malvados. Es que no solamente queremos ser felices, sino que deseamos la felicidad de los demás. Es que, á nuestro pesar muchas veces, tenemos compasión de los desgraciados y que sufrimos al ser testigos de sus penas. Los más perversos no pueden extinguir en su alma esa piadosa inclinación que muchas veces los pone en contradicción con ellos mismos. El ladrón que despoja á los viajeros, cubre la desnudez del pobre; y el asesino más feroz sostiene en sus brazos al transeunte que fué acometido de un accidente.

«Si no hay nada de moral en el corazón del hombre, ¿de dónde le vienen esos trasportes de admiración por las acciones heroicas, esos arrebatos de amor por las almas grandes? Ese entusiasmo de la virtud, ¿qué relación tiene con nuestro interés particular? ¿Por qué quisiera yo ser Catón en Utica, más bien que César en Roma? Quitad de nuestros pechos ese amor á lo bello y á lo bueno, y habreis quitado todo su encanto á la vida del hombre. Aquel cuyas ruines pasiones han ahogado en su alma estrecha esos deliciosos sentimientos; aquel que á fuerza de concentrarse en sí mismo llega á no amar á nadie más que á sí... no goza de aquellos trasportes: su corazón helado no palpita de alegría; el enternecimiento de la piedad ni el arrobamiento del entusiasmo no humedecen jamás sus ojos: no go-

za de nada: el desdichado no siente ya, no vive ya: está muerto: no es hombre.»

«¡Infelices los condenados, que no saben lo que es amar!» escribía ya Santa Teresa.

Pero el filósofo de Ginebra, saliendo al paso de la objeción que presumía, añade: «se dice que cada cual concurre al bien público llevado por su propio interés. Mas ¿de donde procede que los buenos concurren en su perjuicio? ¿Qué es exponerse á la muerte por su interés? Sin duda que nadie obra sino por su bien. Pero, si no existe un bien moral que explique el fenómeno, lo que es por el mezquino interés personal, jamás podrán explicarse más que las acciones de los malvados. Y en verdad, que si en este camino se quisiera ir más lejos, habría que calificar de abominable una filosofía en la cual solo las acciones virtuosas causarían embarazo, ó no tuviesen explicación: teniendo precisión de acudir á suponer intenciones bajas y motivos sin virtud para salir del apuro: ¡abominable filosofía, por cierto, en la cual se necesita envilecer á Sócrates y calumniar á Régulo!»

Este mágico resorte, que contraresta el poder atractivo y fatal de la materia, que inquiere sus arcanos, que sorprende sus misterios, que domina su influencia, que la subyuga y la amolda á sus usos, necesidades y conveniencias, no tiene nada de común con el ciego amor de sí mismo, necesidad indeclinable de la materia y ley de su conservación.

Ese poder, esa actividad, ese *quid divinum*, que somete á su imperio todas las fuerzas de la naturaleza, que manda á la electricidad, que mide los cielos y pesa los astros, que profundiza los abismos y recorre los espacios, que suprime las distancias y roba á Júpiter sus rayos... ese poder no nace del lodo, donde se revuelcan los batracios, ni tiene nada de común con la fuerza que mueve los tendones de la rana, los músculos del gorilla y la laringe del guacamayo.

Esa fuerza infinitamente más imponderable, más rápida, más intensa y más portentosa que el electro-magnetismo: ese poder que tiene conciencia de sí, que se sabe, que manda, que crea, no viene de lo creado, es parte del creador.

La lucha que esos dos polos mantienen dentro del hombre prueban su diversa naturaleza y sus tendencias opuestas. Pero su necesaria relación y su mútuo influjo demuestran la unidad resultante de ese dualismo; demuestran que no es el hombre un simple agregado de elementos diversos, ni sus fuerzas están justa-puestas para formar su entidad, sino que es totalidad, una, propia, consciente de sí, activa y libre; pero con distinción y determinación virtual y efectiva de sus contrarias fuerzas, en todas las manifestaciones de su desarrollo y de su vida.

V

Si quisiéramos contrastar esta doctrina en la gran piedra de toque que se llama razón de los siglos, en ese tesoro de saber que la humanidad entera ha producido, en esa gran flora que han clasificado y coleccionado los hombres de penetrante y profunda mirada, nada nos sería más fácil que encontrar nuestra tesis, por más que revestida de varias formas, encarnada en todas las Theogonías y en casi todas las escuelas filosóficas, en todas, menos aquellas que se han encerrado dentro de los estrechos linderos de los sistemas atomistas ó del misticismo brahmánico. Pero este trabajo, por más que curioso é importante, nos separaría demasiado de nuestro camino.

Hemos visto ya, citando á Bossuet, que nuestra doctrina encarna en la idea cristiana. Ahora nos permitiremos añadir solamente, que la filosofía moderna ha partido de esa misma base para levantar el vuelo de sus trascendentales elucubraciones á las alturas á donde quizá nunca antes llegó el hombre y desde donde sólo las águilas ven claro.

Dos libre-pensadores modernos,—Rousseau y Kant,—con su fuerza de intuición y su poderosa dialéctica, uno; con la palanca de su crítica y de su análisis el otro, han señalado lo fundamental de nuestra tesis en términos precisos y claros por demás.

«No es tanto el entendimiento, dice el autor del *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*; no es tanto la inteligencia lo que determina la diferencia específica entre los animales y el hombre, cuanto la cualidad de agente libre que á éste caracteriza. La naturaleza manda á todo animal y la bestia obedece. El hombre también experimenta la misma impresión; pero se reconoce libre para obedecer ó para resistir: y en la conciencia de esta libertad es precisamente donde se revela la espiritualidad de su alma. Porque la física (materialismo), explica, allá á su modo, la mecánica de los sentidos y la formación de las ideas. Mas en la facultad de querer, ó mejor dicho, de elegir, y en el sentimiento ó conciencia de tal facultad, solamente pueden encontrarse actos espirituales respecto á los cuales nada absolutamente enseñan ni pueden explicar las leyes de la mecánica.»

En otro lugar de sus obras, no atreviéndose á emprender de frente contra los materialistas de su época, en la cuestión de las ideas innatas, hace una distinción harto sutil por cierto, entre ideas y sentimientos para casi confundir unas y otros, y dice: «Sea la que quiera la causa de nuestro ser, ella ha provisto á nuestra conservación, prestándonos sentimientos conformes á nuestra naturaleza, los cuales pueden muy bien no ser

innatos. Relativamente al individuo esos sentimientos son el amor de sí mismo, el temor de todo sufrimiento, el horror á la muerte, el deseo de bienestar. Pero si, como es indudable, el hombre es sociable por su naturaleza, hay que convenir que no puede serlo, sino en virtud de sentimientos innatos, con relación á su especie: porque á no considerar más que las necesidades físicas, estas, bien lejos de asociar á los hombres, deberían dispersarlos. Y bien: de ese sistema moral formado por esa doble relación, (individual y humana), amor de sí mismo y sociabilidad, es donde arranca el impulso de la conciencia.»

Oigamos ahora al filósofo de Koenigsberg: y veremos la misma tesis formulada en términos aún más precisos y rotundos.

«Si continuamos, dice, el exámen y este como interrogatorio del hombre interior, encontraremos en él dos tendencias diversas y opuestas, que se disputan el poder legislativo de su actividad y de su voluntad. Una de sus tendencias lleva al hombre hacia el bienestar, la otra hacia el mal. Aquella le dice: sé dichoso; la otra: sé virtuoso.»

Pero, ¿qué más? Hegel mismo, el talento más filosófico de los modernos tiempos, el sistematizador por excelencia, ha sentado sobre la misma tesis la piedra angular del grandioso edificio por él levantado á la ciencia.

«No existe, dice en su tratado de Lógica, no existe en ninguna parte, ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el mundo físico, ni en el mundo moral, una contradicción tan exclusiva como la que supone el entendimiento humano.»

«La contradicción es la esencia de la vida y de todo movimiento: es la manifestación de la vida universal. Ella mueve al mundo; y es harto ridículo decir que no se la puede conocer. Lo que hay de cierto, es, que la contradicción se niega á sí misma; pero no para volver á la identidad absoluta, sino, al contrario, para elevarse á una determinación más alta y más verdadera todavía.»

Es evidente. El hombre, compendio del universo, tiene también sus dos polos: y su maravillosa hipóstasis se resuelve en las dos tendencias, en las dos fuerzas, cada una de las cuales determinan bajo la consciente actividad de su hipóstasis union, series de fenómenos congruentes, como que arrancan de la identidad de la unidad del yo, pero siempre impregnado del tinte irisado de los dos polos.

Y no es, como decía Rousseau, que puedan ni deban confundirse los sentimientos y las ideas, ni que entre aquellos sean los unos adquiridos y los otros innatos, no: es que la materia y el espíritu, constitutivos de la misteriosa unidad del yo humano, llevan el sello de su condición á todos los fenómenos y actos de que aquel es operario responsable. Concertar los dos elementos: esta es su tarea. Armonizar el fatum inexorable de la materia con la libre expansión del espíritu: hé ahí la gran obra.

Es, en efecto, esencia de la vida, ley de todo movimiento, la oposición y la lucha: porque hay dentro del hombre dos tendencias distintas y opuestas que se disputan el poder legislativo de su actividad y de su voluntad: que le dice; sé dichoso: otra que le grita; sé virtuoso: una que le manda vivir para sí sólo; otra que lo impulsa á vivir para todos, y si es necesario, á morir por todos.

TOMÁS RODRIGUEZ PINILLA.

DOLORES.

(Continuación.)

CCXXXVII

Casquillo se apoderó de las manos de Dolores, las devoró con sus besos, las mojó con sus lágrimas.

—Déjame, déjame!—exclamó Dolores que con su maravillosa fuerza de voluntad había contenido la exacerbación de su sentimiento, —déjame! eso es mentira: esa es una fascinación pasajera: ¡esa mujer! yo no he visto nada tan fascinador, tan terrible como esa mujer.

—Esa mujer es un demonio,—exclamó Casquillo.

—Sí, un arcángel de tinieblas,—dijo Dolores: ¡pero es tan fascinador, tan terrible el arcángel de las tinieblas!

—Pero no puede luchar con los arcángeles de Dios, Dolores: olvidate de todo, supón que no ha sucedido nada.

—¿Que no ha sucedido nada! ¡Oh, un día terrible, un día infinito, un día que nos ha transformado! yo he sentido y conocido y visto lo que no creía que se podía ver, sentir ni conocer: nuestra niña ha sanado, ha curado definitivamente: yo se quién eres, te puedo decir quién eres: las pruebas de tu nacimiento están ahí sobre la mesa: míralas.

CCXXXVIII

Casquillo reparó entonces por la primera vez en los papeles: hasta entonces no había visto nada más que á Dolores, y hagamos justicia á su sentimiento: Dolores continuaba siendo para él superior á todo, resumiendo completamente su ser: por el momento, Matilde había sido completamente vencida: es más, al besar en plena boca Casquillo á Dolores, al aspirar su aliento, no había sentido su fetidez: un misterio había hecho completa la resurrección de aquellas dos criaturas en un sólo ser. La vida inmortal abstraída de la materia, se había hecho sentir para ellos en aquel momento: continuaba haciéndose sentir, pero con menos intensidad.

CCXXXIX

—¿Y qué me importa á mí de todo?—dijo Casquillo: —¡Sóla tú!

—Esto es para tí una embriaguez, Pedro,—dijo tristemente Dolores, que de momento en momento se hacía más dueña de sí misma,—y esa embriaguez pasará: ¡hermanos! ¡no más que hermanos! ¡no puede ser de otra manera!

—¡Pero eso lo dices agonizando!—exclamó Casquillo con una gran vehemencia; —¡yo no quiero que agonices! ¡tu vida es mi vida! ¡tu alma es mi alma! ¡yo te adoro! ¡tú eres mía!

Dolores estendió los débiles brazos, como oponiendo un obstáculo á Casquillo: aquellos pobres brazos temblaban, una expresión de ansiedad y de dolor desesperado, de amor desolado, resignado al martirio, aumentaban más y más, haciéndola ideal, la hermosura de aquel bellissimo semblante en que ya, aunque vagos, aparecían los terribles indicios de la tisis.

—¡Ah! ¡no! ¡no! ¡jamás!—exclamó Dolores con el semblante encendido y la mirada flameante: —yo no quiero más que vivir lo bastante para ella, para tí. Después, después, cuando ella sea mujer, cuando esté educada.... cuando tú.... ¡entonces!...

Dolores no pudo decir más; se atragantó, rompió á llorar, miró á través de sus lágrimas á Casquillo, estendió hacia él los brazos, sonrió de una manera voraz, partió de sus ojos un incendio de pasión, de olvido de todo, de delirio.

—¡Ah! ¡mía! ¡mía!—exclamó Casquillo.

Pero Dolores se escapó de sus brazos dando uno de esos gritos cuya acentuación, cuyo sonido no pueden hacerse comprender por medio del lenguaje, saltó de su asiento, corrió al lecho de Carmen y se abrazó á ella.

—¡No, no! ¡jamás!—dijo: —¡hermanos! ¡no más que hermanos!

—Tu eres mi alma y tu serás mi mujer,—dijo Casquillo.

—¡Imposible!—dijo Dolores: —¡yo no te amo de ese modo! ¡pero basta! ¡basta ya! ¡esto es demasiado violento; yo estoy agonizando! ¡yo me siento morir! no despertemos á nuestra hija: ha recobrado la razón, se ha salvado! ¡qué más felicidad! ¡vete, vete y descansa, déjame á mí descansar! ¡no oyes que me muero, que estoy agonizando!

—¡Tú serás mía! ¡tú serás mi mujer!—dijo Casquillo, con una expresión que representaba toda la voluntad de su alma.

—Bien, bueno,—dijo Dolores,—dejemos en Dios lo porvenir; pero entre tanto no nos atormentemos; vete, acuéstate, descansa, déjame sola conmigo misma; yo te lo pido por nuestro amor.

—¡Y bien, sí!—dijo Casquillo;—buenas noches; hasta mañana.

Y se metió en su tabuco.

Dolores se levantó de sobre el lecho: una expresión de esperanza aparecía hechicera en sus ojos; una indicación de sonrisa de felicidad vagaba en su hermosa boca; su profunda mirada parecía contener la inmensidad; una gravedad de mujer, por decirlo así, hacía más interesante á la jóven: había desaparecido completamente de ella lo que en ella había quedado de niña: Dolores, virgen aún del cuerpo, no era ya virgen del alma: la esposa había sentido al esposo: el fiat supremo, había sido pronunciado: los desposorios del alma entre aquellos dos seres, estaban consumados.

Dolores recogió los papeles que estaban sobre la mesa, y los guardó en el cajón de la misma.

Luego apagó la luz, se fué al lecho, se desnudó y se acostó, abrazando á Carmen: poco después dormía: las grandes emociones, la exasperación del sentimiento, traen la necesidad de una reacción por medio del reposo; producen el mismo resultado que las grandes embriagueces.

CCXL

El señor Blas había salido contentísimo de casa de Dolores. Los sucesos, según él, no podían ser más favorables: él tenía en su mano los medios para hacer la fortuna de Dolores, y á la par, y por consecuencia, la suya.

En cuanto á la muerte del padre Pascual, más claro, en cuanto á la responsabilidad que podía exigirse tanto á él como á Casquillo por aquella muerte no sentía cuidado alguno: nadie los había visto entrar más que el sereno que les había franqueado la puerta: no los conocía, no había podido fijarse en ellos, no había preguntado á qué cuarto iban, no les había visto salir: dado caso que sospechase de ellos, por su propio interés debía callar: no había habido testigos: no se había hecho ruido: en el piso principal donde habían entrado no había más que una habitación: no se había sacado de allí, ni allí se había dejado nada que pudiera ser un indicio; ni aún había habido sangre que les hubiera podido manchar las manos: en cuanto á Casquillo, el señor Blas le había comprendido bastantemente; era reservado y no había que temer se comprometiera por una indiscreción.

Aquello era asunto concluido; adivina quien te dió.

Además, con la muerte del padre Pascual se había ahorrado un peligro: el señor Blas había visto los celos y celos de muerte por Casquillo en los ojos del terrible viejo: Matilde había perdido su poder de destrucción con la muerte del padre Pascual: ¿por qué, dónde ni cómo encontrar un envenenador como él, una imaginación tan satánica como la suya?

Lo repetimos: para el señor Blas no podían haber ido mejor los sucesos, y estaba contentísimo.

CCXLI

Pero hacia mucho frío, helaba, y el señor Blas, que estaba harto exigentemente abrigado, se sentía muy incómodo. En Madrid abundan las casas de huéspedes de dormir en que se pagan dos reales por una cama ó un real por media, es decir, por dormir junto á otro prójimo á quien no se conoce. Pero aunque en estas casas no se pide género alguno de documento á los que, faltos de domicilio, se acogen á ellas, suele registrarlas con frecuencia la policía en busca de mala gente: el señor Blas no tenía domicilio; vivía á lo bohemio, pasando la noche, unas veces aquí, otras veces allá, sin más equipaje que su violín debajo del brazo, y una muda de ropa blanca en un taleguillo colgado en la parte posterior de la

cintura y que la capilla cubría. Cuando se mudaba se iba al río y lavaba por sí mismo su ropa, si estaba muy pobre, ó la hacía lavar si alcanzaban los cuartos. No podía darse situación más independiente ni más expeditiva: aquella noche no llevaba absolutamente equipaje; ya sabemos que el violín se lo había roto un rayo: en cuanto al taleguillo con la muda de ropa blanca, se lo había dejado en casa de Dolores en el chibitil de Casquillo.

El señor Blas no encontró prudente acogerse por aquella noche á una casa de huéspedes para dormir. Pero hay dos lugares que son una providencia para los perdidos ó los desventurados: en caso de no tener absolutamente dinero, los soportales de la Plaza Mayor son un lugar de refugio completamente gratis: los que recurring frecuentemente á él, tienen un nombre que ellos mismos se han puesto, y que es muy conocido en la jerga de los tunantes: se les llama bizarramente *caballeros de plaza*. El otro lugar son las buñolerías que están abiertas toda la noche. Pero para acogerse á ellas, es necesario algún dinero que emplear en buñuelos y en aguardiente, á ochavo la pieza y á cuarto la copa. El señor Blas tenía dinero, y optando por la buñolería, y encontrándose cerca de la plaza Mayor, en el comienzo de la calle de Atocha, se encaminó á buen paso á la buñolería de la calle de Ciudad-Rodrigo. Llegó, entró, se sintió inmediatamente confortado por el calor que provenía del hornillo, y del vaho del aceite hirviendo, sin contar con que la buñolería estaba llena de gente, lo que ayudaba á la elevación de la temperatura.

—Vamos,—dijo el señor Blas refocilándose:—aquí venden ropa.

Y se sentó á una mesa grasienta, única que estaba desocupada. Además, estaba situada en un rincón, detrás del fogón, y la envolvía una especie de penumbra.

El señor Blas pidió dos docenas de buñuelos y un cuartillo de aguardiente. Con esto podía pasar allí sin abusar de la casa hasta el amanecer: pagaba decentemente su hospedaje. Y aún podía echar un sueñecito, echados los brazos sobre la mesa, y la cabeza sobre los brazos.

Se aplicó, pues, completamente tranquilo, y relativamente cómodo, á los buñuelos y al aguardiente; pero á este último con gran tasa: había pedido un cuartillo por hacer gasto. No había olvidado que tenía muy mala bebida, que por esto había estado en presidio catorce años, y se guardaba de embriagarse. Se había civilizado además en gran manera bajo la enseñanza del padre Pascual, y había perdido casi de todo punto la grosería de sus antiguas costumbres: se había hecho artista: se había transformado, en una palabra.

Comió lentamente los buñuelos, los remojó con algunos sorbos de aguardiente, y así pasó un gran espacio. El reló de la Plaza dió las tres de la madrugada.

CCXLII

En aquel momento entró apresuradamente un hombre, decentemente vestido, con capa y sombrero de copa alta, que se dirigió á una mesa que acababan de ocupar algunos otros hombres también decentemente vestidos.

—¿Qué sucede?—dijo uno de aquellos hombres al que se había encaminado apresuradamente á la mesa.

—Que se ha cometido un homicidio en una casa de la calle del Humilladero. Los agentes han preso á una señora, y se ha avisado al juzgado,—respondió el interpelado.

—Sería la primera guardia en que no hubiéramos tenido que hacer,—dijo el otro.

Y se levantó y salió, sin que le pidieran la cuenta del gasto: debía tener costumbre de ir allí. Los que le acompañaban le siguieron.

Al señor Blas le dió dos vueltas el corazón y sintió miedo: las consecuencias sobrevenían antes de lo que él había creído: no se atrevió á preguntar; pero uno de los que estaban allí preguntó al buñolero:

—¿Y por qué llaman á ese?—dijo.

—Porque es el escribano del juzgado que está de guardia; viene casi siempre que está de guardia con algunos amigos: es muy buen sugeto y muy alegre.

Muchos de los que estaban allí salieron: los unos, porque no les gustaba mucho permanecer en un lugar frecuentado por la justicia, y otros trasnochadores por vicio, y concurrentes de madrugada á las buñolerías, por curiosidad, por ver si pescaban alguna noticia en el lugar del crimen.

En cuanto al señor Blas, permaneció en su puesto, como si tal cosa, pero vivamente alarmado.

—Y bien—dijo al fin;—con los años cambiamos de manera que no nos conocemos: me voy haciendo meticoloso: si es ella la que han preso, mejor: es muy posible que escitada por lo que la sucedía, después de salir de casa de Dolores se haya ido á consultar á su Mentor: y bien ¿qué me importa? el muerto no la habrá dicho nada, de seguro; y vamos ganando: latendremos sujeta por algún tiempo; estaremos seguros de ella; tendremos tiempo para arreglarlo todo, para darle el golpe de gracia, para llegar á una situación definitiva.

Pero el señor Blas no lograba tranquilizarse: había algo que le recomía: no había acompañado hasta la puerta de su casa á Casquillo: se había separado de él en la calle de Atocha, y se le ocurría este pensamiento gravemente inquietante:

—¿Habrá encontrado esa maldita al salir de casa de Dolores á Pedro? ¿Le habrá arrastrado consigo? ¿Habrá sido imprudente el muchacho? Pero él no puede sentir hacia esa mujer que ha asesinado á sus padres, más que sed de venganza: ¡pero el corazón humano! ¡las influencias! ¡las fascinaciones! Bien me lo decía ese infame viejo allá en el presidio: —No hay acción humana que no deje tras sí una huella que conduzca un indicio; no hay indicio que no pueda convertirse en una prueba.—¡Yo que creía que estábamos perfectamente á cubierto!

El pavor de la justicia acometió al señor Blas: empezaron á revolverse los buñuelos, que son por sí mismos harto indigestos, y para sosegarlos se echó un enorme trago de aguardiente: luego, temeroso de dar en un nuevo trago que pudiese excitarlo demasiado, vertió detrás de sí en el oscuro rincón, el aguardiente que quedaba en el vaso: al fin, y no pudiendo sufrir más su inquietud, llamó, pagó, salió, y se aproximó á gran paso al lugar de la catástrofe.

CCXLIII.

Necesitaba tener noticias más precisas, y en las buñoleras inmediatas á la calle del Humilladero, era posible las hubiera: el señor Blas llegó al fin á una que había en la plazuela de la Cebada, cerca ya de puerta de Moros.

Había en ella únicamente dos de la ronda de las alcantarillas: el señor Blas pidió media docena de buñuelos y una copa de rosoli: el aguardiente le daba miedo.

Pasó un largo espacio: los dos de la ronda se fueron: nada habían hablado que tuviese relación con el homicidio de la calle del Humilladero: pasó otro largo espacio: el reloj de la buñolera dió las seis de la mañana: en los turbios cristales de la puerta, empezó á aparecer la débil y fría luz del crepúsculo: se oía un ligero rumor indeciso, que aumentó en breve: llovía: la lluvia se hizo al fin densa: llegó la hora más tardía en que en el invierno se retiran los serenos de Madrid: las seis y media; poco después, ya casi de día y con los faroles apagados, entraron dos serenos.

—¡Vamos, hombre, vamos,—dijo el uno de ellos al otro al entrar:—pues mira tú, que si esa señora no fuesen conocida de la vecindad como mucha cosa del muerto, ya tenías lo que te hacía falta por haberla abierto la puerta y no haber subido con ella hasta el mismo cuarto!

—¡Para que no cumpliera yo con mi obligación!—dijo el otro sereno:—y luego, que según me ha dicho el alguacil del juzgado, el muerto no tiene herida hecha á propósito, sino un golpe en la nuca.

—En la nuca querrás decir, hombre.

—Qué más le da: yo digo siempre la nuca, y me entienden; con que, buñolero, un cohombro por barba y una copa de Monovar.

—El demonio son las mujeres,—dijo el otro sereno:—mire usted que ir á casa de un hombre á las dos de la madrugada para desnucarle, tiene que ver!

—¡Hombre, no!—dijo el otro:—por lo que cuenta el alguacil del juzgado, el muerto ha debido caerse y darse con la nuca en el pico de una mesa, porque tiene en el golpe la señal del pico, y el cadáver estaba allí tendido al pie de la mesa: ella, la señora, dice que no entró en el cuarto y á la fuerza; don Pascual vivía solo; nadie, que yo sepa, ha entrado en la casa, y los vecinos son muy buena gente de la que no se puede sospechar. Es que se ha caído. Pero, así y todo, por lo que pueda ser, por si le empujaron ó si se cayó, se han llevado presa á la señora. Pero es mucha hembra para que no la suelten, y cuanto antes, la señora condesa de X.

A todo esto, los serenos se habían comido sus cohombros, se habían bebido su aguardiente, y se fueron.

CCXLIV

A medida que había ido contando el sereno de la calle del Humilladero, se le había ido volviendo el alma al cuerpo al señor Blas. Por lo que había oído, el sereno ocultaba el hecho de haber abierto á dos desconocidos la puerta de la casa donde había tenido lugar la catástrofe: se deducía además por su relato, que Matilde no había visto á Casquetillo.

Estaba, pues, indicado ir á buscar á éste y prevenirle.

El señor Blas llamó, pagó, salió y se fué á casa de Dolores: cuando llegó eran las siete, y encontró la puerta abierta. El señor Facundo estaba ya en su lugar, ocupado en recomponer una prenda vieja.

—¡Eh! ¿A dónde va usted, amigo?—preguntó al señor Blas con ese acento impertinente, peculiar á todos los porteros.

—Pues qué, ¿no me conoce usted?—dijo el señor Blas:—yo soy el padre adoptivo de doña Dolores.

—¡Vaya por doña Dolores!—dijo con acento grosero el señor Facundo.

—Y muy doña, aunque usted no quiera,—dijo el señor Blas:—y eso ya se verá.

Tan hostiles habían sido el acento y la mirada del señor Blas, que el señor Facundo se creyó en la necesidad de decir:

—Pues usted perdone, que yo no he querido ofender á nadie.

El señor Blas subió, murmurando, las escaleras.

Dejémosle, que ya volveremos á encontrarle, y busquemos á Matilde.

CCXLV

Había salido febril, delirante de casa de Dolores: lo que sucedía era de tal manera grave, que necesitaba ir á ponerlo en conocimiento del padre Pascual.

Rara vez iba de día á casa de éste Matilde; pero sí con mucha frecuencia de noche, á altas horas. Los múltiples negocios en que Matilde se empleaba, y de los cuales era director el viejo, lo exigían y reclamaban además el secreto de las relaciones extrañas que existían entre los dos.

Para no causar ruido, para no ir con una doble llave, que es incómoda, Matilde se valía para entrar del sereno: éste cerraba inmediatamente la puerta, y Matilde, por que así lo quería, subía á oscuras y silenciosamente las escaleras.

Aquella noche el sereno franqueó la puerta como de costumbre: Matilde, como siempre, subió á oscuras, y llegó á la puerta del cuarto: el alambre de la campanilla penetraba muy adentro, de modo que siendo el llamador un timbre especial de sonido leve y que estaba en la habitación que solía ocupar el padre Pascual, la vecindad no podía apercibirse del ruido.

Pasó demasiado tiempo sin que se oyese, no los tardos, sino los firmes pasos de aquel viejo extraordinario, y Matilde volvió á llamar, sin que en otro más largo espacio el llamamiento causase resultados.

Matilde empezó á inquietarse: volvió á llamar y esperó en vano: mientras esperaba sonó una llave en la puerta de la casa: un accidente; sonó el chasquido de un fósforo: apareció el reflejo de una luz al pie de las escaleras.

Matilde, delirante, impresionada grandemente por la tardanza del padre Pascual, contrariada, temerosa de que la encontrasen en las escaleras, tomó por ellas arriba, recogién dose la falda de seda, procurando no hacer ruido. Podía suceder muy bien que el que había entrado viviese en alguno de los cuartos inferiores á las boardillas. Matilde subió hasta ellas, y hasta ellas llegaron las dos personas que subían.

—¿Qué es esto?—dijo una de ellas al ver á Matilde.

Y reconociéndola, añadió:

—¿Cómo, señora! ¿Vucencia aquí?

Era el portero de la casa: volvía con su mujer: después de haber cerrado la puerta á las diez, se había ido con su mujer á tomar café y á ver la última pieza en la Infantil: y por qué no han de gozar de los espectáculos á la hora que pueden los honrados porteros, esclavos de la seguridad de los inquilinos?

Habían salido á las doce y media, se habían encontrado en la Concepción Jerónima á otro matrimonio conocido, y se habían metido todos á echar unas copas en la cueva de Santo Tomás, donde se habían entretenido largamente.

Habían llegado cabalmente á tiempo de sorprender á Matilde.

La conocían demasiado, porque, como ya hemos dicho, aunque no con frecuencia iba á ver de día al padre Pascual.

Matilde apeló á toda su sangre fría, y contestó:

—He venido por un negocio importantísimo á buscar á don Pascual, y he llamado tres veces sin que me conteste; sentí que abrían la puerta, y temerosa de que algún vecino me encontrase, subí hasta las boardillas, pero con todo, no importa: estoy con cuidado: don Pascual debe estar muy enfermo, ¿quién sabe? ¿á su edad!

Matilde estaba muy lejos ni aun de sospechar que el padre Pascual hubiera muerto de una manera violenta.

—Verdaderamente es extraño,—dijo el portero;—porque don Pascual goza de muy buena salud y no ha pasado nunca desde que vive en la casa las noches fuera hasta tan tarde. Es menester ver lo que es esto.

—Sí, sí,—dijo Matilde,—es necesario verlo: ¿tiene usted algún medio para que salgamos de dudas?

—Sí, sí, señora, para casos de incendio, ú otros imprevistos que pueden sobrevenir, tengo una llave que abre todos los cuartos.

—Pues veamos,—dijo Matilde;—pero si ha sucedido una desgracia, yo no quiero intervenir: no quiero que se sepa.....

—Por supuesto, señora: si lo que Dios no quiera, don Pascual se ha muerto de repente ó está accidentado, nosotros no tenemos que decir que vucencia ha venido esta noche.

A todo esto habían entrado en la boardilla en que habitaban los conyuges porteros; el marido había buscado la llave que abría todas los cuartos, y había dicho á Matilde:

—Quédese vucencia aquí con mi mujer mientras yo voy á ver lo que esto es.

Matilde se quedó inquieta hasta el punto de que no podía disimular su ansiedad.

La portera la miraba con recelo.

No hay nada más terrible que la suspicacia de los ignorantes.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará.)

CRÓNICA.

Ha dicho un escritor ilustre que para pintar las delicias del campo y los encantos de la primavera, no hay como estar encerrados entre cuatro paredes, y que en un calabozo estrecho es donde se puede describir con vivos colores la libertad, y en un abrasado desierto las orillas encantadas de un río.

Si esto quiere decir que nada inspira tanto como aquello que no se ve, y que no hay espectáculo ni alegría iguales á los que el deseo nos pinta siempre con colores vivísimos, nunca podrían describirse mejor la animación deleitosa y mareadora del Jueves Santo, las graciosas mantillas de encaje que envuelven hechiceros rostros, el menudito y primoroso andar de las mujeres, ni los elegantes trajes de que hacen gala, que ahora que se recuerda con honda pesadumbre fué el de Jueves Santo, un día lluvioso y triste. Pero mejor será respetar su dolor. La Semana Santa ha pasado.

Las tinieblas se han disipado y otra vez volvemos á tener luz y alegría. Ya no oiremos el áspero ruido de la carraca que toca á muerto, sino la sonora voz de la campana que toca á gloria. La majestuosa voz del sacerdote que recuerda desde la divina cátedra el martirio del Hombre-Dios, redimiendo á la humanidad esclava, se ha apagado, y en el templo resuenan ahora los cantos de alegría que salen del coro, y se elevan sobre nubes de incienso mezclados con las plegarias de los fieles á las superiores regiones. Los altares se han despojado del morado ropaje que los cubría, y se ofrecen salpicados de lentejuelas de oro, cubiertos de flores, llenos de luces.

También la estatua de la *Armonía*, de que tanto se ha hablado, podrá salir al escaparate que de fanal la servía, sin miedo á los escríptulos del gobernador de la provincia ni al enojo de los agentes de orden público. Pero no es seguro.

Los conservadores no pueden ver la *Armonía* ni en estatua.

Apagáronse los últimos ecos de la interpelación del Sr. Labra en el Congreso, á propósito de las reformas ultramarinas; quedó el templo desierto hablandonos de la paz de los sepulcros y de las plegarias ferro-carrileras; agitó sus alas el ángel de la discordia, que allí, en los bancos de la mayoría, ha encontrado seguro asilo; miró ya desde lo alto de la claraboya á la mesa presidencial buscando el reglamento, y desapareció del augustó recinto como pájaro que vé abierta su cárcel de alambre. ¿Dónde iba? Todo el mundo lo sabía ya; al Senado. Trabajo grande le costó desterrar de allí la envidiada calma, pero en la lucha entablada correspondió el triunfo, y así que el público se enteró de que había hecho presa en la mayoría senatorial, la plaza del Senado se llenó de curiosos, las tribunas de aficionados á las emociones fuertes y el país de ansiedad vivísima. A la discordia misma la había

llevado entre los senadores el anuncio de una interpelación del general Martínez Campos para defenderse de las acusaciones de que fué víctima al discutirse en el Congreso la cuestión cubana. Las declaraciones se enredaron como las cerezas, y hubo tal desgaje de militares del árbol ministerial, que apenas si quedó en él algún general para muestra.

Como Prometeo sobre la cima audaz del pensamiento, el general Martínez Campos estaba sujeto á la voluntad del Sr. Cánovas del Castillo con las ligaduras de su inexperiencia política. La habilidad le hubiera valido para desatar desde el poder el nudo que á extraña influencia tenía encadenado. El amor propio herido, la certeza del desairado papel que los que se llamaban amigos y entusiastas suyos, le han hecho representar en la política española, han bastado para que fuera del poder corte el tiránico nudo. Declarando que estaba personal y políticamente todo lo en frente que pueda del Sr. Cánovas del Castillo, traía á nuestra memoria las eternas enemistades de Espartero y Narvaez, del conde de San Luis y O'Donnell, del duque de la Torre y de Gonzalez Brabo. Pero lejos del actual presidente del Consejo de ministros, ¿con quién estaba el general Martínez Campos? Esto es lo que no dijo, atenuando bastante la importancia del acto político que había realizado. No fué un caudillo separado por la ingratitud de su antigua bandera, que levanta otra para realizar la empresa que el temor y el absurdo juzgaron arriesgada; era el héroe burlado, que al mismo tiempo que protesta de la burla, elige para llorar sus desengaños voluntario destierro. Toda la energía que el enemigo del Sr. Cánovas del Castillo tuvo para abandonar, le faltó al hombre político para alzarse con un sistema político en frente del que el jefe del partido conservador defiende y practica para las cuestiones ultramarinas.

Con ocasión de este rompimiento, y recordando cuán opuesta á la ruda franqueza, hija de convicciones profundísimas y creencias poco susceptibles de compadrazgos, con que antes se discutía en el Parlamento y se conducían los hombres de partido, es la melifluidad que ahora preside los debates y las relaciones políticas, se ha preguntado si tal mudanza significa progreso, ó es indudable prueba de excepticismo. La cuestión es demasiado importante para que intentemos resolverla ahora. Pero conste, que del último debate del Senado ha estado muy lejos la melifluidad. Si es deber de los partidos llorar las pérdidas que sufren, el partido conservador-liberal no podrá consolarse nunca.

Contra el Sr. Pelayo Cuesta, que aconsejaba llamar al partido conservador la solitaria, por que siempre le queda al país la cabeza del monstruo dentro del cuerpo del enfermo, y la cabeza es el presidente del Consejo de ministros; contra el señor Mazo que acusaba al Sr. Cánovas de haber utilizado al general Martínez Campos para impedir la entrada de otro partido que tuviese hombres, ideas y medios, porque entonces no habría podido volver al gobierno tan pronto; contra las declaraciones importantísimas del señor marqués de la Habana, asegurando que Cuba no puede regirse convenientemente sino por la libertad y para la libertad, con disposiciones reformistas en lo político y en lo económico, renunciando para siempre al sistema de la fuerza, de la represión y de la arbitrariedad; contra los 30.000 expedientes que en concepto del general Sanz debían ser llevados á los tribunales para que se sentenciaran con arreglo al Código penal, y que no salen á luz por la era de inmoralidad que se ha inaugurado, la habilidad del Sr. Elduayen, los conjuros al patriotismo, las teorías laberínticas y acomodaticias del Sr. Cánovas del Castillo, son impotentes.

El país, porque le interesan, conoce estas cuestiones de la reforma económica de Cuba y de la moralidad de la administración, y no pueden engañarle falsos ofrecimientos.

Ve al Gobierno inquieto, vacilante, herido de muerte, y enfrente de él el problema cubano alzarse terrible como la sombra de Banquo, pidiendo una solución ó la muerte.

Negras nubes cubren el azulado cielo de las realidades conservadoras que el país padece, y el cielo castaño oscuro de las esperanzas constitucionales nunca logradas. Formáronse con el vapor guerrero que poco á poco se ha ido desprendiendo de la mayoría ministerial, dejándola sin hombres de armas; crecieron por la agregación de otras nubes blanquecinas y rizadas como lana de cordero que poblaban el horizonte de la política tiempo hacía, sin oscurecer el sol Cánovas, se agrandaron hasta llenar todo el espacio que abarca la vista y amenazan desatar terrible tempestad. Esa tempestad que ha de concluir con la vida agonizante de los conservadores y arrancar de raíz las ilusiones de los constitucionales, se llama el tercer partido.

Desde el momento en que el general Martínez Campos se declaraba en rebelión, estaba obligado á constituir un partido que, si no un programa completo de gobierno, podía presentar como su racional fundamento el programa de las reformas económicas y políticas en Ultramar. A su bandera vendrían á afiliarse numerosas huestes. Transigirían los intransigentes moderados; podrían considerarse los centralistas en posesión de su centro, y no era dudoso que con una hábil excursión hacía la retaguardia constitucional se haría fácil copar algunas fuerzas de este poco disciplinado ejército.

Qué sucedería? No lo sabemos. ¿Qué pensamos de este nuevo aspecto de la política española? Ocasión tendremos de decirlo muy pronto. Esperemos.

Conservadores y constitucionales miranse aterrados y trabajan afanosos para guarecerse contra el huracán que silba cercano. La tormenta amenaza descargar. Y el Sr. Sagasta, más que del poder, se acuerda de Franklin, que inventó el pararrayo.

Hemos pasado por una crisis, como descarrilan los personajes de una pintoresca y popular zarzuela; sin sentirlo. Esto nos ahorra decir que no nos referimos a la crisis rentística é industrial, pues esa, siéntenla, por su desgracia, más de lo que quisieran tantos labradores y comerciantes como mártires hubo en Zaragoza, que abandonan sus campos y cierran sus tiendas, porque ni la renta de la tierra, á pesar de las teorías de Ricardo, ni el lucro del tráfico, aunque los consumidores se quejen, bastan para satisfacer los impuestos, sino á una crisis ministerial. Los conservadores, amigos de la política del silencio y convencidos de la escasa atención que el país presta á todos sus actos, no se cuidan ni poco ni mucho de darlos explicación racional y parlamentaria, y es de ver cómo rinden culto á la política bizantina. Verdad es que aquí donde aun se habla de las causas de la crisis de Marzo y de los motivos de la crisis de Diciembre, sin haber llegado á conclusiones más ciertas que en la averiguación del problema de la cuadratura del círculo, esto de sustituir los ministros no exige largas explicaciones ni razones fundadas.

La enfermedad del Sr. Orovio ha sido el pretexto á nuestro modo de ver, no el fundamento de la crisis parcial recientemente resuelta. Ya desde que en Diciembre se encargó el Sr. Cánovas de sustituir al general Martínez Campos se habló del compromiso que aquel tenía con el Sr. Sanchez Bustillo de darle una cartera. ¿Por qué no le cumplió entonces? ¿Acaso por no suscitar la envidia de algunos elementos de la mayoría que se creyeran con derecho á una cartera? La presencia del señor Lasala en el Gabinete, y eso que, si no sus estudios y su talento, su escasa representación política le alejaban de un puesto activo dentro de ella, y aún más del ministerio, demuestra que no.

Al Sr. Cánovas, para repetir cien veces inútilmente que el actual Gobierno representa en todo la política del anterior, podía servirle de argumento movable y parlante la presencia del marqués de Orovio en el banco azul. Pero los debates sobre las reformas económicas de Cuba y Puerto-Rico terminaron; el Sr. Cánovas no se mostraba muy satisfecho de la situación en que dentro del ministerio habían colocado al Sr. Orovio ciertas declaraciones poco meditadas á propósito de la crisis de Diciembre; buscaba la ocasión de sustituirle, y la enfermedad del Sr. Orovio se le ofreció bien pronto. El señor Elduayen ha pasado al ministerio de Estado; le ha sustituido en Ultramar el Sr. Sanchez Bustillo y se ha nombrado para suceder al marqués de Orovio, al Sr. Cos-Gayon, ex-redactor de *La Epoca* y de *La Reforma*, vicepresidente del Congreso, subsecretario del ministerio de Hacienda y aspirante eterno á la cartera.

Se ha hablado mucho de cartas en que el señor Orovio pedía su sustitución, y ello ha causado general extrañeza. El señor marqués de Orovio representaba la inmortalidad ministerial. Había resistido dos crisis totales sin vacilar y una agitada discusión vacilando, y caía víctima de una combinación amistosa. Esto parecía rarísimo. Era un general á quien habían respetado las balas en cien combates sangrientos, que moría en un motín. Unos le comparan á Cincinato, otros á Job, y no falta quien afirma, que en estos momentos tiene parecido exactísimo con Jeremías.

El elogio ministerial fúnebre del Sr. Orovio se ha hecho diciendo que era un ministro recto y puro en el manejo de los negocios públicos, que supo elevar los valores públicos é infundir confianza en los capitalistas; que es administrador más que reformador, y que tiene un talento útil que aprecian en mucho los hombres de negocios. ¡Lástima que no le hayan apreciado también los contribuyentes!

Al lado de la tumba del vencido se alza el pavés de triunfo del vencedor, y con las palabras de la oración fúnebre por el ministro que fué, se mezclan las palabras de incienso para el ministro que ahora llega, como esperanza de mejores destinos. Del Sr. Cos-Gayon se ha dicho que era de la madera de los ministros; del Sr. Sanchez Bustillo, á quien justo es reconocer animado de los mejores propósitos, que será capaz de hacer lo que haría cualquier otro.

Tenemos, pues, un ministro de la madera de los ministros conservadores, que es nudosa y quebradiza, y está desecheda para la construcción, y otro dispuesto á atreverse hasta donde el atrevimiento convenga al Sr. Cánovas.

Ni ellos han podido hacer menos, ni los periódicos ministeriales en su elogio decir más.

No siempre parecen locos los que lo son. Desde que of al ilustre alienista, doctor Esquerdo, afirmar esto con aquella convicción profundísima que dan el estudio detenido y la dilatada experiencia, y con la palabra elocuente, que es hija de la fé en la idea que se persigue; hablando del crimen y de la locura en una notable conferencia que podría servir de sabio complemento al libro de Maudsley, mi inquietud es grande, y negra y terrible duda

me atormenta. Los que no viven más que para recordar las hazañas que con singular fortuna acometieron en sus mocedades; los que nos saludan recitándonos un poema kilométrico donde más que cantos hay piedras lanzadas contra el sentido común; los que nos dan cita para leernos un drama en el cual la decoración del acto primero ha de representar las cinco partes del mundo; los caseros que tardan en cobrar, los editores pródigos y los críticos caritativos, me parecen más acreedores que á un cubierto en el banquete de la vida social, á una celda en un manicomio. Todos los ojos me figuro que vagan errantes, y veo todos los rostros iluminados por extraña luz. ¡Estaré yo loco sin saberlo!

La conferencia del doctor Esquerdo, importantísima siempre, tenía en el momento en que se explicaba oportunidad indiscutible. Desde que al loco no se le mira como á un profeta ó como á un endemoniado; desde que la ciencia como la doctrina de Mahoma no hace de él un ídolo y le coloca en un altar, ni como la exagerada y ciega fé cristiana le arroja en las hogueras de la Inquisición teniendo por cómplice del diablo; desde que el loco es un enfermo que generalmente se hace notar por la tristeza de sus miradas y la indiferencia de su actitud, distinguir el crimen de la locura importa mucho, para no condenar á los horrores de terrible pena, á quien si no es un inocente, puede ser un loco.

Entre los que, como Casaubon, sostienen que la buena doctrina en este punto consiste en declarar que el hombre no peca nunca, pero que está poseído en un grado cualquiera y el reposo de la sociedad que obliga á no alejar del hombre depravado el temor al castigo de sus delitos, el doctor Esquerdo se colocó al lado de la justicia, de la ciencia y de la caridad diciendo: «Para declarar inútil para el servicio de las armas á un mozo, servicio que valúa el Estado en ocho mil reales, es necesario el voto médico: ¿no infunde terrible pavor, que sin ese voto médico se exclame desde los tribunales útil para el patíbulo? Aplaudí al doctor Esquerdo con entusiasmo, y pocos días despues visitaba su manicomio.

Yo recordaba haber dicho: Al traspasar las puertas del manicomio se siente un terror invencible. Parece que se deja uno fuera la razón, como al entrar en una cárcel se mira con cariño á la calle temiendo haber dejado en ella la libertad. Las puertas del manicomio se abren al hombre como el mar al suicida; de este no se siente otro ruido que el chocar violento del cuerpo sobre el agua; de aquél el ruido de los goznes de la puerta que gira chirriando; las aguas y la puerta se cierran, y nada, silencio profundo, un hombre ménos.

Los ojos de los locos que atraen con vivísima luz, imán de la locura, la fuerza y la tiranía, que entran en el manicomio á vergajazos, representadas por la figura horrible del loquero, la atmósfera que allí se respira, impregnada de infinita tristeza, todo esto, que yo recordaba haber visto cuando niño recorriendo las sombrías celdas de un hospital de locos, lo busqué en vano en el manicomio de Esquerdo.

Aquello, más que un manicomio, es una casa de campo muy concurrida, donde los huéspedes disfrutan admirable trato; tienen gimnasio, juego de pelota, jardín y piano; se cuentan sus desdichas ó sus grandezas... soñadas, y no hacen, salvo rarísimas excepciones, nada de que pueda tomar enojo la cordura. Visitando el manicomio del doctor Esquerdo, hay que exclamar con Burke: ¿dónde están los locos? El ilustre alienista me los fué mostrando, hablándome de las manías de ellos; de otro modo, confieso mi torpeza, pero me habria sido imposible conocerlos.

Al abandonar el manicomio, el doctor Esquerdo, cuya amabilidad corre parejas con su talento, nos dijo:

—Aquí tienen ustedes su casa. Nos habló también de un revendedor de billetes que estaba loco.

Sus parientes se negaban á la separación, y ni el consejo de los amigos ni el voto unánime de los médicos, habían bastado á persuadirlos de lo verdadero de su desgracia.

Pero un día tuvieron necesariamente que convencerse.

Se estrenaba un drama de Echegaray y el revendedor daba los billetes de balde.

La de García Gutiérrez fué una resurrección; la presencia en la escena del teatro Español de *Don Alvaro*, sólo ha sido para el duque de Rivas un tributo más rendido á aquella página inmortal obra de su talento; una nueva flor tegida en la eternal guirnalda que corona la memoria del gran dramático; un triunfo para el poeta insigne y otro para el actor eminente que da vida y calor con el fuego de su inspiración á las obras más grandes de la escuela romántica. De entre ellas es *Don Alvaro* la más prodigiosa de nuestro teatro, y está al igual de las más notables que en el extranjero se han producido en lo que va de siglo. Es un drama y una galería de tipos españoles. Nuestras costumbres, nuestro carácter, el modo de ser de nuestra época, las preocupaciones de castas, el amor impetuoso que todo lo arrolla, la fiera venganza, el dulce arrepentimiento, la fé en las grandezas de una vida futura, la expiación terrible, todo está allí. El génio ha revuelto y confundido en caprichoso cuadro lo trágico y lo cómico, y presenta al público en rica amalgama lo que es puramente local y lo que es cosmopolita; lo que es caracterís-

tico de una época y lo que es propio de la humanidad, lo que vive un día y lo que nunca muere.

El duque de Rivas nació artista. Pintor y poeta desde la niñez, ni el continuo guerrear en los primeros años de su juventud, ni los azares de la vida pública despues, entibian su amor al arte ni le apartan de cultivarle.

Combatiendo en la guerra de la Independencia; herido en la batalla de Ocaña; entusiasta por la Constitución de 1812, que consideraba, al decir de uno de sus biógrafos, como la obra más perfecta de la inteligencia humana; periodista en el *Redactor general*; amigo de Alcalá Galiano, del orador cuya elocuencia igualaba en poder á los titanes que arrancan las montañas de la tierra, y las colocan unas sobre otras para escalar el cielo; diputado en 1822, y uno de los que con mayor exaltación combatieron el ministerio de Martínez de la Rosa; proscrito en Inglaterra y luego en Malta; ministro y embajador, lo agitado de su vida no le impide darse á admirar como poeta lírico y dramático insigne, como notable cultivador del poema legendario y romanesco, y en su *Historia de la sublevación de Nápoles*, como digno émulo de Solís y Mariana.

Cuando se habla de las obras dramáticas del clasicismo, en frente de las que á la escuela romántica se deben, queriendo decidir en última instancia del mérito de unas producciones sobre las otras, se incurre en gravísimo pecado contra la crítica. Comparar el arte de un siglo con el de otro, es comparar cantidades heterogéneas. Los ideales varían, y con ellos el gusto del público, que mañana se burla despiadadamente de lo que ayer aplaudió entusiasta. Pero hay algo que se libra de la muerte y del diluvio del olvido, flotando sobre los tiempos, como arca bendita y maravillosa, en que puso Dios complacida su mirada: las obras del génio, grandes, admirables, de eterno presente. Hamlet, asaeteado inútilmente por los clásicos representará siempre el egoísmo, la falta de fé y la exageración. Don Quijote, triunfando de sus comentaristas que le falsifican y violentan, será siempre á pesar de su faz rugosa y su ridícula armadura, la expresión más bella del idealismo, de la fé en la verdad, del entusiasmo y del sacrificio. Don Alvaro es una víctima de sus arrebatos y de sus pasiones, que no de la fatalidad. Falto de fé acepta el arrepentimiento, y luego, de alma poco templada, al sacrificio borra la penitencia de un año con el pecado de un día. Ejemplo y enseñanza de una tremenda lección de la moral, se ha dicho que don Alvaro es el Edipo de la musa católica, tan original, tan trágico, pero más bello que el de Sófocles. Es verdad. Pasará siempre por la escenacomuna de las concepciones más grandiosas de nuestro teatro.

Al soplo de la inspiración de Calvo, la figura se agranda y se llena de majestad. Calvo es un actor admirable, sobre todo, interpretando las obras del romanticismo, y con buen acuerdo eligió el *Don Alvaro* para su beneficio. Su declamación armoniosa, sus actitudes, su entusiasmo, su instinto dramático, todo revela en él al gran artista. En *Don Alvaro* hace vibrar todas las cuerdas del sentimiento. Enamorado y tierno cuando aconseja á Leonor que abandone la casa de su padre; espantado ante la muerte del marqués de Calatrava de la cual, aún más que él, es la casualidad responsable; ahogando la ira ante los insultos del hermano de su amada que viene á provocarle sin respetar la santidad del templo; arrebatado y ciego al combatir, su acento sabe arrancar á la pasión toda su ira y al amor todas sus dulcísimas notas. Cuando se arrojó desde lo alto de la montaña, su voz tenía la resonancia del trueno. Pero no pudo caer en el abismo.

El abismo era el escenario, y el escenario estaba lleno de coronas.

Gayarre se ha ido.

Se lleva la alegría de los abonados á Paraiso, las esperanzas del empresario; el aria *Spirto gentil* de *La Favorita* que es tan suya como los miles de duros que cobra; y un album en prosa y verso, para todos los gustos y en el que han puesto sus ojos la mujeres más hermosas de Madrid, su autógrafa la elocuencia y su firma los hombres más ilustres de España. Gayarre es el ave viajera que emigra. Pero volverá pronto. Tiene aquí su nido; el amor de la patria.

Un amigo y entusiasta del gran tenor, queriendo retenerle, le dijo la noche de su beneficio.

—¡Julian, acuérdate de que los franceses tomaron á Pamplona á cañonazos!

Pero él pudo contestar.

—Yo voy á conquistar á París con una nota.

La música ha vencido á la diplomacia y á la guerra.

El pentágono triunfa de la cancillería y del sistema Krup.

Las notas de Gayarre son más famosas que las notas de Bismarck.

Sarasate se va también.

A su brillante corona de artista faltábale un florón: el aplauso de la patria, y ya le tiene. Contenido puede estar. Vino por el entusiasmo y ha logrado el delirio.

El violín de Sarasate es del Museo de Londres que se le ha comprado en 10.000 duros; su corazón de España... y de las corridas de toros.

MIGUEL MOYA.

ANUNCIOS.

GUERLAIN DE PARIS

Artículos recomendados.

15 rue de la Paix.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposición de París.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria para la boca.

DIGESTIONES ARTIFICIALES
VINO
BI-DIGESTIVO DE
CHASSAING
PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASTASIS
Agentes naturales e indispensables de la
DIGESTION
12 años de éxito
contra las
DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS
MALES DEL ESTOMAGO,
DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
ENFLAJECIMIENTO, CONSUMCION,
CONVALENCIAS LENTAS,
VÓMITOS...
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
En provincia, en las principales boticas.

NUEVAS MAQUINAS DE COSER
Los mejores para Familias, Costureras, Sastres, Zapateros
Guanteros, etc., etc.
La "UTIL" 50 fr. La "PRÉCIEUSE" 90 fr.
La "NUEVA SILENCIOSA"
verdadera "Expeditiva" completa de 40 guias
accessorios. Garantía 10 años.
MÁQUINAS HOWE, SINGER, etc.—MÁQUINAS PARA GUANTEROS
MÁQUINAS PARA PLEGAR, CLAVETEAR, etc., etc.
Maison A. RICBOURG (B.s.g.d.g.)
Delegado de los Mecánicos de la Villa de Paris en la Exposicion Universal de Londres de 1862.—Medalla
de Honor en la Exposicion Universal Paris 1867 y 1878.—Miembro del Jurado en la Exposicion 1879.
(Envío franco de
precios y Catálogo)
20, Boulevard Sébastopol, 20
Tarifa reducida y condiciones excepcionales a los Agentes, Comerciantes y Exportadores.

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado
servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES,
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.

BANCO DE CASHILLA.

Segun el anuncio publicado por la Administracion de este Banco en 20 de Febrero de 1879, para la octava amortizacion de sus billetes hipotecarios, emitidos en virtud del contrato de 26 de Marzo de 1870, resultaban en circulacion el 31 de Diciembre de 1878:

| | Pesetas. |
|---|-------------------|
| 6.360 billetes, série española cuyo valor ascendia á. | 3.180.000 |
| 15.821 id., id. inglesa, id..... | 30.846.000 |
| 22.181 | 34.026.000 |

Desde 1.º de Enero hasta 31 de Diciembre de 1879 se han amortizado:

| | Pesetas. |
|--|------------------|
| 2.741 billetes, série española, importantes..... | 1.370.500 |
| 1.902 id., id. inglesa, id..... | 3.884.000 |
| 4.643 | 5.254.500 |

Quedaron por consiguiente en circulacion en 31 de Diciembre de 1879:

| | Pesetas. |
|---|-------------------|
| 3.619 billetes, série española, cuyo valor asciende á.. | 1.809.500 |
| 13.919 id., id. inglesa, id..... | 26.962.000 |
| 17.538 | 28.771.500 |

Los fondos realizados y á realizar para la novena amortizacion de billetes hipotecarios de ambas séries, correspondientes al año 1879, importan:

| | Pesetas. |
|---|---------------------|
| Por la realizacion líquida á metálico en 1879, de pagarés de compradores de Bienes nacionales, en cuya equivalencia se entregaron al Tesoro 619 bonos de la garantía. | 309.500 |
| Por 1.600 bonos de la garantía, amortizados por el sorteo celebrado el 10 de Diciembre de 1879..... | 800.000 |
| Por 2.157 bonos de la garantía, que se amortizan directamente en virtud de real órden de 6 del corriente..... | 1.078.500 |
| or sobrante de la octava amortizacion..... | 9.346'29 |
| Líquido que resulta disponible..... | 2.197.346'29 |

Que sobre las pesetas 28.771.500, importe de los billetes en circulacion, segun queda ántes demostrado, representa 7'637 por 100.

En su consecuencia, la administracion de este Banco ha dispuesto que el 31 del mes actual á las once de la mañana tenga efecto el sorteo de los billetes hipotecarios de ambas séries que deban ser amortizados y han de satisfacerse á la par, siendo el acto público y con asistencia de notario, en la sala de juntas del establecimiento, Barquillo, 3.

En los títulos de la série española, y en los de la letra A de la inglesa, la amortizacion tendrá lugar por decenas dentro de cada millar, y en los señalados con las letras B y C de la série inglesa, por unidades dentro de cada centena.

El sorteo se realizará poniendo 59 bolas en un globo con los números 1 al 100, menos los 41 extraidos en los sorteos ya celebrados, cuyos números representan las 59 decenas no amortizadas de cada millar para los billetes de la série española, y para los de la letra A de la inglesa, y las 59 unidades no amortizadas en las 10 centenas de todos los millares para los billetes letras B y C de la série inglesa.

Extraidas del globo cinco bolas, sus números fijarán los de las cinco decenas de todos los millares de la série española y de los marcados con la letra A de la inglesa, que han de ser amortizados, y los cinco billetes que en todas las centenas de los señalados con las letras B y C de la série inglesa han de serlo asimismo.

La amortizacion de cinco decenas, ó sean 50 billetes, con relacion á los 590 de cada millar que existen en circulacion, representa 8'474 por 100; de manera que resulta un déficit de 0'837 por 100, que suplirá este Banco, rebajándolo de los productos de 1880 para la amortizacion del mismo año.

Celebrado que sea el sorteo, además de quedar las cinco bolas que se extraigan expuestas en el cuadro que lo están las de los anteriores en el local de la Caja del Banco, se publicará el resultado y se anunciará la fecha desde la que hayan de ser presentados los billetes á quetoque la amortizacion.

Madrid 18 de Marzo de 1880.—Por acuerdo de la Administracion, el Secretario J. Girona y Canaleta.

VIRUTAS DE ALQUITRAN
del Doctor BRISSAUD, Privilegiadas.
Producto natural, preserva y cura los Resfriados, Bronquitis, Pneumonias, Tisis, Catarros, etc., etc.
Deposito general: LIEUTARD & C.ª, 88, Boulevard Sébastopol.
Por mayor, Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.

CABELLO y BARBA — COLOR NATURAL
Proveedor de S. M. la Reina de Inglaterra y de S. M. el Emperador de Rusia.
1 MEDALLA DE ORO Y 3 DE PLATA
REPARATEUR AU QUINQUINA
Preparado por F. CRUCQ, Químico Privilegiado s. g. d. g.
PARIS — 11, RUE DE TRÉVISE, 11, — PARIS
y en casa PINAUD, 37, boul. de Strasbourg, Paris
El unico producto que sin ser una tintura restituye progresivamente al Cabello y a la Barba su color primitivo.
PUEDA EMPLEARLE UNO MISMO — CURA LA CASPA
Por Mayor: Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.
Por Menor: En todas las Perfumerias y Peluqueras.

VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.
Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.—Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para
SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS.
con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana si se desea.—Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Santander, Angel E. Perez y compañía.—Coruña, F. la Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, número 28.

LA PESTE
El mas seguro preservativo son los Polvos Ferray, desinfectante energético y sin olor, muy superior al Fenol, Sanea y conserva el aire puro en las habitaciones, evita la infeccion de los canales, zanjas, retretes, etc.—Numerosas certificaciones. Su empleo es facil y economico. Pues la caja conteniendo la cantidad necesaria para 15 litros de agua desinfectando cuesta 1 fr 20 tomada en Paris.
E. FORCADE y C.ª, 17, rue Grange-Batelière, Paris.
POR MAYOR, CENTRO DE IMPORTACION, PIZARRO, 15, MADRID.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
Unico Dentifricio aprobado
POR
LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS
POLVOS DE BOTOT
Dentifricio con quina
VINAGRE LE SUBLIME
de tocador superior impide la caída del pelo
DEPOSITO Gral: 229, rue Saint-Honoré, Paris
Venta al por menor: 18, boulevard des Italiens
En Francia y en el Extranjero: En Casa de los principales comerciantes

PIANOS BLONDEL
Paris, r. de l'Echiquier, 53
Y en las principales Casas DE ESPAÑA Y AMÉRICA
9 Medallas de Oro y Plata
FABRICACION ESPECIAL
Pianos de Estudio y de Lujo

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.
El dia 1.º de Abril próximo vence el cupon semestral de las cédulas hipotecarias de esta Sociedad, y desde dicho dia queda abierto su pago, en Madrid en el domicilio social, paseo de

Recoletos, núm. 12; verificándose además por sus Comisionados en las capitales de provincia el de los cupones cuyas cédulas hayan sido domiciliadas anteriormente, en esta forma:

Cédulas del 7 por 100.
Cupon, importante 16'62 1/2 pesetas.
Cédulas del 6 por 100.
Cupon, importante 15 pesetas.
Quintos de cédula del 6 por 100.
Cupon, importante 3 pesetas.
Tambien se abre el pago el mismo dia de las cédulas amortizadas en el último sorteo.

Las Cajas de la Sociedad están abiertas de once de la mañana á tres de la tarde todos los dias no festivos. Madrid 18 de Marzo de 1880.—El Secretario general, Enrique Lamartiéniere.

BANCO HISPANO-COLONIAL.

Venciendo el 1.º de Abril próximo el cupon trimestral número 12 de las obligaciones emitidas por este Banco, se hace saber que en dicho dia se abrirá el pago del expresado cupon, de once de la mañana á tres de la tarde. El pago se efectuará previa la presentacion de una factura, que se facilitará en las mismas oficinas, en la que se expresen las séries y numeracion de las obligaciones á que pertenezcan los cupones, que se acompañarán cortados por los talonarios. La Secretaria expedirá á los presentantes un resguardo con el que al siguiente dia harán el cobro del importe á que asciendan los cupones, si del exámen de los mismos resulta comprobada su legitimidad. Los poseedores de obligaciones de la série FT que debe ser amortizada percibirán el importe de las 500 pesetas de su valor nominal, á la vez que el del cupon que vence en dicha fecha.
Quedan señalados para el pago los dias desde el 1.º al 12 de dicho mes; y transcurrido este plazo, sólo se admitirán los cupones y las obligaciones amortizadas los martes de cada semana, en las horas expresadas.
Barcelona 13 de Marzo de 1880.—El Vicegerente, P. Aleu Arandes.

NEVERAS ARTIFICIALES
TOSELLI
194, rue Lafayette, en Paris.

BANCO DE CASTILLA.

La Administracion de este Banco tiene la honra de anunciar al público que desde el dia 1.º de Abril próximo, de once á una de la mañana, en todos los dias no feriados, pueden ser presentados en sus oficinas, Calle del Barquillo, núm. 3, el cupon número 18, que vence en dicho dia, de sus billetes hipotecarios, séries española é inglesa. La presentacion se hará con dobles facturas, que se facilitarán gratis, devolviéndose una á los interesados con el señalamiento para el pago y cancelacion de los cupones. Madrid 24 de Marzo de 1880.—Por acuerdo de la Administracion, El Secretario, J. Girona y Canaleta.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE LOS SEÑORES M. P. MONTOLA Y C.ª
Caños, 1.